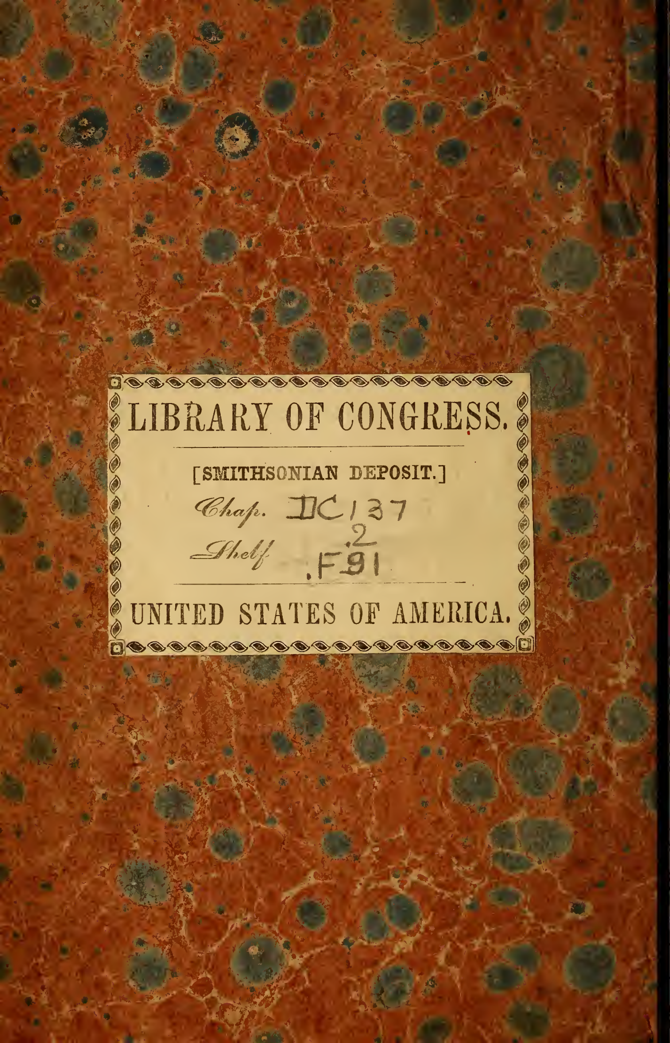
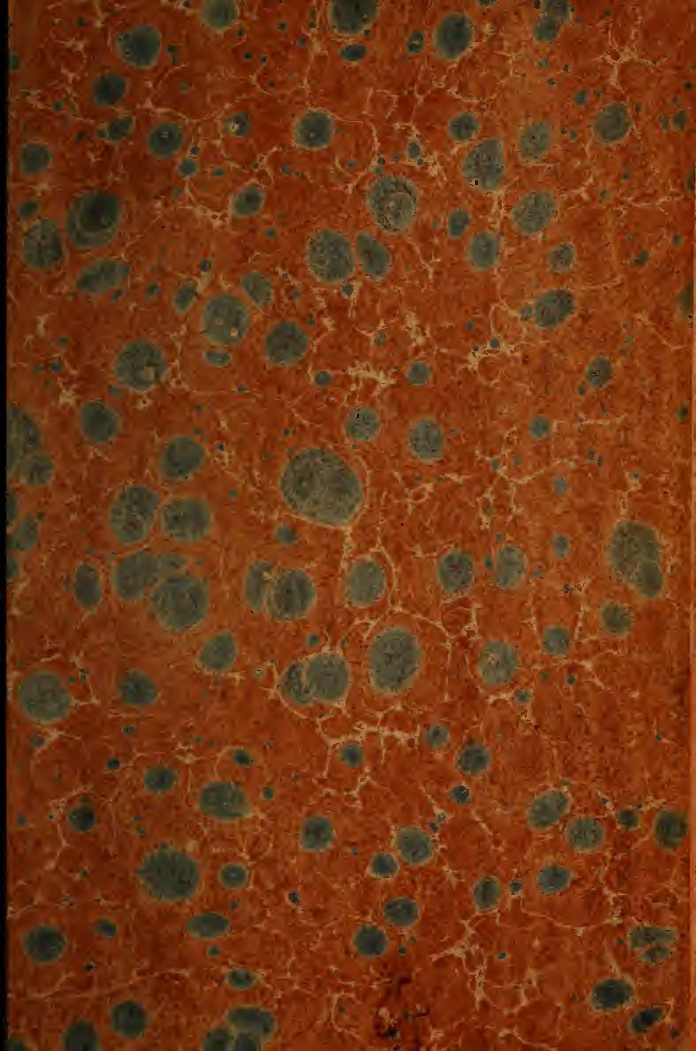




LIBRARY OF CONGRESS.
[SMITHSONIAN DEPOSIT.]
Chap. DC137
Shelf .2
.F91
UNITED STATES OF AMERICA.



HISTORIA

DE

LA NUEVA ANTÍGONA,

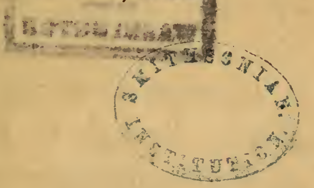
DEDICADA

A LA REYNA NTRA. SRA.

DOÑA MARÍA ISABEL DE BRAGANZA

POR SU AUTOR

EL PRESBITERO DON LUIS FRIS DUCOS, Rector y administrador de la real iglesia-hospital de san Luis rey de Francia, comisario del santo tribunal de corte, &c.



MADRID
IMPRENTA DE D. M. DE BURGOS
Mayo de 1817

SEÑORA.

Tengo el honor de ofrecer á V.R.M. la historia de la Nueva Antígona. *Nunca me hubiera atrevido á poner al frente de esta obra el nombre augusto de V. M., si no hubiera considerado que como esposa de un rey é hija de una reyna de la familia de Borbon, leerá con mas interes los trabajos de una princesa de su real sangre, y á la que asemejándose V. M. en sus virtudes, ha participado igualmente de sus desgracias; pues desde la mas tierna edad se vió*

V. M. precisada á huir del suelo que la vió nacer, para evitar el furor de los novadores que tan encarnizadamente se declararon contra los monarcas, y especialmente contra todos los individuos de la augusta casa de Borbon. Dígnese pues V. R. M. admitir esta pequeña muestra del afecto de un vasallo enteramente decidido á la augusta familia de los Borbones, y como una prueba de mi mas profundo respeto.

SEÑORA.

A L. R. P. DE V. M.

Luis Fris Ducos,

Rector y administrador de la real iglesia hospital de S. Luis rey de Francia, comisario del santo tribunal de corte, &c.

LA NUEVA ANTÍGONA,

ó

Memorial histórico de quanto ha sucedido á María Teresa Carlota de Borbon, hoy dia duquesa de Angulema, desde el dia que nació hasta su segunda vuelta á Francia en el año de 1815 inclusive, con una relacion circunstanciada de los varios acontecimientos de Napoleon, desde su salida de la isla de Elba hasta su llegada á la de santa Elena: descripcion de esta isla, y de las providencias que han tomado para asegurar al perturbador de la Europa.

INTRODUCCION.

El filosofismo, secta desastrosa que ha salido de los infiernos para ser el azote del género humano, se ha empeñado sobre todo en perseguir con el mayor encarniza-

miento á los reyes, á los príncipes, á los grandes, á los ministros de los altares, y en una palabra á todos los individuos de ambos sexôs, que siguiendo los principios de la moral, de la justicia y del honor, manifestaban su adhesion á la religion, á sus legítimos soberanos y á las antiguas leyes de su patria. Pero en el transcurso de mas de 28 años acá aquella secta infernal se ha empeñado de un modo muy particular en perseguir á la augusta casa de Borbon, en todos los estados en donde reynaba con tanta justicia como moderacion. Todos mis contemporáneos que en el trastorno general de que acabamos de ser testigos oculares, y tristes víctimas, han conservado algun amor á su religion, se han escandalizado de leer en aquellos escritos tan impíos como efímeros, que han inundado la Europa entera, y la mayor par-

te del Nuevo-mundo, la blasfemia siguiente: *bastante se ha hablado ya de Cristo y de los Borbones*; blasfemia horrible á la verdad; pero que manifiesta al mismo tiempo, que los Borbones siempre han sido, son y serán eternamente los mas fieles y firmes defensores de la religion de Cristo.

La augusta princesa, cuya vida escribimos, y que por un milagro bien visible de la divina providencia ha salido libre de los peligros increibles á que ha estado expuesta por tantos años, es una prueba bien evidente de que esta misma providencia ha velado de una manera muy particular sobre un vástago de esta augusta familia, para manifestar á estos pretendidos reformadores del género humano, que sus proyectos infernales han servido solamente para su confusion y vergüenza. En el dia

esta filosofía moderna no dexa de andar en mil sentidos diferentes para lograr su intento; pero todos sus esfuerzos serán inútiles; el Altísimo (valiéndome de la expresion de la Escritura) ha despertado ya, tomando por su parte la defensa de su causa: la insolencia de sus enemigos está abatida, la verdad y la virtud triunfan.

Todo lector, por preocupado que sea, verá en la sucinta relacion que voy á hacer, que la sabiduría humana yerra casi siempre en sus cálculos, y que una mano invisible conduce y arregla los acontecimientos de este mundo por unas vias que son desconocidas á los endebles humanos, y que la primera, ó por mejor decir, la *única* de todas las ciencias, consiste en contar siempre con la divina providencia.

LA NUEVA ANTÍGONA.

Los Borbones, última rama de aquel árbol sagrado de quien Roberto el sexto, hijo de san Luis, fue el tronco, por una suerte la mas extraordinaria han visto á su primer rey asesinado por los fanáticos, y á su último caer bajo el cuchillo de los ateistas. Así como en las demas potencias se veian sentadas sobre los tronos la fuerza y la política, así en el de los Borbones se hacian reparar el honor y la hombría de bien: para llegar al heroismo nada faltaba á esta augusta familia sino la *adversidad*, y acabamos de ver que lo

han logrado de un modo superior á la admiracion y al asombro.

Despues de los asesinatos del virtuoso y desgraciado Luis XVI, de la Reyna su esposa, del Delfin, y de Isabel hermana del rey, los demas individuos de aquella desdichada familia lloraban en su destierro en tierras extrañas, no sus desgracias personales, sino las de la infeliz Francia, engañada, entregada á la anarquía, despedazada por unos hijos espurios que asesinaban ó proscribian á quantos eran de una opinion contraria á la suya, menospreciando los vínculos de la sangre y de la sociedad, resultado fatal é inevitable de las revoluciones, y justo castigo de nuestros pecados que han provocado la ira de Dios contra aquella desgraciada tierra, cuyas novedades penetraron bien pronto en los demas pueblos de la Europa, cáu-

sando por todas partes casi los mismos estragos y ruinas.

Despues de un sin número de asesinatos en todas las clases de la sociedad, despues de tantas guerras civiles, de disensiones, de mudanzas de gobierno, de incendios, de ruinas, de destrozos y de maldades inauditas, la Francia, en otros tiempos tan culta y tan política, cansada ya de tantos horrores, é indecisa sobre el rumbo que habia de tomar para oponer un dique á tantas maldades, que cada vez iban creciendo, creyó encontrar un remedio á los males en que se veía sumida llamando en su socorro á un simple particular (*) que tenía la fama de un gran general, sin reparar que aquel hombre era un extrangero, y oriundo de una nacion (**) á

(*) Napoleon.
(**) Córcega.

quien los antiguos romanos menospreciaban tanto, que ni siquiera querian admitir para sus mas viles esclavos á los individuos de aquella misma nacion. Este aventurero aprovechándose de la veleidad de los franceses, y valiéndose de su astucia natural, se apoderó de las riendas del gobierno; pero ensoberbecido con su poder, y obcecado por su desmesurada ambicion, llamó sobre la desdichada Francia un diluvio de nuevas desgracias, las quales reproduciéndose baxo de otras formas diferentes renovaban todos los males que habian inundado á aquel infeliz reyno.

En fin, la divina misericordia se dignó mirar con ojos de compasion á un pueblo que se gloriaba de haber sido el primero de la Europa que habia abrazado la religion de Cristo, y por lo mismo

la iglesia habia concedido á sus reyes el glorioso título de Cristianísimos, por su empeño en conservar la Fé, y en defenderla contra sus enemigos; y Dios movido por las súplicas de las buenas almas que enmedio de una corrupcion general se habian conservado puras, derribó en un instante aquel gran *coloso* que llenaba de susto y de terror á la Europa entera.

Entonces el recuerdo del estado de la antigua Francia, cotejado con aquella pretendida regeneracion que los novadores habian introducido en ella, y que ha sido la causa de todos los males que ha sufrido despues de haber sido privada de sus legítimos soberanos, despertó en los corazones de la mayoría de la nacion el amor que en todos tiempos habia profesado á su religion y á sus reyes; y bien pronto con el socorro de las po-

tencias coligadas contra el tirano de la Europa, Luis XVIII, *el deseado*, volvió á pisar el suelo que le vió nacer.

Era natural que á este príncipe le acompañase en Francia una princesa, que es el modelo de todas las virtudes. Perseguida desde su mas tierna infancia por unos malvados que asesinaron á sus padres, á su hermano y á su tia, se presentaba como una víctima de expiacion por los delitos inauditos que su patria habia cometido contra Dios y contra los hombres; ¡qué recuerdos tan tristes! ¡Quántos remordimientos debió excitar la presencia inesperada de aquella augusta princesa aun en las conciencias ménos timoratas!!! y por lo mismo ¡con qué entusiasmo fue recibida aquella ilustre familia cuya constancia jamas pudieron abatir las mayores des-

gracias! El describir un suceso tan feliz pertenece á un historiador mas erudito que yo; pero no anticipemos los hechos, y presentemos al lector una relacion sencilla de la vida y trabajos de la hija del desgraciado Luis XVI hasta el dia en que la divina Providencia se dignó permitirla volver á su patria para consolar á las pocas y tristes reliquias de los buenos franceses que habian podido librarse de la tormenta revolucionaria, y para avergonzar al mismo tiempo á los infames partidarios de aquel sistema destructor, los quales en el momento mismo en que creian haber logrado su intento infernal, vieron todos sus planes de malicia echados por tierra, y el triunfo de la religion, de la verdad y del honor.

María Teresa Carlota de Borbon, primer fruto del enlace de

Luis XVI con María Antonia archiduquesa de Austria, nació en Versalles á diez y nueve de diciembre de mil setecientos setenta y ocho: parecia que el cielo reservaba á Luis este favor con la corona, pues al cabo de seis años de su casamiento, y en los principios de su reynado, la reyna dió á luz á esta prenda de un himeneo que hacia la felicidad de los dos augustos consortes: un acontecimiento tan feliz causó el mayor júbilo en la nacion; todas las clases de la sociedad se esmeraron á porfia en manifestar su satisfaccion, y los pudientes hicieron muchos gastos para celebrar tamaño suceso. Con este motivo hubo en la corte un sin número de funciones, y se repartieron limosnas cuantiosas, con órden expresa de SS. MM. de que los pobres de la clase mas ínfima fuesen preferi-

dos, lo que puso el colmo á la alegría general.

Quando la Reyna estuvo para salir á misa, quiso hacer el viage de París para ir á dar gracias á Dios en la iglesia de nuestra Señora. El Rey, que desde su mas tierna edad habia mirado todos los actos de religion como la primera obligacion de un cristiano, quiso asistir á aquella ceremonia; y los dos augustos esposos postrados delante de los altares del Señor, dándole gracias por tan feliz alumbramiento, le pidieron con el mayor fervor se dignase repartir sobre todos los franceses los bienes espirituales y temporales; y para manifestar mas y mas á sus amados vasallos lo agradecidos que quedaron SS. MM. al ver una lealtad tan fina, determinaron que se dotase á cien doncellas pobres y virtuosas, las quales en su pre-

sencia y en la misma iglesia de nuestra Señora de París, recibieron la bendicion nupcial; y estos nuevos esposos levantaron las manos al cielo dirigiendo las mas fervorosas súplicas por sus augustos soberanos, los quales por aquel acto religioso y benéfico los asociaban de algun modo á su mútua felicidad.

Desde su mas tierna juventud Luis XVI habia manifestado una sensibilidad, que por desgracia se halla raras veces en las clases distinguidas. Para conmover su compasivo corazon, no era necesario que la miseria se ofreciese á su vista; solo con hablarle de un desgraciado se le soltaban las lágrimas y al instante iba á socorrerle: ¡Quántas veces lo vieron introducirse disfrazado en las mas humildes chozas, ó subir hasta las mas pobres guardillas para pro-

veer á las necesidades que uno se admira de encontrar junto á los palacios de los reyes! Y lo que ha de servir de mayor edificacion, es que los menesterosos que recibian estas limosnas, ignoraban el nombre de su bienhechor. Para repartir estos beneficios, la virtud modesta de Luis se valía de aquellos medios ingeniosos que el vicio emplea quando trata de guardar la decencia y ciertos respetos humanos que lo hacen menos odioso. El ver la miseria con sus propios ojos, es el mejor medio para que un príncipe llegue á conocer las causas que la motivan.

Antes de ser rey, habia pensado Luis XVI en reformar los desórdenes del gobierno. Murmuraban de esto los cortesanos que no aman en la monarquía sino los abusos que ellos juzgan inseparables de ella, y que no ven en el

monarca sino el dispensador de las gracias á las que ellos solos se creen acreedores. Estos *fieles* vasallos, que permiten á la Magestad que ella *sola* disponga de las contribuciones, con tal que se dirijan en provecho suyo, no tenian una alta idea de un príncipe que se complacía en repetir muchas veces estas palabras: *Los reyes tienen obligacion de hacer felices á los pueblos con su conducta, y virtuosos con su exemplo;* esta era su máxîma favorita, y ella fue la regla de todas sus acciones.

Apenas subió al trono, quando su primer anhelo fue el hacer á su pueblo feliz, y sus primeros pasos se dirigieron hácia la beneficencia pública. Otros reynados han sido mas brillantes que el suyo, pero en ninguno quizá se han visto tantas y tan útiles reformas. Cada dia salia algun decreto,

alguna providencia real para el bien del pueblo frances, y sobre todo á favor de las últimas clases de la sociedad. ¡Quán poco ha durado un reynado tan feliz, cuyos principios hacian esperar un porvenir mas feliz todavía! ¡O filosofia moderna, con tus tramas infernales has llevado al cadahalso á aquel benéfico y virtuoso monarca! ¡á tí sola se deben atribuir veinte y cinco años de calamidades en las que la desgraciada Francia se ha visto sumida, y cuyo contagio se esparció despues por toda la Europa! ¡Tristes recuerdos! ¡pesares inútiles! Pero á lo menos que nos sirvan de escarmiento para que desechemos de una vez todas estas novedades tan contrarias á la quietud pública. Sigamos nuestra relacion.

Luis XVI sabia muy bien que el mayor influxo sobre la mo-

ral pública, consiste en tener á su lado ministros íntegros. En los principios de su reynado, sucedió lo que sucede por lo regular, que dos ó tres de estos abusaron indignamente del poder que les habia confiado: la opinion pública los acusaba altamente de varias órdenes arbitrarias; y habiéndose enterado S. M. de los motivos del encono del pueblo contra aquellos agentes infieles que comprometian la potestad real, los despidió reemplazándolos por otros mas dignos de su confianza, y mas aptos para cumplir con las miras benéficas de su rey y amo. Uno de estos fue el inmortal *Malesherbes*, aquel consejero íntegro cerca del trono, y que en el último año del reynado de Luis XVI tuvo la valentía de tomar á su cargo la defensa de aquel desdichado monarca, sacrificando gustoso su vida por su

causa contra millares de antropófagos, de cuyo furor fue al fin triste víctima.

Malesherbes empezó por visitar todas las cárceles; penetró en todos los calabozos en donde estaban todos los reos de estado; se enteró sin pasion y muy por menor de sus causas; y todos aquellos que se hallaban castigados por una sentencia arbitraria, sin que hubiesen precedido las pruebas convincentes de los delitos que les imputaban, salieron libres. Penetrado del respeto que un rey debe á las leyes y á la justicia, declaró Luis XVI que jamás firmaría durante su reynado ninguna Carta de Sello (*), y cumplió con su palabra. Hizo mas todavía aquel buen príncipe, le-

---

(*) Expresion francesa que significa *una órden firmada del rey* para prender á todo individuo acusado de algun delito contra el estado ó el ministerio.

vantó el destierro á todos los individuos del Parlamento que habian faltado á la magestad del trono con una resistencia que mas bien parecía una terquedad que un verdadero amor de la justicia y de la patria. El pueblo se lo agradeció sobremanera, pues se lisonjeaba en secreto al ver que la antigua magistratura, tan querida de la nacion, que de algun tiempo á aquella parte se hallaba tan despreciada y envilecida, volvia á tomar aquel áuge, y aquel aspecto magestuoso que era uno de los principales adornos del trono, y el honor de la nación misma. Pero, ¡ay de mí! ¡quién hubiera creido entonces que aquel tribunal supremo pagaría en lo sucesivo tan insigne beneficio con la mas negra ingratitud, y que con sus injustas preocupaciones había de acelerar la caida de aquel *mismo* que con tanta generosidad

le había restablecido en todos sus derechos y honores!

Toda aquella porcion de la nacion francesa que tenía luces y entendimiento admiraba sin cesar un gobierno tan paternal, y el pueblo agradecido á tantos beneficios no dejaba de dar gracias á Dios por haberle dado un rey tan bueno y tan sabio; y por lo mismo á la época del nacimiento de la princesa, cuya vida escribimos, se esmeró en manifestar su regocijo con unas funciones de que el soberano habia dado el primer exemplo; y mirando á esta augusta niña como una prueba de su amor y respeto, parecía prever de antemano, que un dia ella haría renacer en Francia la paz y la alegría: pero sigamos todavía á aquel buen príncipe en sus desvelos para hacer feliz á una nacion que le pagó con tanta ingratitud.

Quando se trataba de alguna cédula real relativa á las imposiciones, nunca se valió Luis XVI de aquellas fórmulas imperativas que se estilaban en tiempo de los reyes sus antecesores; antes bien empleaba un estilo persuasivo, que dirigiéndose al corazon, hacía amar sus órdenes y obedecerlas. En tales circunstancias Luis parecía por un instante despojarse de su autoridad para conversar con sus vasallos, y pedirles su parecer sobre lo que tenian que pagar. Con unos modos tan amables y tan cariñosos, todos tenían la mayor confianza en su rectitud, y concedian al amor que profesaban á su monarca, lo que este podia exîgir por derecho de soberanía. No crea el lector juicioso que esto fuese una maña suya para sacarles unas cantidades que habian de servir para el luxo, para sostener la

pompa del trono, ó para gastos personales, no; todo su anhelo era el encontrar medios para aliviar á las clases menos afortunadas. Los tribunales superiores, que manifestaron en aquellas circunstancias una tenaz resistencia para impedir unas imposiciones tan necesarias para el bien del estado, no tendrán disculpa alguna en la posteridad; y ésta acaso acusará á Luis de haber sido demasiado enemigo de una ostentacion inseparable de la dignidad real; pues para ahorrarse de gastos y dar á la nacion una prueba de su buena fé, suprimió varios cuerpos militares destinados en todos tiempos para la custodia y adorno de la magestad del trono; y estas reformas habian de comprometer algun dia á su persona sagrada, y la seguridad de la nacion: á la verdad aquel dia estaba bastante remoto, y en aque-

lla época nadie podía preverlo, ni pensar que jamás hubiese de llegar, sobre todo al considerar el entusiasmo general de los franceses á favor de un rey adornado con todas las virtudes, y que miraba como su mayor felicidad el ser amado de sus vasallos. Por lo mismo en el viage que emprendió para ir á visitar el *puerto de Cherbourg*, escribió á la Reyna su augusta esposa en estos términos: "Los vivas, los aplausos, las de»mostraciones de un amor puro y »sencillo, que he recibido de mi »pueblo, han penetrado hasta lo »mas íntimo de mi corazon enter»necido..... ved ahora si no soy el »mas feliz de todos los reyes de la »tierra." Por su parte la Reyna se esmeraba tambien en rivalizar en beneficencia con su augusto esposo. Adornada con todas aquellas gracias que la naturaleza parece

se habia complacido de reunir en ella, ganaba todas las voluntades. Al oir hablar de alguna lástima, sus ojos se llenaban de lágrimas, y al instante buscaba medios para remediarla. Pedirle su mediacion para favorecer á algun desvalido, era el mayor gusto que podian darle. Madre cariñosa, esposa idolatrada, soberana querida y venerada, todo parecía concurrir á presagiarle una vida feliz y llena de satisfacciones; pero ¡ay de mí! ¡esta augusta familia andaba ya sobre un volcan que la maldad iba cavando en secreto baxo los pasos de la beneficencia misma! ¡O Francia! ¡cómo has de expiar tamaños extravíos! Perdóname, no es á tí á quien echo la culpa de tantos horrores, pero sí á los novadores que te han seducido, y te han acarreado los males que has sufrido por tantos años.

Quando María Teresa Carlota de Borbon, cuya historia escribimos, hubo llegado á la edad competente para recibir los primeros principios de una educacion adecuada á su alto nacimiento, la Reyna su augusta madre tuvo el mayor cuidado de colocar á su lado personas de toda su satisfaccion, y que tuviesen en su favor la pureza de costumbres, la rectitud de juicio y una doctrina sana. Vió que todas estas prendas tan necesarias para una educacion cristiana concurrian en madama de *Mackau*, y por lo mismo la escogió para encargarla de un depósito tan precioso, á fin de que formase el corazon de su querida hija á la práctica de todas las virtudes, que hacen el principal mérito de las personas del mas alto rango. La inclinacion que la sábia áya advirtió desde luego en su augus-

ta educanda en favorecer á todos los necesitados, hacía ya presagiar que llegaría á ser algun dia, como su madre, el perfecto modelo de la bondad misma; y para dar una prueba de ello, me bastará referir el pasage siguiente.

Un dia madama de *Mackau*, sin advertirlo, tuvo la desgracia de pisar bastante fuerte el pie de Madama Real (así llamaremos en lo sucesivo á María Teresa Carlota de Borbon): la jóven princesa que á la sazon tenía nueve años, no manifestó haber sentido el mas mínimo dolor, y quedó sentada en el mismo sitio. Por la noche y al tiempo de desnudarla las camareras advirtieron que la media de Madama Real estaba llena de sangre. A las varias preguntas que le hicieron sobre este particular, dixo la causa con una sencillez la mas cariñosa. Habiéndolo sabido

madama de *Mackau* corre al quarto de esta princesa, y con una voz triste y trémula la pide perdon de su descuido, quejándose muy respetuosamente de que le hubiese callado todo el dia aquella desgracia. Madama Real riéndose le habló en estos términos: "Al verte »ahora, que no sufro dolor algu»no, tan afligida y tan pesarosa »de haberme hecho daño sin que»rerlo, ¿qué hubiera sido, pues, es»ta mañana quando sentía algun »dolorcito?" Esta respuesta sublime en una edad tan tierna, dió á conocer en aquel instante quanto se podia esperar de una niña que manifestaba un corazon tan sensible y tan generoso.

Los principales atributos de la diadema son la bondad y la indulgencia; pero quando estas llegan á ser excesivas degeneran en debilidad, y acaban por perjudi-

car al órden social. El lector no dexará de conocer que llegamos ya á aquella terrible época de la revolucion francesa en que principiaron las desgracias del virtuoso Luis XVI. ¿Hablaré yo de los infinitos ultrages con los que fue oprimido por tanto tiempo el mejor de los reyes? ¿describiré aquellas sangrientas escenas tan difíciles de concebir en la nacion francesa, y que ésta, con mucha razon, querria en el dia ocultar á la posteridad? ¿pintaré yo aquellos horribles é inauditos asesinatos en los dias memorables de cinco y seis de octubre de mil setecientos ochenta y nueve, de veinte de junio, de diez de agosto, de dos y tres de setiembre de mil setecientos noventa y dos? ¿contaré el número increible de tantas víctimas inocentes sacrificadas á sangre fria? ¿llamaré sobre aquellos infames

asesinos otra venganza sino la que deben tener de sus propios remordimientos? Esto sería para mí una tarea demasiado lastimosa, y muy agena de mi corazon. Me bastará decir, que despues de haber profanado el palacio de los reyes, un enxambre de sediciosos conduxo á París á esta desventurada familia, y que desde aquella época cayeron sobre ella todas las desgracias. Madama Real presenció todas aquellas escenas de horror, y sintió vivamente los ultrages que se hacian á sus augustos padres; pues en esta princesa la razon se habia anticipado á los años, y en estas circunstancias tan pronto se esmeraba con sus inocentes cariños en hacerles olvidar la horrorosa situacion en que se hallaban, tan pronto con su candor é inocencia procuraba enternecer aquellos tigres de es-

pecie humana, los quales se ingeniaban cada vez mas para atormentar á aquellas augustas víctimas; pero todos sus esfuerzos eran inútiles para desarmar la ferocidad de sus opresores; y el palacio de las *Tullerías* llegó á ser una verdadera carcel para Luis XVI, que no hallaba en sus desgracias otro consuelo sino el que nos ofrece nuestra sublime y santa religion, y su perfecta resignacion á la voluntad de Dios con el testimonio de una conciencia pura que nada le argüía.

Llegada la época de aquel acto solemne que enlaza al cristiano con su Criador, quiso aquel piadoso monarca que su hija hiciese la primera comunion (*) en *san Ger-*

(*) En Francia es una funcion muy solemne y edificativa. En el dia señalado para aquel acto religioso, los niños de ambos se-

man el Auxerrois, que es la parroquia de palacio, manifestando por esto, que siendo los soberanos y los vasallos iguales á los ojos de Dios, no hacía diferencia alguna de la princesa á las demas niñas que se destinaban á este importante acto de nuestra santa religion.

El dia seis de abril de mil setecientos y noventa, víspera de aquel augusto dia, fue Madama Real acompañada de la Reyna su madre á echarse á los pies del Rey su padre para pedirle su bendicion, y Luis levantándola le dixo: "Hija mia, con todo mi corazon te »doy la bendicion que me pides. »Tú conoces la importancia del »acto que vas á hacer: nunca te

---

xôs se reunen en sus respectivas parroquias, donde concurre muchísima gente para ver una de las mas augustas ceremonias que se estilan en aquella tierra.

»olvides, hija mia, de lo que debes
»á Dios: los grandes principios de
»su religion sacrosanta deben ser
»para siempre la regla de tu con-
»ducta: nosotros estamos mas obli-
»gados á esto para dar exemplo á
»los pueblos. Esta religion santa es
»el único consuelo que tenemos
»en nuestras desgracias. Hija mia,
»nunca te he hablado de ellas; tú
»estás ya en edad de conocerlas, y
»por lo mismo creo poder ahora des-
»ahogar mi corazon contigo. Son
»muy crueles nuestras penas, pero
»estas me afligen menos que las del
»reyno. Las súplicas de la inocencia
»deben ser oidas en el cielo; diri-
»ge las tuyas á Dios con todo el
»fervor posible para lograr el fin
»de nuestros trabajos, y sobre to-
»do los de mi pueblo, cuya situa-
»cion, te lo repito, despedaza mi
»corazon." Durante este discurso
las lágrimas de Madama Real, los

suspiros y sollozos de la Reyna, enternecieron sobremanera al virtuoso Luis: esta escena tan tierna y tan religiosa mas bien puede uno comprenderla que describirla.

Sin embargo de haber sido tan indignamente engañado, el pueblo frances corrió en tropel á la iglesia de *san German el Auxerrois* para asistir á aquella ceremonia; y al ver á Madama Real de rodillas en medio de las demas vírgenes, *sin distincion alguna* que pudiese hacerla sobresalir sobre sus compañeras, sino quizá su humildad, y el fervor con que dirigia sus súplicas al Todopoderoso, entonces aquel pueblo engañado por unos viles seductores avivó en su corazon aquel amor innato que siempre habia profesado á sus soberanos, y que los crueles opresores de la Francia procuraban extinguir enteramente en él.

Con las intrigas, con los engaños y embustes de que se valieron nuestros reformadores para alucinar al pueblo frances, habian logrado ya no dexar á Luis XVI sino una vana sombra de dignidad real; pues su palacio de las *Tullerías* no era para aquel infelíz monarca, como hemos dicho ya, sino una verdadera carcel. Rodeado de un sin número de pérfidos y de traidores, apenas le quedaron algunos pocos criados suyos de quienes podia confiarse. Estos, á pesar de los peligros contínuos á que estaban expuestos, y á pesar de una muerte casi cierta que les amenazaba á cada instante, probaron con su celo y con su fidelidad, que habian conservado la antigua lealtad francesa. Al verse pues la familia real insultada á cada paso, ultrajada y oprimida de improperios por unos vasallos, para los

quales no habia dexado de hacer los mayores sacrificios, se halló en fin en la cruel precision, para salir de aquel infierno, de huir de una tierra en donde se veían por todas partes las señales de su beneficencia, y del verdadero amor que le profesaba; y aquel que poco hace inspiraba la mayor confianza, la admiracion y respeto, se vió precisado por aquellos mismos vasallos ingratos á dexar secretamente el palacio de sus augustos antecesores para trasladarse á la frontera de su reyno, á fin de alejar de aquellos infames el vituperio de todas las naciones, y el borron eterno que iban echando sobre el nombre frances. Pero ¡ó altos juicios de Dios! la divina providencia habia determinado en sus decretos inmutables que este desgraciado monarca *apurâse*, si me es lícito hablar así, el caliz de todas las

amarguras; pues á pesar de su disfraz, y del sigilo de los criados que le acompañaban, fue conocido y detenido en *Varennes* con su poca comitiva. Entonces aquella desgraciada familia, perseguida por la suerte mas cruel, ó por mejor decir, por la rabia de sus verdugos, fue llevada otra vez á París como criminal, y escoltada por una numerosa guardia. Durante todo el camino se la condenó á oir los improperios de un populacho desenfrenado. En estas tristes circunstancias Madama Real, cuya bondad y dulzura hubieran enternecido á los mismos tígres, procura con sus cariños consolar á sus ilustres padres; no atiende sino á su dolor; sus suspiros son la sola cosa que oye; este angel consolador no se ocupa sino de ellos: aunque tan joven, la adversidad nada puede sobre ella: su padre, su madre,

su hermano y su tia, he aquí los solos objetos que le interesan. Con sus obsequios y amable cortesía cautiva á los diputados encargados de conducirlos á la capital, y logra con su piedad filial disminuir las angustias de un viage tan triste y tan largo. Sin embargo en medio de esta multitud seducida y corrompida, tuvo Luis XVI el consuelo de encontrar algunos vasallos fieles, los quales al verlo se deshacian en lágrimas, pagándole así el generoso tributo que debian á una desgracia tan poco merecida.

Apenas esta desgraciada familia hubo llegado al palacio de las *Tullerías*, quando los novadores y los gefes principales de los sediciosos, se reunieron á los vocales de la asamblea nacional, que estaban imbuidos en los principios revolucionarios, y con sus tramas,

con sus enredos, y con sus amenazas, precisaron á los representantes del reyno, á que diesen aquel *vergonzoso* decreto, por el qual se mandaba *insolentemente* al gefe supremo de la nacion á que respondiese *categóricamente* á unos comisarios encargados de hacerle sufrir un *interrogatorio* sobre el particular. ¡Qué horror! ¿Y qué dirá la posteridad al considerar el representante de la divinidad sobre la tierra, tan indignamente tratado por unos vasallos rebeldes, cuya deslealtad é ingratitud inaudita horrorizan?.... Sin embargo de estar rodeado de traidores y de asesinos, Luis XVI manifestó en aquella ocasion, y en lo sucesivo en otras mas críticas todavía, un valor que asombró á la Europa entera. Declaró pues que *en no tratándose de interrogatorio*, daria

gustoso una cuenta exâcta de los motivos de su huida, y que estos habian de insertarse en todos los periódicos: fue preciso acceder á su solicitud; y aquel generoso príncipe, sin comprometer á *individuo alguno*, dió un manifiesto que es una prueba bien evidente de su religion, de su honradez y de su amor constante para con un pueblo mas bien seducido que culpable; y los reyes de la tierra nunca podrán acusarlo en tan terribles circunstancias de haber ajado el honor de la diadema, ni de haber comprometido la dignidad real.

Furiosos de que les hubiese salido tan mal su intento infernal, nuestros revolucionarios no se desanimaron; y valiéndose de los medios que la maldad mas refinada podia sugerirles, procuraron á toda costa que pereciese con su real familia. En consecuencia fra-

guaron, si puedo hablar así, aquella horrorosa escena del memorable dia veinte de junio de mil setecientos noventa y dos, en que treinta mil hombres, la escoria de todas las clases de la sociedad, vinieron á sitiar el asilo de sus reyes: bien pronto todos aquellos desalmados se introduxeron en los aposentos del palacio con el horrible intento de cometer el mayor de los atentados, asesinando á toda la real familia. ¿Quién tuvo el valor de oponerse á los proyectos infernales de aquellos infames? ¿Quién detuvo aquella irrupcion impura?...... Un hombre solo, y este hombre fue Luis XVI que acercándose á los pocos suizos que defendian la sola puerta del quarto en donde se hallaba reunida la real familia, les dixo con la mayor serenidad: "*abrid, abrid*, nada tengo que temer de los franceses."

Los suizos obedecen las órdenes de S. M., y en un abrir y cerrar de ojos un enxambre de sediciosos se precipita en el aposento para asesinar á sus augustos amos. Pero á la vista del hombre virtuoso, del monarca que sin recelo alguno se presenta sereno á los puñales de los asesinos, esta multitud ciega se detiene, y la maldad enmudece al contemplar la magestad del trono tan indignamente ultrajada.

Durante estas escenas de horror, Madama Real, sin asustarse, como era natural en una edad tan tierna, tan pronto mira á esa multitud de antropófagos, tan pronto á sus queridos y augustos padres; y al ver el peligro inminente en que se hallaban, alza los ojos al cielo invocándolo con el mayor fervor: Dios oye la súplica de la inocencia; y la magestad real

triunfa. Avergonzados de sus excesos, aquellos hombres exâsperados salen del palacio echando mil maldiciones contra los infames seductores que les habian inducido á cometer un atentado que los horrorizaba, no dexando al mismo tiempo de admirar la bondad heróica de aquel magnánimo monarca; y Madama Real, aunque conmovida todavía de aquel horrible espectáculo, vino á echarse á los brazos de sus augustos padres, reemplazando las lágrimas del dolor con las de la esperanza.

Penetrado el pueblo frances de los horrores de aquel dia, manifestó su indignacion por todas partes: la capital, las provincias y el exército pidieron altamente el justo castigo de los autores de aquel horrible atentado. ¿Quién hubiera creido que desde aquel

instante no hubiera sido aniquilado todo proyecto sedicioso? Mas no era esta la intencion de los facciosos: ellos querian la ruina del trono, y este era todo su anhelo: disimulando por algun tiempo, fue á fin de socavar con mas acierto los cimientos de la monarquía. Para executar este proyecto hicieron venir á París falanges de hombres acostumbrados á toda especie de delitos, los que, conocidos con el nombre de *Marselleses*, señalaron su entrada en la capital con mil excesos, sin disimular el objeto principal de su venida. Llegó en fin el infausto dia diez de agosto de mil setecientos noventa y dos, en el que se vieron renovar las horribles escenas del veinte de junio: fue tambien cercado el palacio de las *Tullerías*, y la artillería apuntada contra sus paredes llevó por todas partes el

fuego y la muerte. En vano los fieles suizos oponen una tenaz resistencia, pues al momento son degollados; y aquellos que pudieron librarse del furor de los asesinos cubiertos de la sangre de tantos valerosos soldados, se vieron insultados y perseguidos de muerte, buscándolos con una infernal vigilancia hasta en los parages mas recónditos. Estos malvados, privados enteramente del uso de la razon con los licores fuertes que les habian dado los que los dirigian, corren á palacio creyendo saciar su rabia con la sangre de las augustas víctimas que les designaban sus infames gefes; pero engañados en su intento se entregan al mas horroroso saqueo, en términos que el palacio real no ofrecia ya sinó la verdadera imágen de la mas horrible devastacion.

Al oir el estruendo de los ca-

ñones que los *Marselleses* dirigían contra su palacio, Luis XVI olvidándose de su propia vida, solo se ocupa de la de su querida familia; y con el parecer de los pocos individuos que se hallaban á la sazon en su quarto, determina refugiarse en la asamblea nacional, y con la mayor confianza quiere poner su persona y las de su familia baxo la salvaguardia de los representantes de la nacion. "Vamos (dixo aquel generoso príncipe), vamos, quiero todavía dar á mi pueblo una prueba cierta del amor que le profeso." Apenas hubo hablado así, quando se dirigió hácia la asamblea nacional, creyendo con mucha razon, que habia de encontrar en ella aquel interes á que su bondad y sus virtudes le hacian acreedor. Pero ¡ah! ¡quan engañado fue! pues apenas estas augustas personas hubieron llega-

do á la sala de aquel congreso, quando las encerraron en la pieza llamada el *Logógrafo*, en donde permanecieron diez y seis horas sin tomar otro alimento mas que algunas frutas que les ofrecieron, y desde allí las trasladaron al convento de los *Feuillants* (Bernardos), sin que se hubiese hecho *la mas mínima disposicion* para recibirlas; pues aquella desdichada familia, oprimida del dolor, pasó la noche sobre unos malos xergones, privada del sueño de que disfrutaban sin *remordimiento alguno* los infames autores de tantos desastres. Al dia siguiente la volvieron á llevar al mismo parage, y fue para que oyese todos los improperios que no dexaban de vomitar contra el gefe supremo de la nacion unos hombres asalariados, que tuvieron la increible desvergüenza de imputarle las

atrocidades que *ellos mismos* acababan de cometer; la posteridad se horrorizará quando sepa que *estos mismos* hombres precisaron á aquel infeliz monarca á que oyese *tambien* el fatal decreto que le privaba del trono, y en seguida la órden que dieron sus ingratos y desleales vasallos de trasladarlo á la torre del *Temple*, con la Reyna su esposa, con sus dos hijos, y con la virtuosa Isabel, aquella heróica princesa que en todas estas terribles crisis, nunca jamás quiso apartarse de su augusto hermano, presentándose siempre la primera á los puñales de los asesinos, y acabó en fin por ser víctima de su piedad fraternal.

Luis XVI escuchó con la mayor serenidad aquel terrible decreto que le anunciaba demasiado claramente su infeliz destino. Tan firme como la virtud misma, no te-

nia otro sentimiento sino el de ver á su familia precisada á participar de sus desgracias personales, y de ser víctima de unos súbditos engañados, en cuya felicidad habia puesto siempre su mayor cuidado.

Fue pues en la prision del *Temple*, y cercado de municipales elegidos casi siempre de las heces de la plebe, en donde Luis XVI y su familia mostraron uno de aquellos espectáculos que nunca se contemplan sin admiracion, quiero decir, la virtud peleando con la perversidad; un valor mas fuerte que la adversidad; una resignacion que el hombre no puede esperar de sí mismo, sino de Dios; una paciencia celestial que asombra á la barbarie misma que no la puede cansar; y si entre los municipales se hallaron algunos, cuyas almas sensibles no pudieron ver un quadro tan lastimoso sin

admirarse, fueron para el monarca el contraste mas perfecto de sus viles cólegas, pues hicieron quanto les era dable para manifestar al Rey y á su familia con su respeto y atenciones quanta afliccion les causaba lo que sufrian sin participar de modo alguno del desacato de aquellos hombres atroces que les trataban con tanta inhumanidad é insolencia.

Pasemos ahora á la época mas dolorosa de los últimos momentos de Luis XVI (es decir á la última despedida de su familia): en ella manifestó bien aquella perfecta resignacion que á nadie debia sino á la religion misma: ¡Qué grande fue en aquel momento en el que todas las afecciones de la naturaleza despedazaban su corazon! ¡qué valor no era necesario para sostener una visita tal, y para prepararse á una separacion eter-

na!.... Sí, yo lo repito, solo la religion pudo darle fuerzas en este último *á Dios.*

A las ocho de la noche salió S. M. de su gabinete, y dixo al comisario que quería ir á ver á su familia; los municipales que lo oyeron, le respondieron que no podia subir, pero que si gustaba la harian baxar. "Enhorabuena, di»xo el Rey; á lo menos podré ver»la solo en mi quarto. = No Señor, »contestaron: hemos convenido »que vereis á vuestra familia en »el comedor. = Vosotros sabeis, re»plicó S. M., que el decreto de la »Convencion me permite verla sin »testigos. = Es verdad, respondie»ron los municipales, la vereis so»lo, y se cerrará la puerta, pero »nosotros os estaremos viendo por »los cristales. = Pues bien, dixo el »Rey, haced que baxe mi familia."

Subió un municipal á la ha-

bitacion de la Reyna para que baxase con la real familia. Mientras tanto S. M. mandó á Clery (*) apartase la mesa, y pusiese en medio de la sala algunas sillas para que se sentasen las personas reales. "Será preciso, le dixo Luis, „tener dispuesto un vaso de agua „que no esté muy fria, por si aca„so la Reyna necesita beberla: di-

(*) Este es el apellido de aquel criado generoso que á fuerza de empeños é instancias logró el honor de que lo admitiesen en la prision del *Temple* para servir al Rey. Su celo y su esmero en servir á todas aquellas víctimas, á pesar de los peligros continuos á que estaba expuesto, le hacen acreedor á que la posteridad lo presente á la veneracion pública como un exemplo raro de una lealtad superior á todo elogio..... Jamás desesperó *Clery* de ver á la augusta casa de Borbon restablecida sobre el trono de sus antepasados; pero al ver los inmensos é increibles progresos que *Napoleon* iba haciendo en toda la Europa, se puso malo de pesadumbre, y murió de melancolía en *Viena* á diez y seis de junio del año de mil ochocientos nueve.

„rás á *Mr. de Firmont* (*) no sal-
„ga de mi gabinete, pues su vis-
„ta podria aumentar el sentimien-
„to de las princesas, y causarles
„algun desmayo....." El municipal encargado de ir á buscar á la real familia tardó mas de un quarto de hora en baxar. Durante aquel intervalo se conocia lo que pasaba en el corazon del Rey, por las muchas veces que entraba y salia desde su gabinete á la sala, mirando siempre á la puerta, con las señales de la mayor conmocion. Estos cuidados cariñosos, estos modos tan atentos para con la Reyna, ¿no son una prueba bien clara de la tranquilidad de una conciencia pura que nada argüía á

(*) Este es tambien el apellido del venerable eclesiástico irlandés que asistió á Luis XVI en los últimos momentos de su vida, y le acompañó hasta el cadahalso.

este infeliz monarca, á quien la certidumbre de una muerte tan ignominiosa, tan injusta y tan próxîma, no asustaba? ¿Y se podria decir otro tanto de sus infames verdugos? Díganlo aquellos contemporáneos mios que habrán leido el pormenor de los horrores de la revolucion francesa. ¡Con qué cobardía y con qué desesperacion no han muerto la mayor parte de aquellos regicidas! ¡Ah! ¡al justo solo concede Dios aquel verdadero valor que le hace despreciar la muerte, aun la mas cruel, y la mas ignominiosa! Y por lo mismo me rio de todos aquellos pretendidos filósofos de nuestros dias, los quales en sus escritos impíos tienen la desvergüenza de publicar que sus corifeos *Voltaire, Diderot, d'Alambert, &c. &c. &c.* murieron como *héroes*, siendo así que en el dia nadie ignora que estos

murieron *desesperados, blasfemando* contra la divinidad que tanto ultrajaron durante su vida filosófica...... Pero no nos apartemos del hilo de nuestra relacion.

En fin, á las ocho y media se abrió la puerta, y la Reyna con su hijo de la mano, Madama Real y madama Isabel se precipitaron á los brazos del Rey. Un profundo silencio reynó por un breve rato, y solo lo interrumpian los sollozos. La Reyna hizo un movimiento para entrar al Rey en su quarto. "No, dixo Luis; pasemos »al comedor, que allí es en don»de únicamente os puedo ver." Entraron, y *Clery* cerró la puerta vidriera. El Rey se sentó el primero, la Reyna á la izquierda, madama Isabel á la derecha, Madama Real casi al frente, y el Delfin quedó de pies entre las piernas de su augusto padre: todos

estaban inclinados hácia él, y lo abrazaban muchas veces. Esta escena de dolor duró siete quartos de hora, en los quales fue imposible oir nada; solo se veía que despues de cada frase de S. M., redoblaba el llanto de la real familia, y duraba algunos minutos. Despues, aquel desgraciado monarca seguia hablando, y los llantos volbian á empezar; por lo que se dexó de conocer que el Rey *mismo* les estaba dando parte de su sentencia.

A las diez y quarto se levantó el Rey el primero, y le siguieron todos. Se abrió la puerta: el Rey y la Reyna tenian cada uno asida una mano del Delfin; Madama Real tenia abrazado al Rey por medio del cuerpo, y madama Isabel abrazaba su brazo izquierdo. Se dirigieron á la puerta dando los mas dolorosos suspiros. "Yo

»os aseguro, les dixo el Rey, que
»os veré mañana por la mañana
»á las ocho. ¿Nos lo prometeis?
»respondieron todos. Sí, yo os lo
»prometo. ¿Y por qué no á las sie-
»te? dixo la Reyna. Pues bien,
»á las siete, respondió el Rey; á
»Dios."...... Pronunció Luis este *á Dios* de un modo tan expresivo, que hizo redoblar los sollozos á toda su familia. Madama Real cayó privada á los pies del Rey que tenia abrazados. *Clery* la levantó, y fue preciso que madama Isabel le ayudase para sostenerla. Queriendo S. M. poner fin á esta escena dolorosa, les dió los mas tiernos abrazos; y separándose de todos, se volvió á su gabinete para no hablar mas sino con su confesor.

Esta escena dolorosa pasó la víspera de su muerte, y Luis sabia muy bien que acababa de des-

pedirse para siempre de su querida familia. Con prometer el Rey que la volvería á ver por la mañana, queria escusarla el dolor de una separacion tan cruel. No solamente era Luis el mejor de los Reyes, sino tambien reunia las prendas de un buen esposo, y de un tierno padre. El cariño para con su familia se manifestó hasta su último momento........¡Qué noche tan terrible pasaron las desdichadas Princesas! ¿Cómo se podria expresar su dolor? Un funesto presentimiento las advertía interiormente que ya no volverian á ver á aquel cuyos abrazos habian recibido. En efecto, perdieron toda esperanza quando oyeron tocar la generala; y no fue interrumpido su dolor sino por los gritos de *viva la república;* y con ellos se cercioraron que ya no exîstia el mejor de los reyes

que hubiese tenido la Francia.

Con la muerte de Luis XVI se acrecentó la rabia de los infames regicidas contra aquellas desdichadas princesas: cada dia se esmeraban estos en atormentarlas de un modo tan indecente y tan cruel, que la posteridad se avergonzará al ver el contraste tan patente de aquella decantada *filantropía* de que tanto se jactaban en un siglo que llamaban el *siglo de sabiduría, de ilustracion y regeneracion.* Los guardas de vista que puso la municipalidad á estas augustas *presas*, eran unos hombres viles, sacados de propósito de la última clase de la sociedad, groseros, sin humanidad, y *encargados* de insultar á estas ilustres víctimas con toda especie de mofas y de improperios. Esta canalla estaba dirigida alternativamente por algunos individuos de

la misma municipalidad, conocidos con el nombre de *Comisarios.* He dicho ya en el curso de esta historia que entre estos comisarios se hallaban almas crueles y sin piedad alguna, que tenian gusto particular en ultrajar de todos modos á la real familia, y estos eran desgraciadamente el mayor número; pero tambien se hallaban algunos cuyo estado, educacion, y adhesion á esta desgraciada familia, los inclinaba á suavizar el rigor de sus obligaciones, con aquellas atenciones de respeto que doblaban el precio de ellas; tales fueron los señores *Lepitre* y *Toulan,* este último pagó con su cabeza su generosidad; y aquel llevado por la misma causa á un tribunal revolucionario, escapó por una especie de milagro de las manos de aquellos antropófagos. ¡Qué momento tan doloro-

so fue aquel en que estos dos comisarios parecieron en el *Temple* por la primera vez despues de la muerte del infelíz monarca!...... La Reyna, madama Isabel, Madama Real y su hermano se deshicieron en lágrimas al verlos: estos no pudieron detener las suyas. Reynó el mas triste silencio mucho tiempo; y quando ya pudieron proferir algunas palabras, los sollozos interrumpian las preguntas y respuestas. Al leer los periódicos en los que se describian las circunstancias que podian alimentar su dolor, los empapaban con sus lágrimas; y quando estas almas despedazadas con un golpe tan funesto, pudieron ocuparse en ellos con un sentimiento no menos profundo, pero con mas calma y mas resignacion, ofreció á la Reyna *Mr. Lepitre* un romance compuesto por él sobre la muerte de Luis XVI; la Reyna lo

aceptó: y algunos dias despues, quando *Lepitre* volvió al *Temple*, hizo que lo cantase su hijo, y que Madama Real le acompañase. Todos lloraban guardando un triste silencio. ¡Quién podria pintar un espectáculo tan tierno! La hija de Luis en su clave, su augusta madre sentada junto á ella, con el niño en sus rodillas, y los ojos llenos de lágrimas dirigiendo con trabajo el compas y la voz de sus hijos; madama Isabel en pie al lado de su cuñada, y mezclando sus suspiros con los tristes acentos de su sobrino...... ¡Qué espectáculo!...... Si hay algun frances que al leer este pasage no derrame lágrimas bien amargas con el recuerdo de las que derramaron aquellas inocentes víctimas, digo que no es hombre, es peor que una fiera. Pero ¿qué digo frances? ¿acaso el quadro de una escena tan las-

timosa no ha de conmover á todo corazon bien nacido de qualquier nacion que sea? ¡Oh filántropos! ¡oh pretendidos sabios de nuestros dias! ¿podreis acaso con vuestra sabiduría regeneradora hacernos olvidar de lo que la naturaleza debe á la desgracia?...... Lector mio, perdóname esta digresion: sin pensarlo se me ha escapado de la pluma: vuelvo á mi relacion.

Despues de la muerte de Luis XVI llevó la municipalidad la crueldad hasta privar á la Reyna de su querido hijo con el achaque de darle una educacion *republicana*; y para ello escogieron por ayo suyo al hombre mas grosero, mas vil y mas cruel que acaso hubiese en toda la Francia (*);

(*) Este fue el infame *Simon*, zapatero de profesion, el qual se hizo por desgracia tan famoso, por el trato inaudito que dió á aquella inocente criatura, hasta que acabó

y las tres princesas ligadas con los vínculos de la sangre y de la desgracia, se consolaban mútuamente de una pérdida que se representaba sin cesar á su memoria, llamando la religion á su socorro, é implorando el amparo divino para un niño que hacía toda su esperanza. Madama Real se valía de todos sus ingeniosos cuidados para consolar á su desdichada madre, y ya sus tiernas caricias empezaban á cicatrizar la llaga de su corazon, quando el seis de agosto á las dos de la noche de repente la arrebataron de su compañía. Al oir la lectura del decreto que mandaba fuese trasladada la Reyna á la carcel de la consergería para ser juzgada, cae Madama Real á los pies de

---

con él del modo el mas inhumano que se puede imaginar.

aquellos malvados; intenta moverlos á piedad, y enternecer los corazones de aquellos tígres sedientos de sangre: vanas fueron en esta ocasion las súplicas de la inocencia: en vano pidió le permitiesen seguir á su augusta madre; pues le negaron desabridamente aquella gracia, que hubiera sido tan preciosa para el corazon de una tierna hija. Madama Real penetrada de dolor cae sin sentido, y quando volvió en sí, no pudo hacer otra cosa sino llorar la suerte de aquella á quien ya no volveria á ver.

En medio de tantos trabajos, y en una edad tan tierna, parece no habia de resistir Madama Real á unos golpes tan terribles; pero Dios protector de la inocencia se dignó deparar á esta infelíz huérfana una segunda madre en la princesa Isabel su tia, y hermana

del desgraciado Luis XVI. Por una disposicion particular de la divina providencia Madama Isabel se habia esmerado en cuidar de la educacion de su sobrina, y ésta desde su infancia se manifestó muy agradecida profesando el mayor cariño á su augusta tia, la qual en las dolorosas circunstancias en que se hallaban las dos, procuró seguir en perfeccionar los progresos del espíritu de su sobrina, y no perdió ocasion alguna de darle todas las lecciones que podian formar su corazon. Una instruccion tan dulce y tan persuasiva grangearon la confianza de Madama Real; y esta confianza habiéndose aumentado con las desgracias durante su largo cautiverio, Madama Isabel redobló sus cuidados despues del funesto acontecimiento que habia privado á Madama Real de una madre

idolatrada, para hacerla llevar con resignacion su desgraciada suerte: y los sentimientos religiosos de la joven princesa le sirvieron perfectamente en la cruel situacion en que se hallaba. Las dos dirigian al cielo sus súplicas por aquella cuyo destino ignoraban; y la tia mezclando á sus instrucciones la moral sublíme de nuestra santa religion, inspiraba á su sobrina el olvido de todo rencor, y le recordaba sin cesar estas palabras de su desgraciado padre, en el momento en que se elevaba á una morada mas digna de sus virtudes, suplicando á Dios aplacase su ira y perdonase á sus perseguidores. "Perdono con todo »mi corazon á los que se han he»cho mis enemigos, sin que yo les »haya dado motivo alguno, y pi»do á Dios los perdone. Recomien»do á mi hijo (si tiene la desgra-

„cia de llegar á ser Rey) que de-
„be olvidar todo rencor, todo re-
„sentimiento, y con especialidad
„lo que tenga relacion á las des-
„gracias y pesádumbres que pasó."
Ella hizo mas; la pintó la nacion francesa como engañada por unos malvados que cometian diariamente en su nombre unas escenas de horror, y hizo que no la confundiese con aquellos monstruos que deshonraban la especie humana; asegurándola con un *espíritu profético* que aquella misma nacion sinceramente arrepentida profesaría algun dia un amor sincero, así á ella como á las virtudes y desgracias de su augusto padre.

Esta virtuosa princesa se esmeraba tambien en medio de los horrores de su prision en grabar en el corazon de su joven alumna el olvido de los males que las dos estaban sufriendo, y le repre-

sentaba la clemencia como la herencia mas bella de un corazon noble y generoso.

Inciertas sobre la suerte de la Reyna María Antonia, las dos princesas pasaban los dias en la mas viva inquietud, y procuraban indagar de los comisarios de la municipalidad lo que tanto les interesaba; pero ni la atenta solicitud de la piedad filial, ni la eficacia de la amistad fraternal pudieron leer jamas en el imperturbable rostro de aquellos feroces guardias lo que deseaban saber tan ardientemente; y María Antonia, encerrada en la carcel de la consergería padecia las mismas inquietudes sobre la suerte de unas personas que baxo todos títulos le eran tan interesantes.

Los verdugos de Luis XVI, animados con el crimen, no habian saciado su rabia cosumando

aquel horrible parricidio; todavía necesitaban otras víctimas, y todo se disponia para el proceso de la desdichada que habia sobrevivido al mas tierno de los esposos, y al mejor de los padres. Tranquila en su carcel, la Reyna conocia muy bien su destino cruel; y resignada en un todo consideraba la muerte como un término de sus dolores, y el principio de su reunion con su esposo.

En vano se habian buscado pruebas de acusacion contra esta princesa (María Antonia) en los papeles hallados en el palacio de las *Tullerías* despues del infausto dia diez de agosto de mil setecientos noventa y dos; nada indicaba la mas *mínima* complicidad con los enemigos exteriores del Estado; pero habian jurado su perdicion, y de consiguiente su inocencia debia importar muy poco.

Para llegar con mas seguridad al objeto, y para aniquilar todo interés público, la habian presentado al pueblo engañado desde mucho tiempo, como la autora de todos los males que sus *mismos* acusadores habian causado á la Francia: la habian hecho enteramente odiosa al pueblo; *y aquel mismo pueblo* olvidándose de los infinitos beneficios que habia recibido de María Antonia, y olvidándose igualmente del entusiasmo que sus brillantes prendas habian inspirado generalmente á toda la nacion francesa, cayó en el lazo grosero que habian armado á su credulidad. *Fouquier-Tinville*, acusador público á la sazon de aquel tribunal sanguinario, no halló, á pesar de su ferocidad, pruebas suficientes para entablar el proceso: quexóse de esto á la Convencion, y ésta le dexó dueño absoluto

de presentar los delitos como le pareciese conveniente. ¡Qué campo tan vasto para el alma tan feroz de un hombre tan malvado como *Fouquier-Tinville*! La municipalidad de París rivalizó en celo para servir á sus infames denunciaciones; este monstruo fixó la acta de acusacion sobre unos hechos tan absurdos como injustos é inverosímiles; ¡y se vió á la hija de los Césares, á la viuda del Rey de Francia, sentada en el banquillo de los criminales, dando á la Europa asombrada el horrible exemplo de quanto puede inventar el mas grande refinamiento del crimen! ¡Oh pueblos! ¡contemplad aquel cuadro... exâminad los males que han causado en una nacion culta, y despues en toda la Europa, así como en algunas partes del Nuevo-mundo, el amor á las novedades, y la mudanza

de los gobiernos legítimos, que os han ofrecido unos filósofos hipócritas, los quales valiéndose de vuestra sencillez y credulidad, os han presentado un cebo engañador con el achaque de una libertad é igualdad quiméricas, para poneros despues en los grillos de una esclavitud que íbais labrando con vuestras propias manos sin advertir el lazo que os estaban armando!.. ¡Ah! cerca de treinta años de una experiencia la mas cruel ¿no os habrán todavía abierto los ojos sobre los proyectos infernales de unos insensatos, que son el escarnio de toda la gente sensata? Ved el papel que hacen en el dia *en todo el orbe* las viles reliquias que han quedado de aquel sistema destructor: ellos son aborrecidos, detestados en todas las sociedades, que los miran con razon como los únicos perturba-

dores de la quietud pública. ¿Y dareis todavía oidos á las sugestiones de estos verdaderos enemigos del género humano, que tienen la desvergüenza de hablaros aún *de reformas*, *de abusos*, *de felicidad*, *de filantropía*, *de sabiduría y de ilustracion*, para sacudir, segun ellos, unas preocupaciones viejas que os hacen infelices? ¿Qué fruto han sacado los pueblos de esa doctrina *moderna* de que tanto nos han hablado? Presento este cuadrito á todos los hombres de buena fe, *y á aquellos mismos* que han sido ó estén todavía imbuidos de aquellos principios falsos que nos han acarreado todos estos males que tenemos á la vista: que cotejen su resultado con *esas pretendidas preocupaciones viejas*, y digan si nuestros padres con su *ignorancia crasa* (segun ellos) no han sido milla-

res de veces mas felices que nosotros con esa *decantada sabiduría* que habia de regenerarnos... Sigo mi relacion.

Para completar esta atrocidad, fueron á la torre del *Temple* unos comisarios de la municipalidad para interrogar al hijo, á la hija y á la cuñada de María Antonia, por ver si podian hallar en sus respuestas, y sobre todo en las de los dos niños algunas palabras que apoyasen el exêcrable proceso; pero su intento no les salió bien, y solo sacaron de él la vergüenza de haberlo emprendido. El respeto que debo al pudor, á la religion y á la diadema no me permite referir aquí el pormenor de aquel interrogatorio indecente y malicioso; pero sí diré que toda la astucia *filosófica* se dió por vencida por las respuestas sencillas é inocentes de aque-

llos dos niños, verificándose en aquella ocasion este pasage bien conocido de la Escritura: *ex ore infantium.... perfecisti laudem.*

No obstante unas respuestas dadas por la inocencia *misma*, y en un todo agenas de lo que podia dar algunas luces sobre el proceso criminal que se habia intentado contra aquella desgraciada Reyna; ella fue sin embargo condenada á muerte, y executada en aquel mismo dia. Mostró en este triste momento aquel valor y aquella grandeza de alma que siempre habia tenido; pues sus sabias respuestas contrastaron á las feroces preguntas que la hicieron: se puede decir que en aquel instante la virtud hizo temblar el crimen. Llevada al cadahalso en medio de una multitud inumerable, y seducida por esos pretendidos reformadores del género hu-

mano, que la llenaba de los improperios mas indecentes, pareció insensible, y se contentó con decir al pueblo: ¡*Ah infelices; mis males pronto van á acabar, y los vuestros van á principiar*! El pronóstico se realizó demasiado bien, ¡ojalá que solo hubiera tocado á sus infames asesinos! pero era preciso que él fuese el justo castigo de los errores y extravíos de los franceses. ¡Tales son los decretos impenetrables de la divina providencia! ¡y tal fue la suerte infelíz que cupo el dia diez y seis de octubre de mil setecientos noventa y tres á aquella Reyna que reunia en sí todo lo que las gracias y las virtudes tienen de mas perfecto!

Quedando solas las dos princesas, les fue preciso distraer la monotona exîstencia de su largo cautiverio con la lectura, y varias

ocupaciones de piedad religiosa. Ya esperaban que los asesinos de su augusta familia habian saciado su rabia, quando el dia nueve de mayo de mil setecientos noventa y quatro, el ruido de las llaves y de los cerrojos vino á anunciarles nuevas desgracias; precipítase en el quarto de las augustas presas una tropa de antropófagos, y manda á Madama Isabel que los siga. Al oir esta orden, Madama Real se arroja á los pies de aquellos tígres, é inútilmente los conjura con el acento del mas vivo dolor le permitiesen seguir la suerte de su querida tía (ésta era la víctima que todavía les faltaba). Madama Isabel abraza á su sobrina, y le encarga la mayor resignacion en la voluntad de Dios; y echando sobre ella una mirada en la que se pintaban todos los sentimientos de su alma, se separa pa-

ra nunca jamas volverla á ver.

¡Cómo podría yo pintar las angustias de aquella joven quando se halló sola, y entregada á sus reflexîones!...... ¡Todo lo que le debia ser mas amado, lo habia ya perdido para siempre jamas! ¡su padre, su madre, su tia, la única amiga que le habia quedado, todo habia desaparecido! y estas tristes memorias agravaban las penas de su corazon, por quanto ya no tenia persona alguna con quien pudiese desahogar sus tristezas; é incierta sobre la suerte de aquellas personas á quienes tanto estimaba, conocia por los mas tristes presagios, que los abrazos que de ellas habia recibido eran los últimos. En efecto, Madama Real ignoró absolutamente quanto habia sucedido, hasta que en el otoño de mil setecientos noventa y cinco, hablando esta intere-

resante princesa de sus parientes, oyó á una muger sensible que entre lágrimas y sollozos le dixo: "V. A. R. ya no tiene parientes......" A estas palabras contestó Madama Real "¡Pues qué, ha muerto »tambien Isabel! ¿De qué han po»dido argüir á esta infeliz? ¿Y mi »hermano, qué se ha hecho de él?" Al decir estas últimas palabras, le dió una congoja que le duró bastante tiempo. Vuelta en sí, derramó un torrente de lágrimas; y estas, con el socorro de nuestra santa religion, desahogaron su corazon despedazado con el recuerdo de haber perdido á quantos parientes tenía en Francia.

Madama Isabel, aquel ángel de virtud, no tardó en juntarse en la celestial morada con aquellos á quienes tanto habia querido; y su bella alma dexó á aquella tierra de iniquidad para reci-

bir en el cielo la justa recompensa de tan eminentes qualidades. El jóven Delfin, perseguido por los infames revolucionarios, no obstante la inocencia de su edad, (ocho años) habia sucumbido como una tierna flor baxo el peso de los malos tratamientos de sus guardas: no quedaba pues de aquella desgraciada familia sino Madama Real, que fue la única víctima que por un milagro de la divina providencia se libró de la muerte que cupo á todas aquellas augustas cabezas.

En el curso de esta historia hemos hablado varias veces de los malos é inauditos tratamientos que los revolucionarios franceses hicieron á la real familia; puede ser que el lector nos agradezca ahora le hagamos la descripcion del modo inhumano con que los dos augustos huérfanos fueron tratados

en sus respectivas cárceles despues de haber perdido á sus queridos padres y tia. El jóven Delfin, despues de la muerte de su padre, no solo heredó su título con el nombre de Luis XVII, sino tambien heredó su desgracia. Por palacio tuvo una cárcel horrible: bárbaros carceleros componian su corte: atroces é injustos tratamientos unidos á las injurias mas groseras fueron substituidos á las delicias que debia gozar, y á los respetos debidos á su alta gerarquía. Unos males causados ó aumentados por su horrible situacion le conduxeron dolorosamente á una muerte prematura, quizá adelantada por el crimen. He aquí su vida, he aquí su reynado. Con el aviso de que la salud del niño Rey se hallaba gravemente atacada, pasaron á la torre del *Temple Mr. Harmand* y otros dos diputados

de la junta de Seguridad general, y les dixeron que este niño se negaba á toda especie de auxîlios que procuraban darle, y que nada respondia á quanto se le preguntaba, añadiendo que este silencio era desde el dia en que unos malvados *usando de violencia*, le habian precisado á hacer y á firmar aquella horrible deposicion que el pudor no me permite describir. No obstante *Mr. Harmand* le preguntó algunas cosas; pero el niño jamás quiso contestar, á pesar de que permitió que le tocasen las piernas y los brazos, cuyas articulaciones estaban hinchadas: solo sí consintió en dar algunos pasos en el quarto; pero habiéndole instado *Mr. Harmand* á que siguiese andando algo mas, quedó sentado en la silla en donde estaba antes, negándose á responder á un sin número de pregun-

tas que le hicieron, ya tocante á su salud, ya á lo que podia apetecer, ó que le hiciese falta: nada de quanto pudieron decirle fue capaz de hacerle vencer el silencio, ni manifestarles siquiera su agradecimiento por estos obsequios.

En este ínterin le traxeron la comida, y los diputados no pudieron ménos de echar en cara á los comisionados de la municipalidad la parcimonia y suciedad con que le servian; pues la tal comida consistía en un potage de lentejas, con un poco de baca en un plato de barro, y seis castañas asadas en otro. La única respuesta que dieron estos comisionados fue de que tenian que conformarse con las órdenes que habian recibido sobre el particular, y que anteriormente era mucho peor. En quanto al silencio que este niño observaba, ¿quál podia ser el motivo?

¿era por haber perdido toda sensibilidad moral á fuerza de malos tratamientos? ¿Sus facultades intelectuales habian sido trastornadas enteramente, ó callaba así para castigarse á sí mismo por las palabras que habia proferido, aunque *con violencia?* ¿Un niño (á la sazon de edad de nueve años) es capaz de tomar una tal determinacion, y de perseverar constantemente en ella? Este es un problema que no es de mi inspeccion el resolver; pero sí diré que el jóven príncipe estaba dotado de una inteligencia prematura, á la que habian contribuido la educacion *en la desgracia*, y las sanas lecciones de su augusto padre.

Al salir de la habitacion del niño Rey, *Mr. Harmand* y sus cólegas fueron á la de Madama Real su hermana, y antes de entrar les previnieron los carceleros que esta

princesa, así como su hermano, se negaba á responder á las varias preguntas que le hacian; y á la verdad que no habia una razon para que hablase con los asesinos de su familia. La respetuosa decencia con que se presentó *Mr. Harmand*, y la atencion con que la habló, triunfaron del silencio de la princesa: respondió sencilla y lacónicamente á quanto le preguntó aquel diputado; y algunas de sus respuestas fueron admirables por el dolor y profunda piedad que manifestaban. Habiéndole preguntado *Mr. Harmand* que si queria viniesen á templar el piano: "No señor, respondió, yo no lo »he tocado ni lo tocaré, pues per»tenece á la Reyna." Viendo *Mr. Harmand* que no tenia sino libros de devocion, le preguntó si queria le traxesen otros mas propios para distraerla. "No señor, dixo,

„estos son precisamente los libros
„que convienen á mi situacion."
Mr. Harmand habiendo pasado
la mano por encima de su cama
para asegurarse si era buena, advirtió que esta accion habia incomodado la pureza de aquella princesa, y procuró á fuerza de atenciones darle á entender la rectitud de su accion. Madama Real no era mejor tratada que su hermano: su comida era la misma: no le daban ropa para mudar: en medio del invierno no tenia sino una triste chimenea, y con muy poca lumbre; y como la prision no tenia mucha luz, se veía precisada á trabajar cerca de la ventana, en donde pasada de frio apenas podia sostener la labor.

Sin embargo en aquella época se habia serenado algun tanto la tempestad revolucionaria, y la Francia empezaba ya á respirar;

y los monstruos que la habian cubierto de sangre y de cadáveres, inmolando ó proscribiendo á lo mas selecto de la nacion y á quantos individuos se oponian á su sistema destructor, habian recibido en el cadahalso el premio debido á sus delitos: justo castigo á la verdad, pero muy pequeño con relacion á quanto merecian sus atrocidades.

Los franceses principiaban ya á desengañarse de sus errores y volvian á manifestar aquel carácter noble y generoso que tenian antes de la revolucion. El recuerdo de su desgraciado monarca, el de su augusta esposa, y el de aquella virtuosa y tierna hermana (madama Isabel) modelo eterno de la piedad fraternal, les inclinaba poco á poco á mirar con compasion á una familia cuyos beneficios no podian contar, y maldecian en se-

creto á los que les habian precipitado en un abismo de crímenes. Los fieles vasallos que en todo tiempo fueron adictos á la justa causa del rey, trabajaban secretamente para activar en la nacion francesa aquel amor innàto que siempre habia profesado á sus legítimos soberanos: sus esfuerzos no fueron estériles: se encolerizaban al considerar los males de que, ya que no habian sido sus víctimas, fueron unos espectadores indiferentes. Se admiraban de la audacia con que unos malvados tomando el nombre *de la nacion* demasiado tiempo engañada, habian cometido tales atrocidades: se admiraban en fin de haberlos aguantado tanto tiempo; y los remordimientos iban poco á poco insinuándose en los corazones, y pedian la condigna reparacion de tantos delitos.

Todos quantos franceses conservaban todavía algun sentimiento de humanidad, lloraban en secreto la desgraciada suerte de una princesa virtuosa á quien el espíritu revolucionario atormentaba sin piedad y sin motivo alguno en un indigno cautiverio; pero nadie se atrevió á explicar públicamente este tan natural sentimiento, hasta que en diez y ocho de junio de mil setecientos noventa y cinco unos ciudadanos de *Orleans* presentaron á la Convencion nacional el memorial siguente:

"Ciudadanos representantes: »ya que habeis quitado las cade»nas á tantas desgraciadas vícti»mas de una política sombría y »cruel, una jóven condenada á las »lágrimas, privada de todo con»suelo, y reducida á llorar sus »mas amadas prendas, la hija »de Luis XVI, está gimiendo

»en una horrible prision.

»Huérfana, y tan jóven, abru»mada con tantas tristezas y tan»to llanto, ¡oh! ¡quán rigorosamen»te ha expiado la desgracia de ha»ber tenido tan alto nacimien»to! ¡Ay! ¿quién no se compadece»rá de tantos males é infortunios, »de su inocencia y juventud?

»Ahora que sin temer el puñal »de los asesinos, ni la cuchilla de »los verdugos, se puede hacer aquí »oir la voz de la humanidad, ve»nimos á solicitar su libertad, y su »traslacion con sus parientes; por»que ¿quién de vosotros querría »condenarla á que viviese en unos »sitios que todavía humean con »la sangre de su familia?......La jus»ticia y la humanidad ¿no reclaman »que se la ponga en libertad? ¿y »qué podrá objetar contra esto la »descofianza mas inquieta y sos»pechosa?

„Venid, rodead este recinto, „formad un esquadron piadoso, „¡oh vosotros franceses sensibles, „y quantos habeis recibido favo- „res de esta desventurada familia! „Venid, mezclemos nuestras lá- „grimas, supliquemos levantando „nuestras manos, y reclamemos „la libertad de esta jóven: nuestra „súplica será oida. Ciudadanos re- „presentantes, la vais á decretar: „la Europa aplaudirá esta reso- „lucion, y este dia será para no- „sotros, para la Francia entera, „un dia de alegría y de júbilo."

Es una lástima que no sepamos los nombres de los honradísimos franceses que firmaron esta representacion, y que atreviéndose los primeros á hablar en favor de esta interesante huerfanita, se hicieron acreedores á una gloria inmortal; pues es preciso confesar que esta accion fue bastante atre-

vida, haciéndonos cargo de las circunstancias de aquellos tiempos; y así es que no tuvo el suceso completo que debian esperar los que dieron aquel paso; no obstante hácia la mitad del año se dulcificó en algun modo la suerte de Madama Real: es cierto que no fue tratada de una manera conveniente á su alto nacimiento; pero S. A.R. obtuvo ropa para mudar, y otros vestidos que antes de esta época le habian negado indigna é insolentemente (*). Como el furor revolucionario iba poco á poco aplacándose, la junta de gobierno avergonzada del desacato con que se habia tratado á aquella inocente princesa, permitió que en el dia catorce de agosto de aquel mismo año, y víspera de los dias de Ma-

(*) Quando mandaba Roberspierre, solo tenia Madama Real un vestido negro que apenas la cubria.

dama Real, se reuniesen unos músicos en unas guardillas inmediatas al *Temple*, y le diesen un concierto, cuyo aire melancólico era análogo á su triste situacion. Esta señal imprevista de interes agradó mucho al corazon sensible de la princesa, y circuló bien pronto en toda la capital. Con este motivo le dieron noticia de que con justo fundamento podria esperar una asistencia menos dolorosa. En efecto, le permitieron entrar algunos libros instructivos que habia pedido; estos eran las *Cartas de madama Sevigné*, las de madama de *Maintenon*, las obras de *Boileau* y de *Fontenelle*, la *Historia de Francia de Welly*, &c.

Madama Real pasaba el tiempo ya leyendo estas obras, ya dibuxando; otras veces bordando ó recibiendo las visitas que con autorizacion especial le hacian casi

diariamente madama de *Tourzel*, madama de *Bethune-Charost*, y madama de *Mackau* su antigua aya; tambien recibia las visitas de madama *Laurent* su ama de leche, la que anteriormente habia hecho muchas tentativas infructuosas para obtener el honor de encerrarse con S. A. R. á fin de cuidarla de la misma manera que lo habia hecho en su niñez. Poco tiempo antes habia logrado este favor madama *Bocquet de Chaterenne*; y con su talento útil y agradable divirtió en lo posible á la hija de su desgraciado Rey. Estuvo con S. A. R. hasta el dia diez y ocho de diciembre, en que á las once de la noche la sacaron de la torre del *Temple*, para llevarla á la corte de S. M. el emperador de Alemania; y parece que el aniversario del nacimiento de esta augusta princesa habia si-

do elegido expresamente para ser en adelante como el de su renacimiento á la felicidad.

Desde el mes de julio del mismo año de mil setecientos noventa y cinco habia ya entablado este príncipe varias negociaciones con el gobierno francés para sacar á esta princesa de las manos de los revolucionarios; y las diligencias que se practiban sobre el particular se habian divulgado ya: bien pronto se supo que el emperador de Alemania habia ofrecido una gran cantidad de dinero para el rescate de Madama Real. Los terroristas, aunque batidos por todas partes, no eran á la sazon enteramente vencidos: tenian un número infinito de partidarios, y estos mandaban en algun modo al gobierno, el qual conocia que habia muchísimos malvados que deseaban el total exterminio de las

reliquias de la familia real; pero las diligencias de muchos buenos arrancaron de la Convencion un decreto por el que encargó el Directorio á *Mr. de Benezech*, ministro del interior, sacase de la torre del *Temple* á Madama Real, y la pusiese secretamente en camino para la ciudad de *Basilea.*

En consecuencia de este decreto, *Mr. de Benezech* hizo salir de su prision á esta princesa, y la conduxo respetuosamente á su casa. Despues la hizo marchar con toda la decencia posible; y Madama Real recibió en todo el transcurso del camino, aunque en silencio, los homenages debidos á su alto nacimiento y circunstancias; pues aunque el oficial que la acompañaba debia hacerle guardar el incógnito mas riguroso, no dexaron por eso de conocer los buenos franceses que la señorita *So-*

fia era la hija del desgraciado y virtuoso Luis XVI. Acompañábanla en su viage madana de *Souci* hija de madama de *Mackau*, y Mr. *Hue*, aquel ayuda de cámara tan fiel de Luis XVI.

No atendiendo el emperador de Austria á las condiciones con que se propuso el cange, sino á sus nobles deseos con que queria librar del torrente revolucionario á los tristes restos de la desgraciada familia de Luis XVI, hizo que se verificase el dia veinte y seis de diciembre. Las últimas palabras de Madama Real al dexar el territorio francés fueron estas: "Siento dexar la Francia, y siempre »la miraré como mi patria, no obs»tante el triste recuerdo de la suer»te fatal que cupo allí á mi des»graciada familia..." Hablando así derramó un torrente de lágrimas... Apenas hubo llegado á los domi-

nios del emperador de Alemania, quando encontró una comitiva qual correspondia á su alto caracter, y que la acompañó hasta Viena, á donde llegó el dia nueve de enero de mil setecientos noventa y seis. Fue muy obsequiada del Emperador, de la Emperatriz y demas archi-duques; y todos los habitantes de la capital de Austria se esmeraron en manifestarle el interes que les inspiraba su largo y cruel cautiverio. Al instante despacharon correos á Luis XVIII que se hallaba á la sazon en *Mittau*, ciudad del ducado de *Curlandia* en los estados de Paulo I emperador de *Rusia*.

Hacía ya mucho tiempo que este buen príncipe no dexaba de llorar las desgracias de la Francia y las de su familia. Desde que fue arrojado de su patria por la tempestad revolucionaria, no se

habia visto brillar en su rostro aquella alegría apacible que es la mejor señal de la tranquilidad del corazon, y de la felicidad que se disfruta; pero al saber que Madama Real habia llegado felizmente á Viena, ya enxugó sus lágrimas, y cesaron todos sus males. Esta era la única prenda que le quedaba de su desgraciado hermano, y por lo mismo era su hija adoptiva; se apresuró pues á reunir á su persona real una princesa que la providencia le confiaba, y que tenia consigo tantos y tan tristes recuerdos con la aurora de la felicidad. Su paternal corazon no balanceó un punto sobre la eleccion del esposo que debia ofrecerle; temia el separarse de su querida hija adoptiva, y no queria perderla segunda vez. Sin embargo antes de realizar esta dulce esperanza, quiso asegurar-

se del consentimiento de su sobrina, á quien escribió en Viena sobre este particular; y esta princesa que podia casarse con un príncipe glorioso y lleno de poder, prefirió unir su destino al de su primo, pobre, desterrado y proscripto, porque era francés y porque no queria separarse de las desgracias de su familia. En consecuencia á principios de mayo de mil setecientos noventa y nueve salió de *Viena* para *Mittau*, sumamente agradecida á los finos obsequios que recibió de SS. MM. y AA. imperiales, y demas vecinos durante todo el tiempo que permaneció en aquella corte.

¿Quién podría describir los pormenores de las primeras vistas de Madama Real con el Rey? las expresiones mas significativas serían insuficientes para esto. Luego que los dos coches estuvieron inmedia-

tos, mandó Madama Real parar el suyo, baxó con precipitacion, y corriendo por el medio de la polvareda hácia el Rey, que con los brazos abiertos corría tambien para alcanzarla, exclamó: "Ya en fin »veo á V. M., ya soy felíz......ved »aquí á vuestra hija......tened cui»dado de mí, y sed mi padre......" Este buen príncipe no podia proferir una palabra, pues se lo impedian las lágrimas mas vivas que le causaba el gozo de volver á ver á su sobrina. Le presentó el duque de *Angulema*, que tampoco pudo expresar su alegría sino besando con la mayor afeccion la mano de su prima. Subieron en el coche, y el Rey enseñando su sobrina á sus fieles servidores, exclamaba lleno de alegría: "Vedla aquí, ya no nos de»xará mas; todos nuestros males, »todas nuestras penas, ya están ol»vidadas......" El Rey mismo fué el

primero que le presentó aquel venerable eclesiástico (*) que habia dicho á Luis XVI: *Hijo de san Luis subid al cielo.* ¡Que recuerdo tan triste para el corazon de Madama Real al ver aquel respetable confidente de los últimos momentos de su augusto padre! Un silencio universal interrumpido solamente por sollozos, expresó todo lo que pasaba en aquella alma angelical, y el enternecimiento fue general. En fin, Madama Real ya estaba libre, y su libertad inesperada volvió á traer á la corte de Luis XVIII *en una tierra extraña* aquella alegría dulce de que no habia disfrutado desde su destierro; y el dia diez de junio del mismo año de mil setecientos noventa y nueve casó baxo la pro-

(*) *Mr. de Firmont*, confesor de Luis XVI, y que le acompañó al cadahalso.

teccion del cielo, y los auspicios del Emperador de Rusia Paulo I, con el actual duque de Angulema, hijo de *Monsieur conde de Artois*, hermano de Luis XVIII.

El cardenal de Montmorency, limosnero mayor de Francia, les dió la bendicion nupcial en una hermosa galería del palacio de los auntiguos duques de *Curlandia.* En ella pusieron un altar, adornado sencillamente con rosas y lises entretegidas; y así se verificó el matrimonio de los herederos de uno de los primeros tronos del mundo, desterrados del hermoso pais que los vió nacer. La nobleza de *Curlandia*, los vecinos de *Mittau* y los fieles servidores del Rey asistieron á esta tierna escena: los ojos de todos se fixáron sobre la hija de Luis XVI, y sobre *Mr. de Firmont......* La historia consagrará como un exem-

plo memorable de las vicisitudes humanas el nombre del pais donde se celebró este matrimonio.

Despues de tantas persecuciones, de tantos trabajos, y de tantas desgracias de toda especie, era natural el creer que los tristes residuos de aquella augusta familia gozarían en adelante, lexos del foco revolucionario, del sosiego que habian encontrado en medio de las nieves y de los hielos, baxo la proteccion del Emperador Paulo I, que les habia concedido, como hemos dicho ya, un asilo en sus vastos dominios; pero la secta filosófica enemiga de los Borbones, á quienes estaba haciendo sordamente una guerra de muerte, recurrió á mil intrigas y estratagemas, para que este príncipe sospechase de unos desgraciados que á la sazon ninguna influencia tenian en los gabinetes de la Euro-

pa. Desde esta época debe tomar la fecha aquel encono de los novadores que por entonces se declararon abiertamente contra todos los Borbones en sus respectivos estados, en donde reynaban con tanta moderacion como justicia. Los acontecimientos posteriores, que han pasado á la vista de mis contemporáneos, son una prueba bien convincente, de que atacando á esta dinastía, se proponian el destruir enteramente nuestra santa religion, cuyos fundamentos esta secta infernal minaba sordamente de noventa años á esta parte, y conocia que los Borbones la sostenian con todo su poder contra estos enemigos *nocturnos* que no se quitaron la máscara sino quando vieron sus tronos abatidos. A estos novadores es á quienes debemos atribuir aquel trastorno general de toda la Eu-

ropa, de que acabamos de ser testigos oculares y tristes víctimas. Creían ya que sus medidas estaban tan bien concertadas, que no podría escapar de sus golpes la religion de Cristo: ya se preparaban para cantar el himno de su triunfo, quando el Altísimo se dignó darles un gran exemplo destruyendo sus proyectos infernales, y restableciendo á los Borbones en sus tronos respectivos. Pero no anticipemos los hechos.

En mil ochocientos uno, y en el tiempo mismo en que menos lo esperaba Luis XVIII, se vió precisado á abandonar su pequeña corte de *Mittau* en la estacion mas cruda del año, y por una órden que se le comunicó de parte del Emperador de Rusia para que saliese de sus estados. Estas nuevas tempestades fraguadas por estos pretendidos filósofos modernos pre-

cisaron pues á los individuos de esta real familia á que se separasen otra vez; y Luis XVIII salió de *Mittau* en enero de mil ochocientos y uno para emprender un viage cuyo término ignoraba: los pormenores de aquel viage se hallan descriptos en la carta que el conde *d'Avarais* escribió á un amigo suyo, y es del tenor siguiente:

"El objeto principal de mi carta es el hacer á V. la relacion de nuestro viage, y sobre todo el hablarle de aquel ángel celestial que la divina providencia ha dexado en este mundo para consolar al nieto de Luis XIV. Aquella heróica princesa criada en una prision, careciendo durante muchos años de las cosas mas necesarias, se halla actualmente sin abrigo alguno en la inmensidad de este globo. Con una al-

»ma verdaderamente sublime uni-
»da á la mas adorable sensibili-
»dad, sigue madama la duquesa
»de Angulema esta nueva carre-
»ra de calamidades, no balan-
»ceando un momento en unir su
»suerte á la de su tio: ella quie-
»re seguir á su Rey por todas par-
»tes, y que sean propios los infor-
»tunios del uno y de la otra.

»Nuestro viage, caminando
»siempre por las orillas del mar,
»ha sido horrible, en términos que
»una furiosa tempestad llena de
»torbellinos de nieve que cegaban
»á los hombres, y asustaban á
»los caballos, interrumpieron va-
»rias veces nuestra marcha. Ya
»uno de los de la comitiva se ha-
»bia roto un brazo; pero felizmen-
»te ninguna desgracia ha sucedi-
»do á nuestros amados soberanos;
»ó (por explicarme con sus mismas
»expresiones) lo único que sufren

»es lo que su comitiva padece. El »rigor de la estacion, las posadas »mas horribles, la ignorancia ab»soluta del sitio en donde podrán »descansar estas augustas cabezas, »nada altera la constancia de esta »adorable princesa : únicamente »ocupada del Rey, todo es bueno »para ella. Ni el calor abrasador, »ni el mayor frio de una habita»cion sin lumbre, que habitual»mente debe participar con ma»dama de *Serent* y sus criadas, »mientras que su tio descansa en »qualquiera parte, nada es capaz »de hacerla que se quexe : esta es »un angel consolador para nues»tro soberano, y un modelo de »valor para nosotros.

"¡Ay, amigo! ¡ojalá pudiera »yo explicarme del mismo modo »que la naturaleza me ha pro»porcionado el sentir! mi descrip»cion sería mas expresiva, esto es,

»menos sublíme que lastimósa: ve-
»ría V. lo mismo que yo á nuestro
»amado soberano en medio de sus
»lágrimas metido en un miserable
»rincon, sin otra esperanza que
»la de hallar al dia siguiente otro
»igual, y quizá peor. V. lo vería
»con aquel rostro sereno, con
»aquella bondad y aquella gra-
»cia que le son propias, y que V.
»sabe tambien apreciar, buscar,
»aunque en vano, voces con que
»expresar su agradecimiento. A
»su lado la hija de tantos reyes,
»*la nueva Antígona*, esta nueva
»víctima escapada de las manos
»de los asesinos de su familia,
»bella, tierna, recordando el me-
»jor de los príncipes, su intrépi-
»da madre, la virtuosa y santa
»Isabel. V. la vería teniendo so-
»bre sus rodillas al perro (*) que-

(*) Quando Luis XVI fue encerrado en la torre del *Temple* le siguió un perro que

»rido de toda alma sensible, com»pañero de cautiverio del infelíz »niño Rey, y despues el único »testigo que se compadecia de sus »largos tormentos. Añada V. á »esta descripcion al venerable »presbítero *de Firmont*, cuya sola »presencia recordando un exêcra»ble atentado, inspira el olvido »de sí mismo para cumplir con »las obligaciones de su estado. »¿Habrá algun corazon de hier»ro, de qualquier partido ó fac»cion que sea, que no se deshi»ciese en lágrimas al contemplar »un cuadro tan lastimoso como »este?"

Estos ilustres fugitivos hallaron en fin en Inglaterra una mo-

---

lo queria mucho. Despues del inaudito suplicio de aquel desgraciado monarca, este pobre animal se quedó en la misma torre, sin querer jamas apartarse de los dos huerfanitos.

rada pacífica, y despues de tantas desgracias pudieron gozar en paz del sosiego, que era la sola cosa que apetecian en este mundo. Quando madama la duquesa de Angulema pareció por la primera vez en la corte de Londres (lo que se verificó en una funcion dada por el príncipe Regente para celebrar los dias del Rey) todos fixaron la vista en aquella princesa, cuya infancia pasó en medio de las lágrimas, en los dolores mas crueles que puedan afligir al corazon humano; y la que antes de llegar á la edad en que la razon sostiene al valor, tuvo que llorar sucesivamente á su padre, á su madre, á su tia, inhumanamente asesinados, y á su jovencito hermano víctima de los tratamientos mas atroces, y de la política mas infernal. ¿Quién jamas reunió tantos títulos de respeto, de ad-

miracion, y aun (me atreveré á decirlo) de una piedad respetuosa en todo el orbe? Jamas la virtud y la inocencia se mostraron á los hombres con unos coloridos mas interesantes en los que se matizaba una bondad tan tierna con una melancolía tan expresiva, que hubiera podido explicar quanto tenia su vista de encantador y de tierno, mezclado con una sonrisa celestial. Al contemplar aquellas facciones que recordaban la bondad del desgraciado Luis XVI, y el porte magestuoso de la Reyna su augusta madre, todos los corazones manifestaron la mayor ternura; y los periódicos intérpretes de la voluntad general se expresaron algunos dias despues en los términos siguientes:

"¡O dulce y tierna palomita!
»¡respeten para siempre las bor-
»rascas el sitio en donde reposas

»ahora! ¡no vengan nuevos dolo-
»res á afligir tu corazon formado
»por el *dolor mismo*! ¡Ay! ¡tú no
»has conocido de la vida sino sus
»miserias y trabajos! Si en medio
»de tantas desdichas tú te has li-
»brado; si la rabia de los mons-
»truos que han asesinado á las
»personas que mas querias, no la
»ha exercido contra tí; si has sa-
»lido pura como salieron los án-
»geles de aquella tierra en donde
»reynaban la licencia y el crimen,
»¡quál será el destino que te re-
»serva la divina providencia! Es-
»capada del naufragio en medio
»de las mas horribles tempestades,
»¿serías tú la prenda que Dios
»querrá ofrecer un dia á los hom-
»bres para manifestarles que su
»ira se ha aplacado, y que el mun-
»do oprimido baxo de tantas rui-
»nas va en fin á respirar? ¿será
»la mano débil de una muger la

„que levantará algun dia el edi-
„ficio social sumido en la sangre?
„¡Ah, quién sería mas digno por
„sus derechos y sus virtudes de
„ser el instrumento de esta gran-
„de restauracion, y para hacer
„brillar á los ojos de los hombres
„la vuelta del orden y de la feli-
„cidad!......" Estos deseos *forma-
dos y publicados por unos extran-
geros* se han verificado al pie de
la letra al cabo de catorce años.
¡O Francia! ¡plegue á Dios goces
largo tiempo del modelo de todas
las virtudes!

Hallándose Luis XVIII libre
ya de la tormenta revolucionaria
en el asilo que habia encontrado
en Inglaterra, como acabamos de
decir, compró el palacio *d'Hartwel*,
en donde tuvo la dicha de reunir
en aquel nuevo destierro varios
individuos de su augusta familia,
con otros muchos franceses de va-

rias clases que habian permanecido fieles á la dinastía de los Borbones. S. M. adornaba su retiro cultivando las bellas letras, que aun en los tiempos mas borrascosos de su vida fueron su mas favorito recreo. Madama Real, idolatrada igualmente que su tio por los moradores de aquella tierra extraña, iba á socorrer la indigencia en las chozas de los pobres enxugando por todas partes las lágrimas del infortunio; por lo que, siempre que se paseaba, la seguía una multitud inmensa de gentes que la colmaban de bendiciones: no obstante su imaginacion siempre estaba fixada en su ingrata patria: volvia hácia ella los ojos, y lágrimas copiosas humedecian sus megillas: objeto constante de sus súplicas y de su amor, la Francia sola le interesaba.

Mientras así explicaba sus de-

seos, la tiranía ocupaba el trono que habia recibido tanto esplendor de la sucesion no interrumpida de los príncipes de la casa de Borbon. El usurpador ofreció, aunque en vano, á Luis XVIII un resarcimiento en cambio de una corona que habia manchado. Este monarca, que como Francisco I no conocia sino el honor, se negó con grandeza de alma á unas propuestas que aseguraban cada vez mas sus derechos, y mostró en aquella ocasion los sentimientos de un descendiente de Enrique IV. La Francia oprimida baxo la dominacion de un extrangero, gemia en secreto al ver tantos enemigos á quienes su ambicion habia atraido á su seno, y lloraba el sin número de sacrificios de hombres y de dinero que el usurpador estaba contínuamente exîgiendo para sostener una guerra tan injusta y tan sangrienta. To-

dos los deseos se volvian hácia una familia demasiado tiempo desconocida, y baxo la qual habia gozado de una felicidad inalterable. Por otra parte las potencias de la Europa, cansadas ya de verse contínuamente expuestas á los efectos de la ambicion de un hombre para quien nada era sagrado, determinaron en fin sacudir el yugo que les habia impuesto hacía tanto tiempo; y manifestándose mas bien amigas de la Francia que sus vencedoras, aniquilaron un despotismo que tanto pesaba sobre aquel infeliz reyno. Al instante se oyó un grito universal de *viva el Rey*; y Luis el *deseado* traxo consigo la paz y la felicidad. Ya llegó en fin aquel dia en que los franceses volvieron á ver aquella dinastía que en todos tiempos se habia esmerado en hacerlos felices, y el Rey con Madama Real fue reci-

bido con el mayor entusiasmo. Esta ilustre princesa se presentó sencillamente vestida con un trage blanco, y un sombrerito de igual color á la inglesa, con lo que manifestaba las señales de un largo destierro. Riendo y llorando al mismo tiempo, repetia sin cesar: ¡*Oh*! ¡*y quán felíz soy de hallarme en medio de los buenos franceses*! Palabras sublímes que explicaban al mismo tiempo su alegría, y los crueles recuerdos que despedazaban su corazon al considerar que se hallaba en unos sitios regados con la sangre de sus parientes, y la de tantos franceses que se habian sacrificado por la justa causa del trono y de la religion.

Solo para apuntar el entusiasmo que inspiraba por todas partes la presencia de aquellos ilustres proscriptos, se necesitarian

muchos volúmenes. París en tiempo de Enrique IV *estaba ambriento de ver á un Rey*; y en tiempo de Luis XVIII no lo estaba menos: pues sus vecinos no pudiendo contener su impaciencia, llegaban contínuamente á *Compiegne*; y volviendo á la capital excitaban mas vivamente la curiosidad con las aclamaciones que hacian de *viva el Rey*, *viva Madama la duquesa* de *Angulema.* Llegó en fin el dia tres de mayo que vino á coronar los deseos de todos. No trataré de dar una justa idea de las funciones con que obsequiaron al Rey en la capital, pues esto sería superior á mis talentos; pero sí diré que lo primero que hizo S. M. al llegar á ella, fue el ir á dar gracias á Dios en la iglesia metropolitana de nuestra Señora. Ved aquí las palabras con las que contestó á *Mr. el abad*

de la Mire, quien á la cabeza del cabildo fue á cumplimentarlo. "Al „volver, dixo el Rey, á entrar „en mi buena ciudad de París, „mi primer anhelo ha sido ve„nir á dar gracias á Dios, y á „su Santísima Madre, protectora „de la Francia, por las cosas mi„lagrosas que el cielo se ha dig„nado hacer para terminar mis „desgracias. Como hijo de san „Luis, yo procuraré imitar sus „virtudes."

Al deseo de ver á este ilustre Monarca, se juntaba tambien el de contemplar á la Hija del desgraciado Luis XVI: los ojos se fixaban alternativamente en los dos. Las desgracias, la bondad y aquella dulce melancolía de la princesa recordaban crueles memorias, y los franceses con el corazon oprimido de dolor, de alegría y de arrepentimiento, admi-

raban con un santo respeto á una princesa, cuyo nombre encierra todos los elogios. Madama Real por su parte correspondia con la mayor gracia á los aplausos de la multitud inumerable que corria de todas partes á su encuentro para verla. ¡Ah! esto sí que se puede llamar *una verdadera fiesta de familia.* Los franceses al considerar aquel angel de paz lleno de todas las virtudes, parecian no tener ya sino el mismo modo de pensar, habiéndose acabado para siempre aquella diferencia de opiniones que habia costado tanta sangre á la desgraciada Francia, y que la nacion, al cabo de tantos años de turbulencias, iba en fin á gozar de la tranquilidad baxo el gobierno paternal de sus legítimos soberanos. ¡Pero ay de mí! ¡quán poco habia de durar aquel sosiego gene-

ral que todas las naciones apetecian!..... No anticipemos los sucesos posteriores, y sigamos la relacion de la feliz entrada de los Borbones en sus dominios.

Era una obligacion muy sagrada para Luis XVIII el acudir á nuestra santa religion, para honrar las cenizas abandonadas de las desgraciadas víctimas del furor revolucionario; y el dia catorce de mayo, en que pereció Enrique IV, fue elegido para aquella santa y lúgubre ceremonia. Parecía que el cielo, de acuerdo con los sentimientos de todos los buenos franceses, se negaba á dar su luz en aquel infausto dia, siendo así que estuvo tan opaco que su tristeza añadía una gran parte al arrepentimiento. Muy de mañana se llenó con una inmensa multitud de gente la iglesia metropolitana de nuestra Señora de París,

en donde habian de celebrarse por la primera vez las exêquias de Luis XVI, de la Reyna su esposa, del Delfin, y de Madama Isabel. ¡Quán tierna se presentó Madama Real en aquel instante, en el que orando con fervor, imploraba la bondad del cielo hácia unos parientes que la recordaban tan horribles sucesos! Postrada al pie de los altares del Dios Todomisericordioso, el rostro bañado de un torrente de lágrimas que corrian hasta el pavimento del templo, con el recuerdo de aquellas escenas de horror que deberían quedar en un eterno olvido, suplicando al Señor se dignase aplacar su ira, y perdonase á los franceses sus errores pasados, parecia aquella princesa un ángel que la divina misericordia habia conservado en medio de tantas desgracias para reconciliar á la Francia con los ma-

nes de su augusta familia, y con la virtud. ¡Oxalá hubieran podido ver todos los franceses á Madama Real durante aquella lúgubre y religiosa ceremonia!

Desde su vuelta á Francia no se habia visto todavía á Madama Real asistir á teatro alguno: pues enteramente ocupada en cuidar á su tio, no deseaba otra cosa sino estar á su lado, y este era su único gusto. Sin embargo aunque esto era suficiente para su corazon, no lo era para el de los franceses que ardian en deseos de manifestar públicamente quánto querían á su augusto soberano. Iban diariamente á leer con la mayor ansia los carteles de los diferentes teatros, y siempre les salia fallida su esperanza. Llegó en fin el momento en que habian de realizarse los deseos del público sobre este particular, pues la academia

de música anunció la pieza titulada *Oedipo á Colona*, y se extendió la voz de que el Rey la honraría con su presencia (á la verdad no se podia elegir mejor pieza para representar todas las virtudes de la piedad filial). ¡Ah! no era aquella relacion fabulosa la que querían ver los franceses; no eran las desgracias de la familia de *Laio*: eran sí unas desgracias *ciertas* y mucho mas terribles; y la *Antígona* de la fábula no podia entrar en comparacion con la *Antígona* de la Francia: no hay duda de que un interes mas real penetraba todos los corazones, y lo manifestaron con aquel entusiasmo con que aplaudieron las alusiones de la pieza. Todos los ojos fixados en Madama Real, quando cantaron este verso: *Ella me ha prodigado sus cariños y sus cuidados*, se llenaron de lágrimas, de dolor, y

apenas el actor habia concluido de cantar, quando el agradecimiento público pagó á aquella princesa con aplausos vivos y sinceros el justo tributo de los tiernos cuidados que habia prodigado á su tio. El Rey mismo no pudo disimular su emocion, y con los ojos llenos de lágrimas echó una tierna mirada á su sobrina, haciéndole una aplicacion bien merecida de los sentimientos de *Oedipo*. ¡Cómo se podría pintar la impresion de una escena tan tierna! Los gritos de *viva el Rey, viva Madama Real* resonaban en todas partes; cesaban por un instante, y volvian á empezar con mas fuerza. ¡Ah! no temamos decirlo, este espectáculo era el triunfo de la virtud; y aquel dia hizo (si me es posible explicar así) mas fuertes los vínculos que unen al pueblo con su monarca y demas individuos

de su augusta y amada familia.

La primera obligacion de un príncipe es cumplir con los deberes de la religion, y Luis XVIII habia hallado en ella unos consuelos que le ayudaron á sobrellevar durante su largo destierro unas desgracias, que renaciendo sin cesar despedazaban su corazon, especialmente al considerar los horrores de la revolucion que aniquilaban el reyno mas hermoso de la Europa. En consecuencia apenas entró en Francia, quando puso todo su cuidado en restablecer las prácticas religiosas interrumpidas por aquella desastrosa revolucion; y una de ellas fue la grande procesion que se hacía todos los años el quince de agosto, dia de la Asuncion de nuestra Señora, en memoria del voto de su augusto abuelo Luis XIII; y porque muchas gentes quizá ignora-

rán el orígen de esta procesion, no será fuera de tiempo decir la causa que la motivó.

El año de mil seiscientos treinta y siete fue una série de victorias para los exércitos de Luis XIII; por todas partes sus generales vencieron á sus enemigos, y el rey para dar gracias á Dios por los favores que le dispensaba, dió en diez de febrero del año siguiente una declaracion por la que S. M. ponía baxo la proteccion de la Vírgen, su persona, la de la reyna su esposa, la de sus hijos, su corona, su cetro y sus vasallos. Prometió al mismo tiempo hacer construir de nuevo el altar mayor de la iglesia catedral de París, y mandó á todos los arzobispos y obispos de Francia se hiciese conmemoracion de esta declaracion; y que se leyese perpetuamente en todas las iglesias de su reyno en

el dia de la Asuncion de nuestra Señora; mandó ademas que en el mismo dia, despues de vísperas, se hiciese una solemne procesion á la que deberian asistir todos los tribunales superiores é inferiores, lo que se observó hasta el tiempo de la revolucion. Esta declaracion de Luis XIII, fue confirmada por Luis XIV, igualmente por Luis XV. Luis XVIII penetrado de los mismos sentimientos religiosos de su abuelo, restableció esta augusta ceremonia, á la que asistieron S. M. y demas personas reales. El pueblo miraba enternecido á Madama Real, que seguía á pie y llena de devocion la Imágen de la celestial protectora de la Francia. Los gritos repetidos de *viva el Rey*, *viva Monsieur*, *viva Madama Real*, resonaban por todas las calles por donde pasaba la procesion, é interrumpian el silencio que debe

acompañar á las ceremonias religiosas; pero el silencio renacia bien pronto, y se veía que solo la piedad impedia el entusiasmo que excitaba la presencia de unos príncipes tan amados. ¡Qué diferencia de aquellos horrorosos tiempos de anarquía en que las instituciones mas sagradas eran despreciadas, y en los que hombres viles, profanando los altares del Señor, pisaban los signos sagrados de nuestra santa religion! ¿Quién dexaria de venerar á una familia que cumple tan dignamente con las obligaciones de un verdadero católico?

Apenas el Rey hubo vuelto á París despues de su largo cautiverio, quando el ayuntamiento pensó en darle una funcion para celebrar su felíz llegada; pero no pudo verificarse sino el dia veinte y nueve de agosto, en que S. M.

consintió en ello. En consecuencia se esmeraron en hacer los preparativos mas suntuosos, haciendo quanto se pudo imaginar para decorar las salas, y construir otras nuevas en la casa del ayuntamiento, para lo que se reunieron el arte y la naturaleza. A las cinco de la tarde una música brillante anunció la llegada de S. M.; y el corregidor al frente de todos los individuos del ayuntamiento hizo una arenga, á la que contestó el Rey en los términos mas expresivos. Arengó igualmente la esposa del corregidor á Madama Real, á quien salió á recibir acompañada de doce señoras, y le dixo:

SEÑORA.

¡Cómo podré pintaros los sentimientos de que estamos penetradas al recibir la hija de tantos Reyes! ¡quántas emociones sienten nues-

tros corazones! Todavía nos recuerda nuestra memoria las lágrimas que derramábamos quando éramos niñas al contarnos vuestros trabajos. Podemos gloriarnos de que en el corazon de las mugeres se conservó mas vivo y mas puro el fuego sagrado del amor para con nuestros legítimos soberanos. Al fin fueron oidas nuestras súplicas, y el gozo que tenemos ahora al ver á V. A. es el que nos hace llorar. ¡Ah, Señora; cumpla el cielo nuestros deseos, y vuestra felicidad será igual á vuestras virtudes! Disfrutad las primicias en esta funcion en la que la ternura, el respeto y el amor de los pueblos se reunen para obsequiar á nuestros amados príncipes, y celebrar la fiesta del mejor de los Reyes.

Enternecida Madama Real con

estas expresiones, contestó con la bondad que le es característica; y despues de un concierto soberbiamente executado, madama *Chabrol* y otras seis señoras formaron con flores alegóricas (en las que estaban los nombres de las reynas que han ilustrado á la Francia, y las épocas principales de ella) una cesta que la misma madama de *Chabrol* puso con todo respeto á los pies de aquella princesa. El Rey quedó vivamente penetrado de aquella escena tan tierna, así como del modo con que se hacía aquel ofrecimiento; y al retirarse S. M. lo manifestó diciendo: "Ja»mas he visto funcion mas hermo»sa ni mas agradable para mi co»razon: yo contaré este dia en que »he recibido tantas muestras de »afeccion, entre los mas dichosos »de mi vida."

Muchos dias se pasaron en los

que S. M. y AA. no hicieron otra cosa sino recibir las mayores pruebas de cariño de los vecinos de su buena ciudad de París. Las vivas emociones que causaron en el corazon sensible de Madama Real alteraron su salud, y la precisaron á ir á tomar las aguas de *Vichy*. Por todas partes por donde pasaba, salian los pueblos á recibirla, y la obsequiaban de mil maneras y con la mas sencilla y viva expresion de sus corazones; y (si me es lícito explicarme así) aquellos sencillos pueblos *comparaban su presencia á la de la divinidad que derrama sus beneficios entre los infelices*. Las ciudades se rivalizaban unas á otras para ofrecerle el dulce tributo del agradecimiento general. Su nombre repetido con entusiasmo resonaba á lo largo de las montañas, y repitiendo los ecos los altos montes de la *Aubernia*

anunciaban la llegada de la hija de Luis XVI. Los mas dulces sentimientos se mezclaban á los acentos de la mas pura alegría, y los moradores de aquellas tierras nunca perderán la memoria de un viage que les proporcionó la dicha de ver á una princesa cuyos trabajos habian vivamente sentido.

Por los pocos pormenores que acabo de referir de la primera entrada de los Borbones en Francia y del entusiasmo general que manifestaron los franceses al volver á ver á sus legítimos soberanos, podrá el lector hacerse cargo de las esperanzas halagüeñas que todo hombre de bien concibió con aquella felíz restauracion. En efecto, todo contribuía á hacer creer que ya se habian acabado para siempre todas aquellas turbulencias que habian trastornado á la Europa entera, tenien-

do á todos los reynos en la mayor combustion. Despues del restablecimiento de Luis XVIII en el trono de sus antepasados, la Francia empezaba ya á descansar de tantas agitaciones, y á disfrutar (al cabo de tantos años de disensiones) de un sosiego que parecia habia de ser duradero baxo el gobierno mas adecuado á las circunstancias, y el mas moderado que se podia apetecer. Los monarcas coligados contra el usurpador habian conseguido su intento, quitando el fomes principal que perturbaba el órden social. Ellos tenian el mayor interes en conservar aquella paz y armonía que acababan de restablecer con unos tratados estipulados y jurados *aun por el mismo usurpador y perturbador de la quietud pública;* y creyendo que habian asegurado *entre todos* aquel equilibrio

que hace la felicidad de los estados, tuvieron la generosidad de proporcionar á *Napoleon* una exîstencia á la que de ningun modo era acreedor, y en la que todo hombre, de un nacimiento tan obscuro como el suyo, pero menos ambicioso, y un poco mas religioso, se hubiera tenido por muy felíz de pasar, el resto de sus dias, pudiendo todavía hacer algun papel en la sociedad. ¡Pero ay de mí! no solo los hombres de bien, sino tambien las mismas potencias se equivocaron en el buen concepto que habian formado sobre la duracion de una paz, que les habia costado tanta sangre y tantos trabajos; y jamas quizá se verificó mejor que en aquella ocasion este pasage de la Escritura: *no se puede contar con la paz de los impíos* (*).

(*) Non est pax impiis. (*Isaías c.* 48. ỳ. 22).

Despues de la última derrota que sufrió Napoleon cerca de París en el año de mil ochocientos catorce, y en la que perdió, no solo todo su exército, sino tambien *aquel mismo valor suyo* que le habia hecho tan temible á todas las naciones, se refugió á *Fontainebleau*, y en aquel *mismo sitio* en donde tenia cautivo pocos dias antes al Vicario de Cristo, para aguardar allí que las potencias aliadas decidiesen de su suerte futura. Estas por un acto de generosidad que no podia esperar, no solo le perdonaron la vida, sino que le concedieron en propiedad la isla de Elba, en donde (como arriba queda indicado) un hombre *de la nada como él* podia vivir felíz disfrutando de la paz y tranquilidad de que habia privado por tantos años á la Europa entera.

Apenas el pueblo francés supo

la derrota del tirano, y se vió libre del terror que aquel monstruo inspiraba por todas partes, quando manifestó con aquella viveza que le es natural su justo encono contra aquel opresor, cuya ambicion desmesurada le habia acarreado tantas desgracias, y hecho correr tanta sangre, celebrando con su caracter nacional la caida de aquel extrangero que con tanta desvergüenza y despotismo habia venido á mandar la nacion mas orgullosa de la Europa. Todos se avergonzaban al considerar que aquel hombre, oriundo de una nacion á quien los antiguos romanos menospreciaban tanto que ni siquiera admitian por esclavos suyos á los individuos de *Córcega*, los hubiese tiranizado tanto tiempo. Todas estas consideraciones exâsperaban cada vez mas el genio exâltado de

los franceses; y no obstante el reconocimiento que debian por tantos títulos á los aliados que habian venido á libertarlos del yugo de aquel opresor, el resentimiento excedió bien pronto á toda especie de consideracion, y no pudieron contenerse en los límites de una moderacion que las circunstancias exîgian imperiosamente.

Sin embargo las potencias aliadas creyendo que no era honor suyo el manchar su gloria dexando atropellar fuera del campo de batalla á un enemigo vencido, abatido, sin tropas y sin medio alguno (á lo menos aparente) para volver á trastornar la Europa, pusieron el colmo á su generosidad haciéndolo escoltar hasta su nuevo imperio para libertarlo del justo encono de los franceses; pues con la noticia de que el Ex-emperador salia desterrado

para la isla de Elba, salian los pueblos á bandadas de la misma manera que lo hubieran hecho por ver á una fiera que habian cogido, é iban á encerrarla en una jaula: le llenaban de improperios, precisándole á que gritase *viva Luis XVIII.* Conforme iba acercándose al puerto de *Frejus*, en donde habia de embarcarse, el concurso de las gentes se aumentaba. El escarnio que hacian de él llegó á tal punto, que los conductores, para no faltar á las órdenes de las potencias que los tenian encargados lo conduxesen sano y salvo á su nuevo destino, se vieron precisados á doblar la escolta. Este medio tampoco les hubiera valido para ponerlo al abrigo del furor del pueblo, si no hubiesen acelerado la marcha, é instado á Napoleon á que se disfrazase y mudase su nombre, que

era la sola cosa que le quedaba de todas sus hazañas, y de tantas victorias que habia conseguido. Aquel hombre, que pocos meses antes hacía temblar á la Europa entera, se vió entonces hecho el vilipendio de todos los pueblos; pues tuvo el dolor de verse ahorcado en estatua, y ésta arrastrada por el cieno, y pasada con millares de puñaladas, lo que le hubiera sucedido en la realidad, si no hubiera sido deudor de su seguridad á la vigilancia y á la astucia de sus conductores. A pesar de que estos se valieron de todos los medios y engaños posibles para conservarle la vida, estuvo mil veces á pique de perderla á manos de aquellos mismos franceses que dos dias antes temblaban solo con oir el nombre de *Napoleon*. En fin llegó con mil trabajos al puerto de *Frejus*, en donde se

embarcó, y la Francia se vió libre de su tiránica presencia (*).

Hadiendo llegado Bonaparte á la isla de Elba, vivia disimnladamente entregado á los mayores negocios. Parece que deseando solamente la felicidad y sosiego de los franceses, habia dicho ingénuamente al salir de *Fontainebleau* despidiéndose de los soldados: "Sed fieles al Rey; no os inquie-„teis por mi suerte; todavía me „quedan grandes recuerdos; aun „sabré ocupar noblemente el tiem-„po: yo escribiré la historia de „vuestras campañas." Los pocos soldados que habia llevado consigo, y á los que habia empleado en otro tiempo en destruir (se-

(*) Véase la obra titulada: *Itinerario de Napoleon á la isla de Elba*, impresa en París en el año de 1814: esta obra refiere unos pormenores muy interesantes y muy curiosos.

gun decia) *la vieja Europa*, se ocupaban entonces en hermosear á *Porto-Ferrajo*. El mismo Bonaparte los visitaba á menudo para explayarse de las tareas de su gabinete. Bien conocido es que no se dedicó, como *Diocleciano* en su jardin de *Salona* á cultivar lechugas, ni á las prácticas de religion como Carlos V en el monasterio de *Yuste*, ni á instruirse en las bellas artes como *Cristina* en Roma; pues es muy cierto que no fue el deseo, ni las delicias de la vida privada las que lo habian hecho, como á estos soberanos, baxar del trono para marcharse á la isla de Elba. De consiguiente tampoco habia hecho como ellos un *entero* sacrificio del soberano poder, siendo así que habia admitido una *Islita* del Mediterráneo en donde se habia reservado los derechos de soberanía.

Allí fue pues en donde aquel hombre destronado, entregado en la apariencia al estudio, parecia que gustaba las delicias del sosiego: se le creía ocupado únicamente en escribir las memorias de su vida política, y la historia de tantas guerras que habian desolado las tres partes del mundo; pero entonces era cabalmente quando meditaba nuevas revoluciones; entonces conspiraba contra la Europa pacificada y rescatada de su tiránico dominio, y quando respiraba apenas de tantas calamidades; entonces en fin era quando trataba de volver á Francia, y levantar sobre sus ruinas un poder que hacía poco habia abdicado y *sacrificado*, segun decia, *á la felicidad del pueblo frances*.

Tales eran las verdaderas ocupaciones de Bonaparte en la isla de Elba: tal era el proyecto que

tenia en su mente, y en cuya execucion fue ayudado por una multitud de agentes secretos que estaban entremetidos en todos los ministerios, y en todos los diferentes ramos de los negocios públicos.

Habiendo cumplido con los deberes del honor y de la humanidad, los monarcas aliados no pensaron sino en celebrar en París con banquetes, con bailes y con otras varias funciones la libertad de la Europa. Quando Madama Real tenia precision de asistir á alguna de aquellas funciones, todos fixaban la vista en aquella augusta princesa, cuyos modales, dulzura y melancolía tan interesante enternecia á todos los corazones con el recuerdo de sus desgracias pasadas. Parecia que la divina providencia no la habia librado de tantos peligros, sino

á fin de que con su *sola presencia* avergonzase á esos pretendidos filósofos de nuestros dias, á esos reformadores del género humano, y para que al mismo tiempo sirviese de escarmiento á los infames partidarios de aquel sistema destructor, los quales en el dia no pueden dexar de confesar, *por una experiencia la mas cruel*, que los males inauditos que han causado á la humanidad, son el resultado fatal de esas perversas novedades que han introducido en la sociedad. Estos regocijos duraron muchos dias, y los franceses de todas clases adictos á los Borbones y al buen órden, se esmeraron en obsequiar á los aliados, manifestándoles el mayor agradecimiento por haberlos libertado del yugo de aquel tirano que por tantos años no habia dexado de oprimirlos con toda espe-

cie de vexaciones. Los monarcas satisfechos al ver aquella mudanza de opiniones, aquella union y aquel amor para con sus legítimos soberanos (que los franceses en general aparentaban) se retiraron á sus dominios respectivos, para descansar de tantas faenas, y para reparar los males que el *espíritu revolucionario* habia hecho y estaba haciendo en varias partes de sus estados en donde se habia introducido. Pero apenas habian concluido las funciones que se hicieron en las capitales de sus imperios para celebrar tamaño triunfo, *quando de repente y sin que á nadie se le pasase por la imaginacion*, se hallaron con la novedad de que Napoleon habia desembarcado en el territorio francés *con unos mil y cien bandidos*, y se preparaba á destronar á Luis XVIII, volviendo á mandar á una

nacion que acababa, con el socorro de los aliados, de arrojarlo de su seno con tanta precipitacion é ignominia. Al principio este arrojo de Bonaparte no les pareció sino un sueño ó un cuento al que no se podia dar crédito alguno; pero cerciorados del hecho, estos mismos soberanos tuvieron la osadía de Napoleon por la mayor locura del mundo, sobre todo al acordarse de aquel entusiasmo general que los franceses manifestaban á favor de sus legítimos soberanos, así como del encono que tenian contra aquel tirano que los habia oprimido por tantos años: por la misma razon no dudaron que aquel usurpador no andaria dos leguas en lo interior de la Francia sin que pagase con su cabeza una temeridad que será uno de los fenómenos de este siglo; pero fue al contrario: un terror páni-

co se apoderó de los franceses: nadie se atrevió á oponerse á la rapidez de su marcha; y conforme iba internándose, entraba triunfante en todos los pueblos, sin que éstos le opusiesen la menor resistencia.

El desembarco de Napoleon en Francia, en un tiempo en que nadie pensaba en ello, como acabamos de decir, ha sido una especie de problema que no se ha podido todavía resolver. Se ha hablado tanto sobre el particular, que sería cansar la paciencia del lector, *solo* con apuntar la diversidad de opiniones y los varios escritos que han publicado sobre un acontecimiento que *quizá con el tiempo podrá aclararse*. En el dia el historiador que quiera tratar de este asunto, debe ceñirse á recoger los hechos para presentarlos á la posteridad; pues á esta pertenece

el dar su dictamen tocante á un suceso que asombró á la Europa, y dió tanto que discurrir á los mas profundos políticos; y así refiriéndome á estos mismos hechos, solo diré que me parece que mis contemporáneos no se han hecho todavía bastante cargo de las circunstancias ni del verdadero estado en que se hallaba la Francia quando los aliados salieron de su territorio.

Es cierto que, á juzgar por las apariencias, esto es, al ver el entusiasmo de los franceses quando fueron á recibir á sus legítimos soberanos; al ver aquel encono contra el usurpador quando salió para su nuevo destino; el escarnio que hacian de él, y los peligros que éste corrió para librarse del furor del pueblo, &c. &c. nadie podia presumir que aquel monstruo volviese á parecer en un reyno que se

avergonzaba de haber sufrido tan largo tiempo su inaudita tiranía: sin embargo reflexîonando por otra parte sobre la conducta de unos hombres que en todos tiempos se habian manifestado tan adictos al sistema novador, y habian hecho siempre el primer papel en *todos* los nuevos gobiernos que la Francia adoptó desde la expulsion de los Borbones, gobierno *republicano* ó *popular*, gobierno *directorial*, gobierno *consular*, y gobierno *imperial* ó *napoleonista*, me parece que la prudencia exîgía que se tuviese algun recelo de unos hombres tan marcados por su veleidad, los quales despues de haber envejecido en sus errores *políticos* no eran muy acreedores á que los tuviesen por unos hombres sinceramente arrepentidos y convertidos: pues un pecador *político*, si me es lícito hablar así, rara

vez se convierte; cede sí á las circunstancias; aparenta seguir con gusto el impulso de la opinion pública, sin oponer resistencia alguna al sistema que rija en el tiempo en que se halle, aunque sea muy contrario al suyo; pero apenas cree descubrir algun acontecimiento que pueda hacer mudar el aspecto de las cosas, quando de repente (valiéndome de la expresion de la Escritura) vuelve á su *vómito*, y manifiesta la maldad que ocultaba en su corazon. ¡Ay de mí! ¡quántos exemplos no se han visto en nuestros dias! Díganlo mis contemporáneos: ¿Acaso habrán visto alguno de estos pecadores *políticos* verdadera y sinceramente convertido?...... Esto mismo explica quizás, mejor que ningun otro raciocinio, lo que sucedió en Francia quando Napoleon salió de la isla de Elba, y desembarcó en aquel

reyno con mil y cien bandidos; y por consiguiente no se ha de extrañar uno el ver la rapidez de su marcha sin encontrar obstáculo alguno, siendo así que sus partidarios (que se habian quedado en Francia) no dexaron de trabajar en *secreto* durante su ausencia; pues los filósofos modernos, los ateistas, los revolucionarios y todos los novadores de estos últimos tiempos no se descuidaron, é introduxeron en todos los ramos del gobierno apasionados suyos, y á todos aquellos que eran los mas aptos para facilitarle los medios y favorecerlo en su empresa; y así apenas hubo entrado en el territorio francés, quando en un abrir y cerrar de ojos tuvo á su favor á toda la tropa revolucionaria acostumbrada al saqueo, al pillage y á la licencia mas desenfrenada de costumbres, así como á todos los ene-

migos del trono y del altar. Es cierto que los pueblos lo aborrecian; pero por temor de la soldadesca no se atrevieron á resistirle; y así es que en tres meses no encontró obstáculo alguno para prepararse á dar un golpe mortal á *estos mismos Soberanos* que tan generosamente le habian perdonado la vida, y asegurado una propiedad en la que exercia los derechos de la soberanía con tanto orgullo, que hizo levantar una columna, en la que se leían estas palabras: *Napoleo I, ubicumque felix* (Napoleon I, en todas partes felíz).

A pesar de haber salido tan felizmente de una empresa tan temeraria, no dexaba de conocer Bonaparte que las potencias aliadas no mirarian con indiferencia la violacion de los tratados que habia hecho con ellas, y que tarde ó temprano se vería atacado

en su territorio usurpado. No contento todavía con tener á la tropa á su devocion, procuró tambien tener á su favor á la nacion entera. En su consecuencia se valió de su acostumbrada astucia para seducir á todos con el recuerdo de sus hazañas pasadas, representándoles que las potencias de la Europa, envidiosas de la gloria que los franceses habian adquirido con sus victorias y conquistas, querian darles un rey que iria poco á poco destruyendo aquella libertad nacional que les habia costado tanta sangre, y acabaría por restablecer el antiguo gobierno con todos sus abusos, haciendo á su nacion el escarnio de todas las demas &c., &c., &c.; y que en quanto á él *nada queria para sí*, y que todo su anhelo era ayudarlos á recuperar su libertad, y á vengar el honor

nacional atropellado por los bárbaros del Norte (los rusos).

Es preciso confesar aquí que casi la totalidad de la nacion francesa (á excepcion de la tropa, y de una porcion de mentecatos, revolucionarios, novadores y ateistas) no se dexó engañar con estos embustes. Ya estaba cansada de oir hablar de *libertad*, *de gloria nacional*, *de independencia*, *de victorias*, *de conquistas*, &c. pues con todo aquel fárrago de palabras se consideraba como la mas feliz de todo el orbe, viviendo baxo el dominio de aquel monstruo que le habia acarreado tantas desgracias, y que se preparaba, segun todas las apariencias, á cubrirla otra vez de sangre y de cadáveres.

Ya es tiempo que veamos lo que pasó en la corte de Luis XVIII quando llegó allí la noticia del des-

embarco de Napoleon en el territorio frances. ¡Quién podría explicar el dolor del Rey, el de la familia real, y la consternacion de todos los buenos franceses con una novedad tan inesperada! El pintar el susto de los pueblos que se creían ya libres de aquel verdugo del género humano, la alegría feroz de sus partidarios que habian sabido disimular su modo de pensar durante la ausencia de aquel monstruo; la justa indignacion de la gente sensata que se habia condolido de la demasiada indulgencia de Luis XVIII, no solo *en perdonar*, sino tambien en *conservar* en los mismos empleos á todos aquellos que habian servido al usurpador, no exîgiendo de aquellos infames sino su palabra de honor de servirle en adelante con la misma fidelidad con que habian servido al tirano; la de-

solacion de las familias; la emigracion de todos aquellos que habian manifestado su adhesion sincera á la augusta casa de los Borbones; las iglesias desiertas y abandonadas; la mayor parte de los sacerdotes católicos prófugos ó escondidos; en fin la Francia entera sumergida en una incertidumbre la mas cruel....... Todos estos pormenores pertenecen á una pluma mas elocuente que la mia: solo sí diré que en medio de aquella consternacion general, la virtuosa Madama Real vió en aquel desembarco de Napoleon un castigo que la divina providencia habia reservado á los franceses, para que éstos se desengañasen de una vez de sus errores *políticos*, y acabasen de conocer con una nueva *experiencia*, que nunca jamas disfrutarian de la paz y del sosiego baxo el gobierno de un

hombre, cuya ambicion habia trastornado á la Europa entera, y arruinado á la desgraciada Francia con un despotismo de que no se encuentra exemplo alguno en todas las historias antiguas y modernas.

Sin embargo Luis XVIII, confiado en el juramento de fidelidad que pocos meses antes habia recibido de todos los generales que se habian quedado en Francia despues de la expulsion de Bonaparte, tomó las providencias mas oportunas para reprimir la insolencia de un hombre, que á la faz de la Europa entera violaba *sin motivo alguno* los tratados solemnes que acababa de firmar con las potencias aliadas. En consecuencia de las órdenes de S. M. todos los príncipes de la real familia marcharon para ponerse á la frente de las tropas, á fin de

rechazar aquel perturbador de la quietud pública. *Monsieur*, hermano del Rey, se marchó en posta á *Leon*: su hijo el duque de *Angulema* se dirigió hácia las provincias meridionales; el duque de *Berry*, su hijo segundo, se quedó para mandar el exército del centro, y el duque de *Borbon* pasó á la Vendé, cuyo amor constante á sus legítimos soberanos habia dado tanto que hacer á todos los gobiernos que la Francia habia sucesivamente adoptado desde la muerte del virtuoso y desgraciado Luis XVI. Pero ¡ay de mí! por todas partes los emisarios secretos de Napoleon habian de antemano seducido y corrompido á las tropas, las quales no aguardaban sino una ocasion favorable para manifestar una felonía de que la mayor parte de sus infames gefes dieron los primeros el exemplo

fatal; pues apenas *Monsieur* se presentó al exército mandado por el valeroso y fiel *Macdonal*, quando se manifestó el espíritu de insubordinacion en todos los regimientos, y á estos los exâsperaban sus mismos gefes contándoles mil embustes inventados á propósito para conseguir su entera defeccion. Su insolencia llegó á tal punto que aquellos soldados *seducidos* volvieron sus bayonetas contra S. A. R., y contra el honrado *Macdonal*; y éste, solo con siete dragones, tuvo el honor y la gloria de salvar la vida á *Monsieur*, abriéndose camino en medio de aquella *multitud* de infames, y fue á reunirse con S. A. R. escapándose á uña de caballo con sus siete dragones.

El duque de *Angulema* halló el espíritu de las principales ciudades del mediodia fuertemente

enconado contra Napoleon, y el pueblo bien determinado á hacer los mayores esfuerzos para rechazar á aquel opresor. S. A. R. habia ya conseguido varias victorias sobre los rebeldes, y habia adelantado sus conquistas hasta mas allá del rio *Isere.* Todo el *Languedoc* estaba entusiasmado al ver un descendiente del inmortal Enrique IV imitarlo en el modo de hacer la guerra, y en su generosidad. Todos los pueblos á porfia venian á ofrecerle sus caudales, sus personas y sus vidas en defensa de la justa causa de los Borbones. ¡Quán poco duró aquella alegría! En el tiempo mismo en que se celebraban en Tolosa con el mayor entusiasmo las victorias de aquel príncipe, se supo la traicion de los generales *Cassagne, Delaborde y Cassan*, así como la defeccion de las tropas que militaban

en las provincias meridionales baxo las órdenes de estos mismos generales. Sería imposible pintar la consternacion en que se halló la leal ciudad de Tolosa con una noticia tan repentina y tan inesperada; y todo el *Languedoc*, solo con pensar que estaba en vísperas de ser privado del gobierno benéfico y paternal de sus legítimos soberanos, para volver baxo el dominio del tirano Napoleon, manifestó el mayor sentimiento. Interin el duque de *Angulema*, que ignoraba la traicion de estos generales, se avanzaba en clase de conquistador hácia Leon para reunirse á su augusto padre, de quien no tenia noticias habia cinco dias. Entonces se halló de repente en medio de las tropas de los generales *Grouchy* y *Piré* que venian de Leon, y cortado por las del general en gefe *Gilly* que se habia apo-

derado del puente llamado *Saint-Esprit.* Todos estos generales, á pesar de las protestaciones de fidelidad que acababan de hacer al rey, faltaron indignamente á la religion del juramento, á su honor, y corrompieron á los sencillos soldados induciéndolos á la traicion mas vergonzosa; pues los llevaron alevosamente baxo los estandartes de Napoleon.

En tan críticas circunstancias no se desmayó el duque de *Angulema*; pero no queriendo sacrificar unas gentes que tan lealmente se ofrecian para defender la causa de los Borbones, tuvo la generosidad de tomar sobre sí la responsabilidad, y escribió á su augusto padre en estos términos: "A todo „estoy resignado: ni temo la pri„sion ni la muerte." Por cúmulo de desgracias habiendo sabido en el mismo tiempo la traicion de los

generales *Cassaigne, Delaborde y Cassan*, de quienes habia recibido pocos dias antes las protestaciones de amor y de fidelidad al rey, se determinó S. A. R., para evitar mayores males, á ajustar una capitulacion con los generales *traidores*. En su consecuencia envió al mariscal de campo *Baron de Damas*, á quien dió todos sus poderes, para que se abocase con el ayudante mayor *Lefebvre*, que los tenia del general en gefe *Gilly* que mandaba el primer cuerpo del exército de Bonaparte.

Habiéndose reunido los dos comisionados, estipularon: "Que el »exército real del mediodia quedaria licenciado, y que en su »consecuencia los oficiales, soldados y otros individuos pertenecientes á dicho exército podrian »volverse á sus hogares, sin que »se les atormentase en cosa algu-

»na...... Que S. A. R. el duque de »*Angulema* se embarcaría en el »puerto de *Cette* con toda su co»mitiva para salir del territorio »francés: que en todo el camino »hasta llegar á dicho puerto, ha»bria de trecho en trecho partidas »del exército imperial para escol»tar á S. A. R. y que por todas »partes se le harian los honores »debidos á su alto nacimiento: que »al llegar al mismo *Cette*, hallaría »los navíos necesarios y bien pro»vistos para transportarle á don»de quisiese, y sin que se le opu»siese el mas mínimo estorbo." Esta capitulacion fue aprobada y firmada por el duque de *Angulema* y por el general en gefe *Gilly*; y en su virtud S. A. R. se marchó en posta con toda su comitiva. Todos los caminos por donde transitaba estaban llenos de gentes que se deshacian en lágrimas y levan-

taban las manos al cielo, pidiendo á Dios por un príncipe cuyos modales, valor heróico, y virtudes verdaderamente cristianas le habian grangeado la admiracion, el amor y el respeto de todos los pueblos.

Sin embargo de que esta capitulacion habia sido aprobada y firmada por ambas partes contratantes, *Grouchy* *, otro general en gefe, se opuso á su execucion, el qual infringiendo todas las leyes del honor, de la justicia y del derecho de gentes hizo prender en el camino al duque de *Angulema*, y lo encerró en una cárcel custodiada por una soldadesca rebelde,

* Los españoles, y sobre todo los vecinos de Madrid, se acordarán todavía de las tropelías que cometió en esta capital aquel principal agente de Napoleon. Despues de la derrota del tirano en *Waterloo* se fugó á los Estados-Unidos con el Ex-rey José Bonaparte.

desenfrenada y pagada para insultarlo, y expuesto á cada instante á perder la vida á manos de aquellos infames.

Quando se supo en Francia la prision del duque de *Angulema*, toda la nacion estuvo en la mayor consternacion; cada uno olvidó sus propias desgracias para no pensar sino en el cautiverio de un nieto de Enrique IV: todos los franceses adictos á los Borbones temian que se renovase entonces la catástrofe *de los fosos de Vincennes*, en donde el duque *d'Enghien* fue tan alevosamente asesinado por órden del sanguinario Napoleon; pero la divina providencia que se burla de los designios de los malévolos, hizo abortar el proyecto de *Grouchy*; y Bonaparte mandó se cumpliese con todo lo que sus generales habian estipulado con el príncipe.

No crea el lector que fuese por un acto de generosidad el dexar Bonaparte salir al duque de *Angulema* del territorio francés; no, el temor *solo* de exâsperar cada vez mas á los habitantes de las provincias meridionales, cuya adhesion á los Borbones conocia muy bien, le determinó á consentir en una salida que repugnaba á su corazon cruel y sanguinario; pues era muy notorio en toda la Francia el encono particular que Napoleon tenia contra un príncipe, cuya religiosidad, honradez y virtudes heróicas formaban un contraste tan patente con su tiránica presencia.

El duque de *Angulema* libre ya de las persecuciones de Napoleon y de sus satélites, se embarcó en un buque sueco y arribó á España, en donde todo el pueblo le recibió con las mas vivas aclamaciones de alegría, y con aquel

entusiasmo é interes que debian naturalmente inspirar á toda alma sensible las desgracias que acababa de sufrir. La curiosidad por una parte, y por otra la adhesion de los españoles á la augusta casa de Borbon, hacian seguir sus pasos á una multitud de gente que no dexaba de gritar: *viva Fernando VII; viva el duque de Angulema; vivan los Borbones; muera el tirano Napoleon.* Estas aclamaciones y estos vivas se oían por todas partes por donde S. A. R. pasaba; y le acompañaron hasta Madrid, en donde fue recibido por S. M. y AA. del modo mas cariñoso; y estos príncipes que acababan de salir de la dura cautividad á que el tirano de la Europa los habia condenado tan injustamente, se esmeraron en obsequiar á su augusto pariente, y en hacerle olvidar *algun tanto* las

desgracias de su patria entregada á los horrores de la guerra civil. Edificante fue este príncipe durante el tiempo que estuvo en Madrid; pues la devocion con que asistia á los divinos oficios, la piedad, el fervor y la fe con que frecuentaba los santos Sacramentos, hicieron ver en él un verdadero descendiente de san Luis; y lo que daba mayor realce á sus virtudes verdaderamente cristianas, es que los individuos que acompañaban á S. A. R. (todos sugetos de las primeras familias de Francia) lo imitaron en el uso frecuente de los santos Sacramentos, lo que sirvió tambien de mucha satisfaccion á todos los buenos españoles, que saben que la primera obligacion de un fiel vasallo consiste en cumplir con los deberes de nuestra santa religion.

Casi á un mismo tiempo se ma-

nifestó en *todos* los departamentos el mismo espíritu de rebelion, y en *todos* los regimientos la misma desercion, lo que prueba lo mucho que habian trabajado los emisarios secretos de Bonaparte; pero lo que asombró á la Europa fue el ver la poca energía que manifestó por entonces la *Vendée* á donde marchó el duque de Borbon, padre del desgraciado duque *d'Enghien*, de quien hemos hablado ya. No ignoro que han inculpado á aquella parte de la Francia que se habia inmortalizado con la guerra que no habia dexado de hacer contra los enemigos de su legítimo soberano, contra todos los novadores, y que últimamente dió tanto que hacer á Napoleon, sin que jamas ni unos ni otros pudiesen someterla á su dominio. Pero es preciso que nuestros contemporáneos se hagan car-

go de las circunstancias, y cotejando estas con los hechos, aquellos *intrépidos y rancios* realistas quedarán disculpados de la poca energía que se les imputaba en aquella ocasion. Nadie ignora en el dia que el mariscal *Soult* habia tenido la maña de hacerse nombrar por Luis XVIII ministro de la Guerra y gobernador de la *Vendée*. En estos dos empleos aquel traidor tuvo todos los medios posibles para servir á Napoleon; y así el sin número de tropas adictas al usurpador que habia introducido en aquellas provincias, valiéndose de varios pretestos y engaños; una multitud de emisarios secretos encargados de seducir y corromper á las guarniciones; el desembarco inesperado de Napoleon, y la rapidez de su marcha; las proclamas del general *Morand*, edecan del tirano, el qual recor-

rió aquellas provincias con la velocidad de un relámpago, y con todo el aparato del terror y de la fuerza armada, impidieron á los valerosos *Vendenses* el poder formar de pronto algun plan de resistencia; y por la misma razon se vió precisado el duque de Borbon, que habia venido para ponerse á su frente, á desistir de su empeño, y á embarcarse en *Nantes* para pasar á España. Habiendo arribado S. A. á *Santander* no tardó en presentarse en la corte de Madrid, en donde fue muy obsequiado por S. M. y AA., y generalmente por todos los españoles adictos á la augusta casa de Borbon.

Conforme el usurpador iba acercándose á París, el susto y el terror iban tambien aumentándose por todas partes: sin embargo Luis XVIII no pensaba en salir de la capital, pues tenia la

mayor confianza en las tropas que estaban en sus inmediaciones, y sobre todo en el exército que estaba baxo las órdes del mariscal *Ney*, que se ofreció voluntariamente á marchar contra aquel perturbador de la quietud pública. El Rey consintió en ello con tanto mas gusto, quanto tenia muy presente la accion heroica de aquel mismo mariscal, quando en *Fontainebleau* se presentó á Napoleon, amenazándolo con una pistola de quitarle los sesos, *si al instante mismo* no hacía la abdicacion que los monarcas aliados exîgian de él para poner fin á una guerra tan desastrosa que iba á acabar con la Francia. Pero ¡ay de mí! ¡quán engañado estuvo Luis XVIII! El infame *Ney* no buscaba sino una ocasion favorable para declararse, como lo hizo, contra su legítimo soberano y bienhechor. ¡Ah!

¡quántos mariscales, y quántos otros generales no imitaron al mismo tiempo la felonía de aquel traidor!

La defeccion de *Ney* acabó de trastornar todos los planes de Luis XVIII: en este ínterin *Monsieur*, hermano de S. M. habiendo llegado á París en posta, se juntó inmediatamente un Consejo extraordinario, en el que S. A. R. hizo una relacion circunstanciada de quanto habia sucedido en Leon y en los departamentos vecinos; de los medios de que se habian valido los emisarios secretos de Bonaparte para seducir por todas partes á las tropas, así como de los que empleaban á la sazon aquellos infames para sublevar á los pueblos contra su legítimo soberano. Por cúmulo de desgracias llegó al mismo tiempo la noticia de *oficio* de varios acontecimientos

que acababan de suceder en las provincias meridionales; y á pocas horas despues se supo tambien la traicion de los mariscales *Massena* y *Brune*, los quales mandaban en los demas departamentos del mediodia. ¡Quién podría pintar la consternacion del Rey, de la familia real, y la de todos los franceses adictos á los Borbones con unas noticias tan infaustas y tan repentinas! Todo era una confusion mas facil de comprender que de describir. En tan deplorables circunstancias Luis XVIII se determinó á salir de París con la mayor precipitacion; pues se supo por un *conducto muy seguro*, que Napoleon intentaba, por medio de los partidarios que tenia en París, apoderarse por sorpresa del palacio de las *Tullerías*, y tener así en su poder al Rey, y á los demas de la real familia. En vista

de estos varios avisos, S. M. se marchó incontinenti, dirigiéndose hácia *Lila*, en donde mandaba el mariscal *Mortier*. Este, tan traidor como *Ney*, pero todavía mucho mas disimulado, con varios pretestos se opuso á que se tomase la mas *mínima* disposicion, insinuando *maliciosamente* á Luis XVIII se saliese del territorio francés para libertarse (segun decia) del encono de los Bonapartistas, á los que (añadia) no se podia oponer resistencia alguna sin derramar torrentes de sangre. Entonces S. M. sospechó de la fidelidad de *Mortier*; sin embargo se determinó á pasar la frontera y á retirarse á *Gante* con todos aquellos fieles vasallos que habian podido seguirlo desde París.

En medio de la confusion en que se hallaban la corte y la ciudad de París con el desembarco

inesperado de Napoleon, y de lo que éste intentaba, Madama Real con aquella serenidad que le es tan propia, reunió algunos vasallos fieles, y con ellos se dirigió hácia Burdeos, cuya lealtad y adhesion sincera á los Borbones eran muy conocidas, con la esperanza de que encontraría en aquella ciudad un asilo seguro y un punto de reunion para todos los buenos franceses que intentasen oponerse al opresor de la desgraciada Francia. Pero ¡ay de mí! el espíritu de insubordinacion, la seduccion, el engaño, y otros mil enredos é intrigas de que se valian los infames partidarios del usurpador, habian tambien penetrado en aquel departamento y habian corrompido á la tropa, la qual no aguardaba sino el momento favorable para manifestar su felonía y su ingratitud: pues el gobernador de

aquella plaza, por descuido, indiferencia, ó quizás por *connivencia* con los emisarios secretos de Napoleon, estuvo durante ocho dias sin tomar providencia alguna para detener el espíritu de desercion que veía se habia introducido ya entre los soldados que estaban baxo sus órdenes, procurando de esta manera reprimir el entusiasmo y el valor de aquellos leales vasallos. En tales circunstancias llegó Madama Real á Burdeos, y se halló entre dos cuerpos de exército igualmente rebeldes y traidores, el del general *Clausel* acampado á la derecha del rio, y con escarapela tricolor, y el del general *Decaen* dueño ya de las baterías del fuerte y dispuesto á enarbolar el estandarte de la rebelion con ademan de disparar la artillería contra la ciudad. Entonces fue quando sus honrados vecinos co-

nocieron claramente la traicion de los generales que habian seducido á la tropa. Justamente indignados de una felonía tan vil, y no escuchando sino la voz del honor y de la conciencia, se reunieron y tomaron al momento las providencias mas enérgicas para defender á aquella augusta princesa contra los satélites del usurpador, mirándola con mucha razon como su ángel tutelar. Con la noticia de la llegada de Madama Real á Burdeos, todos los pueblos vecinos, adictos al rey y á la antigua monarquía francesa, vinieron á ofrecerle sus bienes y sus personas: pero ¿qué podian hacer unas gentes mal armadas contra una tropa aguerrida, bien provista de armas, de municiones de toda especie, y entusiasmada en favor de Napoleon? Sin embargo la vista de un peligro tan inminente no los

asustó: enviaron á aquella princesa una diputacion compuesta de los principales de entre ellos, para suplicarle se sirviese admitir sus caudales, sus vidas y el *juramento* de derramar hasta la última gota de su sangre en defensa suya, y en la de la justa causa de los Borbones, instándole á que no se saliese de su territorio. Enternecida Madama Real al ver una lealtad tan generosa, y conociendo por otra parte quan inútil sería querer resistir al torrente de la seduccion, les habló en estos términos: "Nunca jamas permitiré hagais esfuerzos inútiles en la actualidad: conservad vuestros caudales y vuestras vidas para mejor ocasion: estoy sumamente agradecida. Dios quiere todavía probarnos y castigarnos: sometámosnos á sus divinos decretos. Quando vuelva, vereis que no me ha-

»bré olvidado de vuestra lealtad: »por ahora mi presencia podria »acarrearos nuevas desgracias; y »así es preciso que me separe mo»mentáneamente de vosotros: ín»terin acordaos de Madama Real, »y sed fieles á la religion y al rey."

¿Quién podría pintar el sentimiento de todos aquellos fieles vasallos al oir estas palabras, y la serenidad incomprehensible con que las pronunció?...... Olvidándose del respeto que debian á esta augusta princesa, é impelidos del amor que le profesaban, se llegaron á ella pidiéndole alguna prenda suya, *por tenerla* (decian) *mas presente en la memoria.* Entonces enternecida de un cariño tan expresivo Madama Real se despojó de todas sus joyas, de una parte de sus vestidos, hasta las plumas que llevaba en su gorro &c. &c. &c. y derramando un torrente de lágri-

mas entró con precipitacion en un navío que la alejó de unos vasallos tan fieles que se deshacian en lágrimas al verse separados de una princesa, cuya presencia era una señal de paz y de concordia entre todos los franceses. Bien pronto se súpo que habia llegado al puerto de *Passages*, en España, y esta noticia llenó de alegría á todos los buenos españoles adictos á los Borbones; pues se persuadiéron que no tardarian á ver en el palacio de su amado Fernando VII á una princesa cuyas desgracias tan largas no ignoraban, y anhelaban sobre todo el contemplar en la hija del desgraciado y virtuoso Luis XVI (cuyos trabajos y resignacion verdaderamente cristiana estan muy presentes á su memoria) el modelo de todas las virtudes, y aquel heróico valor con que se habia señalado en estas últimas

ocurrencias. Pero Dios, cuyos designios son impenetrables á los endebles humanos, dispuso las cosas segun lo tuvo por conveniente; y sin arreglarse á la política de los hombres, quiso que esta princesa pasase á Inglaterra hasta que la nueva tormenta se hubiese disipado.

La consternacion en que quedó la ciudad de Burdeos con la salida de Madama Real, es demasiado conocida para que sea necesario expresar aquí tan tristes recuerdos. Se sabe que aquella grande ciudad, loca de contento por tener en su recinto á aquella princesa, se pareció despues de su marcha á un grande cementerio en que no se observaba otra cosa que el silencio de sus habitantes.

Hemos dicho ya que con la noticia de la llegada de Madama

Real á Burdeos, todos los pueblos vecinos venian á bandadas á ofrecerse para defenderla contra los satélites de Napoleon; pero la justicia me precisa á decir que la ciudad de Bayona sobresalió entre *todas* las demas; pues apenas se supo en aquella plaza que Madama Real se habia refugiado á Burdeos, quando de repente *todos* los vecinos se alistaron á porfia para marchar á su defensa, despreciando las amenazas, los insultos, y las providencias que habia tomado la guarnicion para conservar la paz y la tranquilidad; esto es en otros términos mas claros, *para que nadie hablase ni obrase á favor de los Borbones.* Sin embargo de los preparativos que se hacian en Bayona para recibir otra vez las órdenes del usurpador que habia salido de la isla de Elba, *toda* la juventud y

otros muchos individuos aptos para las faenas de la guerra, salieron para Burdeos con el fin de juntarse á los buenos franceses que se habian reunido allí con Madama Real; pero apenas hubieron llegado á *Dax* quando supieron que esta princesa se habia visto precisada á salir del territorio frances. Este acontecimimiento inesperado, en vez de desanimar á los bayoneses, no hizo sino acrecentar su lealtad para con sus soberanos: cedieron sí á las circunstancias críticas del dia, reconcentrando en su corazon el enojo que les causaba la felonía de la tropa, y esperando con la mayor impaciencia una ocasion favarable para poder obrar con aquella energía que les es tan característica; y lo acreditaron quando vieron que podian encontrar un apoyo en las potencias que venian otra vez á

ayudar á los buenos franceses á sacudir el yugo del tirano.

En todos tiempos la ciudad de Bayona dió pruebas de la mayor lealtad hácia sus legítimos soberanos; pero en las terribles crisis de la revolucion francesa, el amor constante que manifestó á favor de la augusta casa de Borbon, es superior á todo elogio, y para su descripcion se necesitaria una pluma mas elocuente que la mia: me bastará decir que en la inaudita catástrofe que privó á la Francia del mejor de los reyes, el departamento de los *Pirineos baxos* (en cuyo territorio se halla la ciudad de Bayona) fue el *único* de toda la Francia que tuvo el honor y la gloria de que *ni siquiera un solo* diputado suyo quiso votar la muerte del desgraciado Luis XVI, á pesar de las amenazas y vexaciones de que se valieron los no-

vadores para asustar aquellos leales paisanos del inmortal *Enrique IV*, cuyo recuerdo llena de alegría el corazon de todo buen frances. *Nunca jamas* han variado los bayoneses en el amor que han profesado siempre á todos los individuos de la augusta casa de Borbon; y los españoles contemporaneos mios, que con justa razon tienen á mucho honor el haber acompañado en su cautiverio á nuestro amado Fernando VII, podrán hacer justicia á la verdad. A ellos toca pues describir el dolor que se pintaba en el rostro de todos aquellos vecinos honrados, quando vieron la felonía inaudita del tirano Napoleon para con un príncipe que por el amor que profesaba á sus vasallos, cayó en el lazo que le armó la política infernal de aquel monstruo: ellos solos podrán publicar

los medios que propusieron los bayoneses para libertar á Fernando VII del yugo del tirano, y como este generoso príncipe se negó á todo para no exponer á sus generosos huéspedes á los horrores de la venganza de Bonaparte. Estos dignos compañeros de las desgracias de Fernando podrán tambien pintar el dolor y afliccion de aquellos mismos bayoneses quando vieron marchar hácia Burdeos al augusto cautivo con su hermano y tio. "El dia mas feliz de »mi vida (decia al infante don »Carlos una señora principal de »Bayona) ha sido aquel en que »V. A. R. se dignó hospedarse en »mi casa, *y nunca jamas* tendré »otro mas infausto que aquel en »que veo que V. A. R. sale preso »por Napoleon...." Cada uno queria tener alguna cosa de lo que habia servido á estos augustos

príncipes. Como historiador verídico, *y sin pasion*, debo decir en honor de los bayoneses que *he visto y tocado* algunas de aquellas cosas, y que los sugetos que las tienen en su poder, las han preferido á sumas quantiosas ofrecidas por la lealtad de varios españoles que procuraban llevárselas á la península.

Mientras que la Francia estaba llorando la ausencia de sus legítimos soberanos, Napoleon no dexaba de atormentarla con todo género de vexaciones; pues todo se volvia *conscripcion*, *requisicion* y otras mil providencias las mas severas para precisar á la nacion á que se levantase en masa, y se armase para defender, segun decia, *la patria amenazada con una irrupcion de bárbaros*, siendo así que todos estos medios de rigor que empleaban él y sus satélites, no

eran para defender á la desgraciada Francia, sino para defenderse ellos mismos; pues estos infames sabian muy bien que los aliados no venian á hacer la guerra á los franceses, sino al tirano y á sus secuaces.

Sin embargo de que Napoleon tenia la mayor confianza en la tropa, y que ésta no deseaba sino el marchar quanto antes contra los enemigos, con la esperanza de que baxo los auspicios de aquel gefe de salteadores, volvería bien pronto á empezar sus rapiñas y latrocinios, no dexaba éste de tener sus justos recelos; pues por una parte conocia que la nacion estaba muy disgustada y cansadísima de tantas guerras, sin esperanza ninguna de lograr aquel sosiego de que habia empezado ya á disfrutar baxo el gobierno paternal de sus legítimos soberanos;

por otra parte no ignoraba los preparativos que estaban haciendo las potencias aliadas para vengar la violacion de los tratados que acababa de estipular con ellas. En consecuencia procuró aquel moderno don Quixote engañar á estos mismos soberanos con unas pomposas proclamas, en las que tenia la desvergüenza de publicar á la faz de la Europa *que toda la nacion francesa* estaba pronta á sacrificarse para defender su territorio contra la irrupcion de todos los exércitos combinados que intentasen el hacer la mas mínima hostilidad; añadiendo que *renunciaba* á toda especie de conquista contentándose con la *integridad* del imperio frances. Los aliados despreciando aquella fanfarria se prepararon á dar un golpe mortal á aquel perturbador sempiterno de la quietud pública. Para ase-

gurar el acierto de su empresa se valieron de los medios mas adecuados á las circunstancias. Desde luego conoció Napoleon la tempestad que se iba fraguando sobre su cabeza culpable, y se preparó á ganarlos por la mano. Queriendo aprovecharse de la viveza natural de los franceses, se puso á la frente de su numeroso exército, y con la velocidad del rayo pasó á *Flandes* para sorprender á sus enemigos, y desbaratar todos sus planes atacándoles en detall. Estaba tan confiado que habia de conseguir una victoria completa sobre todos ellos, que de antemano compuso una proclama (*) para

(*) Véase aquí aquella proclama. "Bel»gas y habitantes de la izquierda del Rhin: »los efímeros sucesos de mis enemigos os »han separado por un momento de mi im»perio. En mi destierro á una roca dentro »de la mar oía vuestras quejas. El Dios de

publicarla el dia de su triunfo.

Al ver el trastorno general que habia á la sazon en Francia, las requisiciones, las conscripciones, los embargos de *quanto* se antojaba á los partidarios de Napoleon, los novadores franceses, así como todos los individuos de las demas naciones imbuidos en los mismos principios, se alegraban sobremanera: ya creían á Napoleon vencedor de todos sus enemigos; y sin contar con la divina provi-

» las batallas ha decidido la suerte de vues-
» tras bellas provincias. Napoleon está ya
» entre vosotros: vosotros sois dignos de ser
» franceses: levantaos en masa, reuníos á mis
» invencibles falanges para exterminar el
» resto de esos *bárbaros* que son vuestros
» enemigos y los mios, y que van huyendo
» con la rábia y la desesperacion en sus cora-
» zones." En el palacio de Lanchen 17 de junio de 1815. = Napoleon. = Por el emperador, el mayor general del exército = conde Bertrand. *Véase gaceta de Madrid de 15 de agosto de 1815.*

dencia, ya se lo representaban en su imaginacion delirante dictando otra vez leyes de ateismo para *la soñada felicidad* del género humano. Aquellos que no ven en las cosas segundarias sino los efectos que ellas producen ó pueden producir, estaban en la mayor consternacion, ya por los preparativos extraordinarios que hacia Napoleon contra los aliados, ya por las disposiciones que éstos iban tomando para contrarestrar aquel opresor de la Europa: ellos no dudaban que la desgraciada Francia iba á ser enteramente aniquilada. Pero los hombres religiosos de todas las naciones, que saben que hay un Dios omnipotente que puede, quando lo tiene por conveniente, trastornar los designios de los perversos, acudieron al Todopoderoso suplicándole con el mayor fervor se dignase aplacar

su ira, y mirase con ojos de misericordia á la Europa tan cruelmente perseguida por aquel opresor del género humano.

Madama Real en su destierro en Inglaterra reunia sus oraciones con las de tantos otros fieles que tenian el mismo interes en ver á aquel tirano abatido, y reducido á la imposibilidad de atormentar en adelante al género humano tan indignamente ultrajado por espacio de mas de quince años. Incierta sobre la suerte actual de su Rey, tio y padre adoptivo, la de su esposo y demas personas reales, aquella virtuosa princesa acudió á nuestra santa religion, la qual durante su cautiverio, horfandad y soledad, habia sido su único y verdadero consuelo: levantó sus manos puras al cielo suplicándole se dignase mirar con ojos de misericordia al Rey, á la

real familia, y á todos los franceses, sin exceptuar *á sus mas encarnizados enemigos*, ofreciéndose ella misma cómo una víctima expiatoria por los delitos de una nacion engañada y seducida. Dios oyó la súplica de aquella augusta princesa, así como las de tantas buenas almas de la Europa afligida, y al instante las potencias coligadas, conducidas por el Dios de los exércitos, *empezaron la pelea del Señor*; y en un abrir y cerrar de ojos cayó la estatua de aquel segundo Nabucodonosor, desplomándose así aquel soberbio edificio de iniquidad que habia costado tantos años de crímenes, de sangre, de destrozos, de ruinas, y de maldades inauditas.

Parece que vendría aquí bien al caso el hacer la descripcion de los diferentes choques, encuentros, combates y batallas que hubo

desde que Napoleon salió de la isla de Elba, hasta el dia diez y ocho de junio de mil ochocientos quince, en que Dios cansado ya de los delitos de aquel monstruo, quiso dar en *Waterloo* un grande exemplo al mundo entero, y sobre todo á aquellos pretendidos sábios y reformadores de nuestros dias, aniquilando con un soplo aquel *gran coloso* á quien sus partidarios tuvieron la impiedad de dar el nombre de *omnipotente*: pero todos mis contemporaneos estan hartos ya de saber quanto ha sucedido hasta que aquel ambicioso, que perdió en aquel memorable dia todos sus exércitos y toda esperanza de conservar mas largo tiempo su cetro usurpado, se vió precisado para escaparse, á pasar en medio de montones de cadáveres sacrificados á su ambicion desmesurada,

y mendigar un asilo entre aquellos mismos ingleses contra quienes por mas de quince años no habia dexado de vomitar tantas injurias y tantos improperios...... Sigamos á este Ex-emperador, despues de la derrota y dispersion de sus exércitos en *Waterloo*, hasta su llegada á la isla de santa Elena.

Habiendo llegado Napoleon á *Avesne* el trece de junio de mil ochocientos quince, pasó revista á sus tropas el dia siguiente hablándoles en estos términos: "¡Insensatos (dixo apostrofando á »los aliados) un momento de prosperidad los ciega! pero la victo»ria está decidida por nosotros...... »llegó ya el tiempo en que todo »frances, que sea verdaderamente »tal, debe vencer ó morir."

En efecto el mismo dia forzó el paso de la *Sambra* en *Fleurus*: el diez y seis logró algunas ven-

tajas sobre los prusianos: el diez y siete, á pesar de un tiempo muy lluvioso, no permitió que descansase su exército; al contrario mandó avanzase á paso redoblado: continuó el diez y ocho el curso de sus victorias, pero la divina providencia lo esperaba en Waterloo..... *tronó Dios desde los altos cielos: cae el capitan temible, y queda libre* la Francia. Así pintó Bossuet la caida del famoso Carlos XII rey de Suecia que se hizo tan ilustre por sus reveses como por sus victorias. Pero Bonaparte despues de un desastre, de que no ofrecen exemplo las historias, huyó abandonando los residuos de su exército, y con la rapidez del rayo llegó á París, á donde él mismo llevó la noticia de su derrota. "Hace ocho dias (dixo á los pares »reunidos), y quando iba á mar»char para el exército me dixísteis

»las palabras siguientes: Los reve-
»ses, Señor, no debilitarán nues-
»tro valor, y redoblarán nuestra
»adhesion á V. M.; pues bien, cum-
»plid vuestra palabra, y dad ór-
»denes terminantes para que en
»el *momento* se levante un nuevo
»exército: yo marcharé á su fren-
»te contra esos bárbaros y los
»*aniquilaré......*"

Asustados los pares con este quijotesco discurso, y sobre todo al ver el peligro que amenazaba á la Francia, y le iba á causar su entera ruina, pidieron se decidiese á pluralidad de votos sobre la pretension de Napoleon; y la deliberacion de diez y seis contra cinco fue: "Se negociará con las
»potencias aliadas; y si el Empe-
»rador es un obstáculo para la
»paz, este obstáculo se quitará
»pidiéndole que haga la abdica-
»cion: es demasiado generoso pa-

»ra que dexe de hacerla." La hizo efectivamente, y se puede decir que se la arrancaron con el mayor trabajo, y al cabo de muchas negociaciones que hubo con él en el palacio del *Elisée*, á donde se habia retirado. Llegada que fue á París, fue presentada á una comision que interinamente estaba á la sazon encargada del gobierno..... Todos los individuos que la componian fueron al momento á dar gracias á Napoleon por esta abdicacion *fingida* y hecha únicamente por ceder á las imperiosas circunstancias que así lo exîgian: pero el simulado Bonaparte les habló en estos términos: "Siempre me he *sacrifica*»*do* por la felicidad de la Fran»cia...... En once de abril me *sa*»*crifiqué* en *Fontainebleau*, á fin »de que este imperio gozase de la »paz, y partí para la isla de Elba.

»Considerando en ella el envileci-
»miento en que se hallaba la Fran-
»cia, dexé mi descanso, y vine á
»*sacrificarme* como otro rey de
»Atenas para ayudar á los fran-
»ceses, sacarlos de la torpeza en
»que yacían, y hacer que volvie-
»sen á tomar su antigua y natu-
»ral actividad haciendo de ellos
»el primer pueblo del universo:
»bien seguro estaba yo de lograr-
»lo; pero se ha tratado de entor-
»pecer mis operaciones...... no im-
»porta, quiero todavía *sacrificar-*
»*me* abandonando las riendas del
»gobierno: voyme á vivir como un
»simple particular......"

Despues de este discurso, pronunciado con mas rabia que conviccion, salió de París, y se retiró á *Malmaison* con sus principales partidarios, no para vivir como simple particular, segun decia, sino para enredar de nuevo

las cosas, y procurar volver á empuñar un cetro que le habia sido forzoso soltar. En efecto el dia siguiente envió á la comision de gobierno un plan de campaña para separar, segnn manifestaba en él, los dos exércitos de *Blucher* y *Wellington*, prometiendo al mismo tiempo que despues de haberlo executado, se volveria á la vida privada. Todos temieron entonces que todavía queria *sacrificarse*, no como Codro, sino poniéndose al frente del exército para inundar otra vez con torrentes de sangre á la desgraciada Francia, la qual durante el espacio de mas de veinte y cinco años habia servido de asilo á esos pretendidos sabios y reformadores del género humano, y en cuyo seno se formaron aquellas falanges de infames que en lo sucesivo llevaron por toda la Europa el terror,

la desolacion y el trastorno general de todas las sociedades.

Al considerar los progresos que iban haciendo los aliados, la comision de gobierno y demas autoridades constituidas procuraron disipar la tempestad que se habia fraguado sobre la desdichada Francia, alejando del territorio frances al infame que causaba todas estas desgracias. Los mismos partidarios de Napoleon no dexaban de conocer que en la crisis en que se hallaba la Francia, era cosa indispensable; pero por otra parte no se podian determinar á separarse de su gefe, y por lo mismo se valian de mil tramas é intrigas para precisar á las dos cámaras á que se declarasen á favor suyo. Hubo sobre el particular muchos y reñidos debates; y como la mayor parte de los vocales de dichas cá-

maras eran adictos al sistema novador, el acaloramiento de estos llegó á tal extremo, que se temia á cada instante ver principiar la guerra civil, que era el único azote con que la divina providencia no habia todavía castigado á la desgraciada y culpable Francia, despues que Napoleon salió de la isla de Elba. Este Ex-emperador aguardaba en *Malmaison* el resultado de estos debates, de los quales era el principal autor, aunque ausente. En unas circunstancias tan críticas, la comision de gobierno muy embarazada con un tal personage, solicitaba un salvoconducto, ya del gobierno ingles, ya de *Wellington*; pero conociendo la inutilidad de sus tentativas, y viendo el enemigo á las puertas de París, notificó á Bonaparte que saliese del territorio frances, y comunicó esta orden á las dos cá-

maras reunidas para dar á la Europa entera una prueba de que obraba de buena fe. ¡Qué golpe para Bonaparte y sus partidarios! Viendo aquel que era preciso ceder á las circunstancias, hizo anunciar á la comision y á las dos cámaras que estaba decidido á *sacrificarse* (*) por la tranquilidad pública; pero siempre fiel á su sistema infernal de engaño, y *á su política aparte*, hizo secretamente todos los preparativos necesarios para pasar al Nuevo-mundo; pues no ignorando que le ponia *fuera de la ley* el decreto de todas las potencias, trató de burlarse de él huyendo furtivamente. En consecuencia hizo que mar-

(*) El lector estará ya cansado al ver que Bonaparte habla continuamente de *sacrificarse* siempre, mientras que no ha hechó otra cosa que *sacrificar* á todos á su ambicion de dominar.

chasen con el mayor sigilo comisarios adictos suyos y sus cómplices para los puertos de la Rochela y Rochefort, á fin de que preparasen para él y su comitiva los transportes que fuesen necesarios. Despues de haber dado estas disposiciones marchó de *Malmaison* á las quatro de la mañana en una calesa con Bertrand y Sabary (*) dando orden á las cuarenta y siete personas que habia elegido para que le acompañasen, que por distintos caminos se hallasen en Rochefort para el dia que les señaló.

El general Beker, á quien la comision de gobierno habia encargado la custodia de Napoleon, se presentó á éste, y le dixo: "Es»toy encargado de una comision

(*) Este fue el principal agente de quien se valió Napoleon para el cumplimiento del atentado inaudito que cometió en la península en el año de 1808.

»penosa para mí; pero sin com-
»prometerme, haré quanto pue-
»da para vuestra satisfaccion...."
A esto respondió Bonaparte: "Ge-
»neral, si me hubieran dexado
»la eleccion del oficial que me ha-
»bia de acompañar, yo os hubiera
»elegido......" Bonito cumplimien-
plimiento en la apariencia; pero
muy contrario á la verdad, pues
todos saben que el general *Beker*
estaba en desgracia de Napoleon
por haber improbado la guerra de
España, en la que no habia que-
rido servir, y vivió obscuro hasta
que el gobierno le encargó la
guardia del tirano.

Este llegó el treinta á Ram-
bouillet en donde descansó algu-
nas horas: salió muy temprano
para Tours, y llegó á Niort el pri-
mero de julio. Al dia siguiente se
marchó para Rochefort, á donde
llegó el tres por la noche. Se alo-

jó con toda su comitiva en casa del prefecto marítimo, dando órden al mismo tiempo á sus criados y á otros partidarios suyos de que se aprovechasen de la noche para embarcar sus efectos, que eran muy considerables, en las dos fragatas la *Saale* y la *Medusa* que estaban preparadas para recibirlo. Permaneció seis dias en casa de dicho prefecto marítimo, sin salir casi nunca del aposento que habia tomado. En este ínterin supo la entrada de los aliados en París, y despues la llegada de Luis XVIII á aquella capital con *Monsieur* su hermano, y el duque de *Berry* el ocho del mismo mes de julio de mil ochocientos quince. Nunca se le habia visto tan afanado, lo que se atribuyó á la noticia que recibió *secretamente*, por la que sus confidentes le avisaban de que se habian disuelto las dos

cámaras; pues no ignoraba que habia habido en ellas grandes debates durante su ausencia para excluir del trono de Francia á todos los Borbones, y dar un príncipe extrangero por regente á Napoleon II su hijo, con una nueva *constitucion* de que el regicida Garat era el autor. En vista de estos avisos salió de Rochefort, y *desembarcó en la isla de Aix* esperando viento favorable para hacerse á la vela; pero las dos fragatas no pudieron salir, porque el puerto estabIa bloqueado por el navío ingles el *Bellerofonte*, y otros varios buques á las órdenes del capitan *Maitland*.

Para engañar á este crucero inglés, hizo Napoleon que armasen una corbeta y un aviso con los que creía poder escaparse; pero esta astucia de guerra no pudo engañar la vigilancia del capitan

inglés: fue pues preciso renunciar á este proyecto, y esperar un expediente mas seguro, por si acaso se ofreciese.

Sin embargo el general *Beker* y el prefecto marítimo no cesaban de meter priesa á Napoleon para que se embarcase lo mas pronto posible, á causa de las órdenes secretas que habian recibido sobre el particular. Sea pues por conviccion, ó porque todavía queria Napoleon engañar al gobierno francés, resolvió aprovecharse de la noche para largarse; pero la vigilancia inglesa, y la luz de la luna hacian muy dificultosa la salida de las dos fragatas. Entonces el Ex-emperador, que recibia continuamente emisarios secretos que sin duda le daban próxîmas esperanzas de alguna mudanza en los negocios políticos, se decidió por ganar tiempo á mandar á bordo del

navío inglés el *Bellerofonte* á M.M. *Savary* y al Conde de las *Casas* (*) en clase de parlamentarios: estos volvieron el doce, y no se traslució el resultado de su comision. El trece el general *Beker* fue con la misma comision, y el catorce se embarcó Napoleon con toda su comitiva y dicho general en el *brik* el *Epervier*. Al dia siguiente quince, este buque se presentó por la mañana como parlamentario al almirante ingles, y el comandante del *brik* entregó todos los pasageros baxo un recibo del almirante.

Apenas estuvo Bonaparte en el *Bellerofonte*, quando su capi-

---

(*) Este último es oriundo de España: en el año de 1800 abrazó el partido de Napoleon, quien le nombró su gentil-hombre de cámara, y posteriormente consejero de estado...... En el año de 1815, y despues de la batalla de Waterloo, siguió á su protector á la isla de santa Elena.

tan mandó que una fragata del crucero saliese para Inglaterra á llevar la noticia de todo lo acaecido, y Napoleon se aprovechó de esta proporcion para escribir al príncipe Regente la carta siguiente:

ALTEZA REAL:

Perseguido por las facciones que dividen á mi pais, y por la enemistad de las mas principales potencias de la Europa, yo he terminado mi carrera política, y vengo como otro Temístocles *á sentarme en los hogares del pueblo británico, poniéndome baxo la proteccion de sus leyes, las que reclamo de V. A. R. como el mayor, el mas constante y el mas generoso de todos mis enemigos.*

El *Bellerofonte* se hizo despues á la vela para los puertos de Inglaterra. Durante la travesía, Na-

poleon, que sospechaba que las potencias no le dexarían en su nuevo destino la misma libertad que habia tenido en la isla de Elba, estaba muy pensativo, y hablaba muy poco. Observó en el *Bellerofonte* la misma conducta que habia observado en la fragata *la Saale*. Estaba encerrado en su camarote sin salir de él sino para comer en una mesa comun por la mañana á las once, y por la tarde á las seis. Los convidados eran catorce con el general *Beker*, y sin embargo la comida no era muy alegre, pues Bonaparte nada hablaba, y todos los demas imitaban el silencio del Ex-emperador.

El veinte y quatro el *Bellerofonte* y el *Eurotas* entraron en la bahía de Torbay, y la llegada de Napoleon á las costas de Inglaterra fue el único asunto de todas las conversaciones, así de la capi-

tal como de las provincias. Los curiosos venian en pelotones á ver el *grande hombre.* Tal fue la concurrencia que muchas personas se ahogaron por diversos accidentes, como si la destruccion de los hombres debiese ser por todas partes la consecuencia inevitable de la presencia de Bonaparte; lo que obligó al gobierno ingles á alejarlo de las costas hasta que se hubiese recibido la resolucion de las potencias reunidas en París para tratar de la suerte futura de aquel hombre. En efecto el dos de agosto se estipuló que Napoleon sería transportado á la isla de santa Elena, en la que, como en una prision, sería guardado de vista.

Esta decision fue llevada á Londres, y el gobierno ingles encargó al Lord *Keith* que fuese á notificarla á Bonaparte. Este Lord se presentó á él para leérsela el dia

quatro; pero como estaba en ingles pidió el Ex-emperador se la traduxesen en frances; y viendo éste que *Keith* no se explicaba con bastante claridad, se la quitó de las manos y la entregó al Lord *Townbringe*, que se hallaba presente, diciéndole con vivacidad: *puede ser que V. sepa traducir mejor.* Despues de haberla oido se puso furioso; y habiéndose serenado un poco respondió en estos términos: "Ofrezco al
»príncipe Regente la mas bella
»página de su historia: yo no soy
»un Hércules, pero no se me po-
»drá hacer salir *vivo* del *Belle-*
»*rofonte.* Yo habia determinado
»vivir en Inglaterra y á treinta
»leguas de la mar. Venga un co-
»misario: quiero hacerme natura-
»lizar aquí. No ignoro que para lo-
»grarlo se necesitan algunos años
»de residencia en Inglaterra; pero

»yo probaré con mi conducta que »soy digno de ser ingles; y entonces daré *acaso* mi palabra *de honor* de no meterme mas en los »asuntos políticos. Nunca jamas »consentiré pasar á la isla de santa Elena, porque el clima es »muy contrario á mi salud; pues »tengo la costumbre de andar á »caballo veinte leguas cada dia..."

Este discurso pronunciado con un ademan imperioso y casi amenazador, fue seguido de una solemne protesta que el mismo Bonaparte puso en propia mano del Lord *Keith*, echando mil pestes contra el gobierno ingles que faltaba, segun decia, á su palabra de honor negándole la hospitalidad que le habia prometido antes de entregarse al capitan *Maitland*. Hablaba al Lord con un tono insolente, y queria que éste aprobase sus razones; pero Mr. *Keith*

le interrumpió diciéndole muy serio: "Yo no hago otra cosa sino »obedecer las órdenes de mi go»bierno: mis poderes nada dexan »á mi arbitrio: vuestra suerte está »ya decidida para lo futuro: ireis »desterrado á la isla de santa Ele»na, y sereis embarcado para ella »dentro de muy pocos dias en el »navío *Northumberland*, que os »debe conducir allí..." Bonaparte quiso hacerle todavía algunas reflexîones; pero el Lord le volvió la espalda, y le dexó con algunos oficiales ingleses, con los que el Exemperador tuvo una conversacion que no le dió mucho gusto. Uno de ellos le dixo: "Si hubiéseis es»tado en Rochefort una hora mas, »hubiérais sido cogido y llevado á »París......" Bonaparte miró á este oficial, y no habló una palabra. = Otro le dixo: "Os incomodais por»que os van á llevar á la isla de

»santa Elena; pues sabed que si »hubiérais sido llevado á París, »habian determinado las potencias »entregaros á la Rusia." = "Dios »me guarde de los rusos", exclamó Napoleon encogiéndose de hombros, y mirando al general Bertrand. = Otro oficial ingles le preguntó: "¿Cómo fuisteis tan incon»siderado que declaráseis la guer»ra á la España? desde entonces »principiaron vuestras desgracias; »y vuestro nombre será siempre »mirado con horror á causa de »una felonía que no tiene exem»plo en las historias antiguas y »modernas." = "¿Cómo (añadió »otro) pudísteis incurrir en una »falta tan grande, qual fue la de »dar los decretos de *Berlin* y de »*Milan*, de ir á atacar á la Ru»sia en la peor estacion del año, »y de no admitir las condiciones »de paz que os ofrecieron las po-

»tencias antes de su primera en-
»trada en París?"="¡Qué impru-
»dencia! ¡qué locura (decian otros
»que estaban presentes) el haber
»salido de la isla de Elba en don-
»de vivia quieto! El ha querido
»trastornar otra vez á la Europa
»entera; pues bien merecido tie-
»ne quanto le sucede ahora."

Mientras que se pasaba así en revista su conducta anterior, tenia Napoleon un rostro feroz, y solo respondia con monosílabos á todas estas preguntas, tomando sin cesar polvos de tabaco á puñados y paseándose aceleradamente, con lo que manifestaba su grande agitacion de espíritu; y no pudiendo ya resistir á tantas reprehensiones, salió con precipitacion, y se fué á encerrar en su camarote donde estuvo dos dias sin querer que nadic entrase sino las personas á quienes él llamaba.

El *Northumberland* que habia salido de la rada de Porsmouth el quatro advirtió en alta mar dos buques de guerra que reconoció ser el *Bellerofonte*, en el que iba Bonaparte, y el *Tonante* mandado por el Lord *Keith. Jorge Cockbrunc* que mandaba el *Northumberland* se aproxîmó y preguntó por Bonaparte; y con la respuesta de que allí iba, dieron fondo en Torbay. El general Bertrand pasó al momento á bordo del *Tonante*, y comió con el Lord *Keith* y *Cockbrunc*. Este dió parte á Bertrand de sus instrucciones relativas á Napoleon, y sobre todo de la de que quanto llevaba sería registrado escrupulosamente antes de ser embarcado. Manifestó Bertrand la incomodidad que esta disposicion le causaba, como igualmente la de enviar al Emperador (así llamaba á Bona-

parte) á la isla de santa Elena; pero los dos comandantes ingleses no entraron en discusion alguna con él; y despues de haber comido pasaron á bordo del *Bellerofonte* con el mismo Bertrand. Antes de su llegada habian tenido cuidado de quitar á Napoleon todas sus armas, lo que le puso furiosísimo. Hicieron embarcar igualmente sobre el *Eurotas* á todos aquellos que no debian acompañarlo á santa Elena; de manera que de sesenta y tres personas que habia elegido, solo le dexaron veinte y una, lo que le afligió sobremanera.

El seis de agosto por la tarde, Lord *Keith* y Sir *Jorge Cockcbrunc* pasaron á bordo del *Bellerofonte*, y Bonaparte estaba en la cubierta esperándolos. Tenia un vestido verde con divisa encarnada, calzon y chaleco blanco, me-

dias de seda, sombrero de tres picos, la cruz de la Legion de honor, y la escarapela tricolor. Despues de haberse hecho las acostumbradas salutaciones, Lord *Keith* le presentó á Sir *Jorge Corckbrunc*, informándole que venia para transportarlo del *Bellerofonte* al *Northumberland*, como ya le habia dicho quando le leyó la decision de las potencias. Bonaparte protestó de nuevo con la mayor vehemencia, y echando espumarajos por la boca, dixo: "La Inglaterra acaba de deshonrarse con »la conducta que observa conmigo: me armó un lazo quando dió »orden al capitan del *Bellerofonte* »que me recibiese con toda mi comitiva: ha faltado á su palabra, »y ha deshonrado su pavellon. ¿Cómo se atreverá pues el gobierno »ingles á hablar ahora á la Europa de su justicia, de sus leyes y

„de su libertad, mientras viola tan
„pública y descaradamente los de-
„rechos de la hospitalidad, com-
„prometiendo para siempre aque-
„lla buena fé inglesa de que tanto
„se jacta? Apelo á la historia: esta
„dirá que un enemigo, que por
„tiempo de veinte años hizo la guer-
„ra al pueblo ingles, vino libre-
„mente á buscar en su desgracia
„un asilo baxo las leyes de aquel
„pueblo. ¿Cómo han correspondi-
„do los ingleses á la confianza y á
„la estimacion de este enemigo?......
„Le alargaron una mano bienhe-
„chora, y quando se entregó á ellos
„con su buena fé, éstos lo sacrifi-
„caron. Ved lo que la historia....."
Iba Bonaparte á continuar, quando Sir Jorge *Conckbrunc* le interrumpió diciéndole: "General, ¿á
„qué hora vendré mañana para
„pasaros al *Northumberland*?"
No solo se sorprendió Bonaparte

al oirse llamar *general*, sino al ver la flema con que el capitan ingles le hablaba: se quedó un poco parado; y despues dando un bufido, respondió: *á las diez.*

Lord *Keith* y *Cockbrunc* iban á marcharse, quando Napoleon indignado de verse llamar *general*, les dixo: "Vosotros me habeis en-»viado embaxadores como á un »soberano; me habeis reconocido »como primer consul, rey de Ita-»lia, Emperador de los france-»ses..... ¡y ahora me llamais *gene-»ral*!....." Hubiera sin duda continuado, quando los dos ingleses le recordaron que la chalupa del *Northumberland* vendria por él á las diez; y dixeron á Bertrand y á los demas oficiales franceses que se hallaban presentes, estuviesen prontos para la misma hora del dia siguiente, añadiendo que mientras tanto podrian procurarse lo

que necesitasen. Ellos se aprovecharon de este permiso para mandar á tierra diferentes sugetos: estos compraron un villar, vinos los mas exquisitos, una inmensa cantidad de barajas, juegos de axedréz, de dominó, de damas, y los mejores libros ingleses.

El lunes siete de agosto Sir *Jorge Cockbrunc* vino muy temprano á bordo del *Bellerofonte* para registrar el equipage de Bonaparte, el qual consistia en dos juegos de baxilla de plata, muchos artículos en oro y pedrerías, un soberbio tocador de plata, camas excelentes, ropa de mesa, vestidos muy ricos, &c., &c., &c. Todo fue sellado y transportado á bordo del *Northumberland* á las once de la mañana. La chalupa que llevaba á Bonaparte llegó á las doce: fue Bertrand el que subió primero, y Bonaparte subió

despues con la misma ligereza que lo hubiera hecho un marino. La guarnicion del navío que estaba sobre la cubierta, recibió á Bonaparte presentándole las armas como á un simple general; él correspondió quitándose el sombrero; y dirigiéndose á Sir *Jorge Cockbrunc* le dixo: *Estoy á las órdenes de V. S.*: pareció que estaba un poco mas sosegado; hablaba con agrado á las diferentes personas que estaban en el buque, en el que esperó tres dias para que se reuniesen los demas que habian de ir de conserva. En fin el dia once salió del canal de la Mancha, y se hizo á la vela para santa Elena. La travesía no merece que nos tomemos el trabajo de describirla, pues nada hubo de particular, á excepcion de que el general Bertrand haciendo un dia la corte á Sir Jorge *Cockbrunc*, le dixo lo

siguiente: "Uno de estos dias pa-
»sados me decia el Emperador,
»que estaba muy agradecido á las
»finezas de V., y que aunque tu-
»viese proporcion de fugarse, no lo
»haria por no comprometer á un ofi-
»cial de quien recibe tan buen tra-
»tamiento......" = "Si á mí me hu-
»biera dicho eso, contestó *Cock-
»brunc*, le hubiera puesto dos
»centinelas de vista para que lo
»guardasen mas estrechamente."

El seis de octubre de mil ocho-
cientos quince llegó el *Northum-
berland* á la isla de santa Elena
despues de dos meses de una na-
vegacion, cuyos pormenores na-
da ofrecen de interesante; pero
lo que podrá interesar al lector,
será tal vez la descripcion de la
actual residencia, palacio ó car-
cel (el lector le dará el nombre
que quiera) de aquel usurpador
de los tronos de los Borbones, y

perturbador de la quietud pública de la Europa.

La isla de santa Elena se halla á quatrocientas leguas del Africa; á los diez y seis grados de longitud septentrional. Es un pequeño punto de tierra que se pierde en el vasto Océano: es propiamente una roca de seis leguas de circunferencia en medio de la qual se halla una llanura rodeada de altas montañas que se perciben á veinte y cinco leguas en medio de la mar: por todas partes está rodeada de precipicios insondables. En medio de aquella llanura hay una pequeña habitacion cuyas avenidas están guarnecidas de centinelas: ésta es la morada de Napoleon. A un quarto de legua de dicha habitacion hay un cuerpo de guardia, donde un oficial siempre vigilante no dexa salir á nadie; y para llegar á la casa del Ex-em-

perador no hay mas que un sendero muy estrecho, tortuoso y rodeado por todas partes de peñascos, y en el fin de él se halla el cuerpo de guardia de que acabamos de hablar. Esta senda estrecha y dificultosa es el único camino que hay para llegar de la morada de Bonaparte á una pequeña poblacion que goza del pomposo título de ciudad con el nombre de *James-tow*. En todo lo restante de la isla no hay mas que chozas y cabañas esparcidas por acá y acullá, y que sirven de abrigo á los habitantes de la isla. Este es el espacio concedido al prisionero, y en el que se ha establecido tambien un cuerpo de reserva de trescientos hombres. Para asegurar cada vez mas á aquel Ex-emperador se han colocado en las extremidades de las mas altas peñas unas centinelas que observan to-

dos los pasos del perturbador de la quietud pública, y forman una línea de circunvalacion, en la que tienen encerrado al monstruo.

Tales son las precauciones tomadas por el interior. Las que tiene la marina para guardar la isla por el exterior son todavía mayores. Ningun navío, qualquiera que sea el viento que lo lleve, no puede llegar á alta mar sin ser visto por las vigías que rodean la isla: estas se corresponden entre sí con señales, y en un momento avisan al crucero. Este se forma de dos divisiones, cuyos movimientos se suceden sin cesar, y que no tienen otra obligacion que la de andar contínuamente aquel puñado de tierra. Si algun buque que viene de la Europa ó de las Indias se separa de su ruta, ó quiere aproxîmarse, al momento van á él, lo exâminan, y con la

menor sospecha lo llevan al Almirante; quien sin permitirle dar fondo, lo reconoce y le vuelve á mandar que marche. Por lo que hace á los barcos de pescadores de la isla, se les visita á su salida y entrada: se les concede pocas horas para la operacion de la pesca, y les precisan á estar lo restante del tiempo baxo el alcance del cañon, ó á la inmediacion de algun buque del crucero. De noche todas las costas estan rodeadas por las lanchas de guardia. Tal es el sistema de las precauciones combinadas para asegurar el mundo de un nuevo incendio; y todos los conocedores del arte, militares y marinos, á quienes se ha consultado sobre las medidas que se han tomado en el particular, estan de acuerdo en que presentan todas las seguridades que la prudencia humana puede dar contra

toda tentativa de evasion formada por el prisionero mas atrevido, y que éste no puede escaparse á no ser que lo haga volando.

Tal es pues el rincon en que se halla actualmente encerrado aquel hombre á cuya ambicion no bastaba la Europa entera: tal ha sido la ruta por donde en menos de ocho meses ha llegado desde la isla de Elba á la de santa Elena; quando llegó á Francia en el mes de marzo de mil ochocientos quince, se anunció en sus proclamas como el libertador de aquel imperio: dos meses despues de su desembarco tuvo la desvergüenza de decir que su amor por el bien público no podia compararse sino con el sacrificio que Codro rey de Atenas hizo por su pueblo; y sin embargo, baxo esta resignacion, y una determinacion tan heroica, hizo suceder su huida

de Waterloo; las escenas de su segunda abdicacion; sus tentativas de evasion en París y en Rochefort; sus súplicas dirigidas al príncipe Regente de Inglaterra; y en fin, sus protestas hechas á bordo del *Bellerofonte* y del *Northumberland* de la violencia que se hacía á su persona. Su desembarco en Francia fue la señal de la reunion de todos los malvados que de veinte y cinco años acá habian tiranizado á aquel infelíz reyno, y llevado despues la desolacion y el terror á todo lo restante de Europa; pues á su llegada se vió al momento reunirse baxo de sus banderas, no solamente los enemigos de Luis XVIII, sino tambien todos los fabricadores de la república francesa, de la que era él representante é indigno heredero, pues habia asesinado á su madre y bienhechora. Se vieron numerosos exér-

citos que se preparaban á pasar á los reynos extrangeros para cometer en ellos toda especie de delitos, reducirlos á la mas dura esclavitud; y el mismo *jacobinismo* organizado, armado, esperando la señal de las victorias exteriores, para entregarse en el interior á los mismos horrores de los tiempos pasados, para levantar los mismos cadahalsos, y anegar todavía á la Europa entera en un diluvio de sangre. Pero la divina providencia habia marcado el límite de sus crímenes: no permitió que aquel moderno *Atila* renovase aquel curso de prosperidades inauditas, que por tiempo de quince años habia asombrado é indignado al mundo entero.

Tan lenta como fue la primera caida de Bonaparte, fue pronta la segunda. Se necesitaron años y esfuerzos increibles para conseguir

la primera catástrofe, y no se necesitó sino un momento, un solo golpe para terminar la segunda. Al cabo de una campaña de quatro dias, el héroe entró solo en París sin haber podido coger el laurel de la victoria que antes del combate creía lograr tan de seguro, que de antemano habia hecho imprimir las proclamas que habian de publicarse en el mismo instante de su soñado triunfo. Despojado de todo prestigio, y no teniendo mas escolta que unos crímenes que no podia ocultar baxo de sus trofeos, renovó en el mes de junio de mil ochocientos quince en el *Elisée* y en *Malmaison* las escenas de *Fontainebleau* en mil ochocientos catorce. ¡Bendita sea la divina providencia que al fin se dignó poner un freno á este asesino del género humano, y detenerlo en la nueva carrera de crímenes

que iba á cometer!...... Apartemos la vista de los males incalculables que un tal *libertador* ha traido consigo al desembarcar en Francia: pensemos mas bien en las ventajas que pueden resultar de aquellas calamidades. Aquella vuelta fatal ha sido una *criba*, en que la fidelidad fue separada de la traicion; la una ha sido probada, y descubierta la otra; y la autoridad real trastornada, ha hallado en este mismo trastorno uno de los medios mas seguros que tiene un gobierno para afirmarse, qual es el conocer sus amigos y sus enemigos. En fin, no podemos menos de concluir estas reflexîones con un pasage del profeta Daniel: es la mas verdadera pintura que se puede hacer de Bonaparte; y es un quadro que presento á nuestros filósofos modernos, á estos pretendidos sabios de nuestros dias

que todo lo atribuyen á la casualidad, y á las causas secundarias, sin querer en ningun modo contár con la divina providencia que arregla todos los acontecimientos de este mundo. Ellos verán en este quadro la carrera, los progresos, las victorias, los triunfos y la caida de Napoleon. "Se levantará (dice Daniel) un hombre que »tendrá la impudencia en su frente; el engaño estará en su mano, »como un instrumento que dirigirá segun su voluntad; y será reducido en ceniza por una mano »mas poderosa que la de los hombres......" *Consurget..... impudens facie....... dirigetur dolus in manu ejus...... et sine manu conteretur.* (Daniel cap. 8, vers. 23 y siguientes).

Despues de haber leido los diferentes sucesos que han traido la caida de Bonaparte y su conduc-

cion á la isla de santa Elena, esperará el lector con impaciencia quevuelva á parecer en la escena Madama Real, á quien dexamos en Londres, donde se habia retirado para esperar allí el fin de la nueva tempestad que se habia fraguado en la desdichada Francia.

Esta virtuosa princesa, como ya hemos dicho, no se ocupaba en su destierro sino en exercicios de religion. No tardó en saber los grandes y rápidos acontecimientos que acababan de suceder; y en lugar de manifestar un gozo indiscreto, qual era natural manifestar, á la vista de la caida de Napoleon opresor de su desgraciada pátria, no se advirtió en ella sino una alegría dulce, tranquila, moderada, y en una palabra, una alegría *religiosa*, para explicarme mas claro. Instruida en la escuela de la des-

gracia, y sabiendo por una larga experiencia que jamas habia hallado verdadero consuelo sino en nuestra santa y verdadera religion, no vió Madama Real en la serie de estos sucesos sino la mano de Dios que trastorna, quando lo tiene por conveniente, los proyectos de los malos, y restablece el orden en el mismo tiempo en que la sabiduría humana cree que todo está perdido..... Aquella augusta princesa pasó al momento á la iglesia de los católicos de Londres; y postrándose al pie de los altares para dar gracias á Dios por tan señalados beneficios, le suplicó por la conversion de aquellos que habian tenido la desgracia de dexarse seducir y abrazar sistemas *anti-religiosos y antipolíticos*.

Conociendo la impaciencia que tendría su augusto padre adoptivo Luis XVIII por volver á ver

á una hija, su inseparable compañera que siempre se habia esmerado en manifestarle su respeto y ternura, se dispuso madama duquesa de Angulema para marchar lo mas pronto posible. De consiguiente fixó su salida de Londres para el diez de julio de mil ochocientos quince (habia ya dos dias que Luis XVIII estaba en París). El dia entes de marchar fue á la iglesia católica para cumplir sus devociones. Al ver su recogimiento, su piedad y humildad, los fieles de todas las naciones, que se hallaban en aquel templo católico, pidieron á Dios un feliz viage para aquella augusta princesa, que salió para *Porsmouth* á las diez de la mañana. Fue á apearse á la fonda de *Jorges*, en donde halló una guardia de honor que la estaba esperando. Su llegada á aquel puerto fue anun-

ciada por una triple salva, la qual se repitió quando se hizo á la vela, saludando todos los buques del puerto á la fragata que la llevaba. El almirante ingles puso á disposicion de S. A. R. un peniche, y un paquebote para que la desembarcase en Francia.

Llegó Madama á *Dieppe* el veinte y cinco del mismo mes, es decir, quince dias despues de su salida de Londres. Es imposible explicar el júbilo que causó la vista de una princesa que es idolatrada de todos los buenos franceses. La ciudad de *Dieppe* fue el teatro de las mas tiernas escenas. Mr. el duque de *Castries*, par de Francia, y comandante de la décimaquinta division militar, la estaba esperando hacía ya ocho dias, con una guardia de honor compuesta de sugetos conocidos en todo tiempo por su adhesion á la augusta ca-

sa de Borbon. A las quatro de la tarde llegó la fragata que llevaba á esta princesa, que fue recibida por todas las autoridades y un gentío inmenso. Apenas subió S. A. R. en una berlina que le tenian preparada, quando muchísimas mugeres de marineros y otras del pueblo se presentaron, pidiéndole el permiso de quitar los caballos y tirar del coche. Habiéndolo conseguido, se pusieron en marcha al momento en medio de las aclamaciones de todo el pueblo: los aires resonaban con los gritos de *viva el Rey; viva Madama; vivan los Borbones*. Las calles estaban colgadas de blanco: todas las casas y ventanas tenian banderas blancas con las armas de los Borbones, y los balcones llenos de una multitud de espectadores que con sus aclamaciones manifestaban su modo de pensar,

y el amor y respeto que profesaban á aquella idolatrada princesa. Así llegó S. A. R. al ayuntamiento, donde se apeó. Fue recibida en la escalera por todas las principales señoras de la ciudad: un corro de señoritas vestidas de blanco le presentaron un canastillo lleno de flores de toda especie; y una de ellas le hizo un cumplimiento tan sencillo, tan tierno y tan expresivo, hablándole del amor que profesaban á todos los Borbones, que al responderle S. A. R. se le soltaron las lágrimas.

Habiendo llegado S. A. R. á una de las salas del ayuntamiento, le presentó el duque de *Castries* todas las autoridades, el clero, los gefes de la division militar, los de marina, el subprefecto, el corregidor y las diputaciones de los pueblos vecinos que habian venido para presentar sus homena-

ges á la hija del virtuoso y desgraciado Luis XVI, lo que duró hasta las siete de la noche en que Madama se puso á comer. S. A. R. convidó á Mr. el duque de *Castries*, y á los principales individuos de todos los cuerpos, los quales tuvieron el honor de comer á su mesa. A las nueve las mugeres de los marineros y la mayor parte de las de los pueblos se presentaron para arengar á aquella augusta princesa: en su lenguage sencillo manifestaron sus sentimientos de fidelidad de un modo tan expresivo, que Madama se enterneció hasta llorar de gozo. Entonces aquellas buenas mugeres, en la efusion de su alegría, cantaron en honor de los Borbones unas coplas que escuchó aquella princesa con mucha satisfaccion. A las diez se iluminó espontáneamente toda la ciudad:

en las plazas, en las calles se armaron bailes, á los que concurrieron las diferentes clases de la sociedad para celebrar mejor su gozo con aquella alegre y quieta confusion: las expresiones son muy débiles para pintar el entusiasmo general de los habitantes de *Dieppe*.

Al dia siguiente veinte y seis á las nueve de la mañana salió S. A. R. para oir misa: vuelta al ayuntamiento se presentó en la galería para dar á las señoras, que se habian reunido allí, unas pruebas de su bondad inagotable; y subiendo despues en coche marchó hácia *Ruan* en medio de infinitas aclamaciones de un pueblo que no cesaba de felicitarse de haber sido la primera ciudad de Francia, que habia recibido en su recinto, y despues de su segundo destierro, á una princesa tan digna de ser querida de todos los bue-

nos franceses. La guardia de honor á caballo la acompañó hasta *Tostes*, en donde halló la de la ciudad de *Ruan*, que venia á recibirla. S. A. R. entró en esta última ciudad á las tres de la tarde en medio de las aclamaciones, de las descargas de artillería, y de los vivas de todo el pueblo que se apresuraba para verla pasar. El hacer la descripcion de las funciones que hubo entonces en *Ruan*, así como en todos los pueblos por donde transitó hasta París, sería una repeticion igual á la que se ha hecho ya quando llegó á *Dieppe*.

La augusta hija del desgraciado y virtuoso Luis XVI, llegó en fin á París el veinte y siete de julio de mil ochocientos quince. Salieron para recibirla la guardia nacional á caballo, un grande destacamento de gendarmería, y un numeroso concurso de oficiales ge-

nerales. La guardia nacional de á pie estaba formada en la ciudad, ocupando puestos de distancia en distancia en todas las calles por donde S. A. R. debia pasar. Atravesó París en medio de una multitud incalculable que se agolpaba para verla. Fue á apearse al palacio de las Tullerías, donde su padre adoptivo Luis XVIII la recibió con una ternura imposible de explicar. A pesar del cansancio de un viage tan largo, quiso S. A. R. dar gusto á los habitantes de París que querian verla: se asomó al balcon acompañada de S. M. y fué saludada por todo el pueblo con los gritos de *viva el Rey, viva Madama.*

Despues de las tiernas escenas que pasaron en Burdeos quando aquella augusta princesa se vió precisada en el mes de marzo del mismo año á separarse de unos

vasallos tan fieles, y que le dieron tantas pruebas de su afeccion, es natural creer que el lector esperará con impaciencia ver si Madama duquesa de Angulema visitará á los Bordaleses despues de su vuelta á Francia: pues no se engañará si así lo cree. Apenas rindió sus homenages al Rey, y cumplió los demas deberes que las circunstancias del tiempo exîgian, quando se puso en camino para Burdeos, á donde llegó con su augusto esposo el dia diez y nueve de agosto de mil ochocientos quince. ¡Qué diferencia de este dia á aquel en que la augusta princesa se separó de aquellos fieles *Borbonistas* á quienes dexó llenos de llanto y de desconsuelo! El diez y ocho salió el prefécto para recibir y cumplimentar á SS. AA. RR. quando llegasen á su territorio. Llegaron á la *Bastida* á las qua-

tro de la tarde, y al momento pasaron el rio sobre un bergantin preparado para ello entre las descargas de los cañones de todos los buques, al ruido de la artillería del castillo *Trompete*, de la fusilería de la guardia nacional, al repique de todas las campanas, y en medio de las aclamaciones de una multitud inmensa que habia acudido á la orilla del rio. Las numerosas embarcaciones de que estaba llena la ria, estaban todas empavesadas, divididas en dos filas, por medio de las quales pasó el bergantin que llevaba á SS. AA. RR. saludándolo con sus banderas guarnecidas con toda especie de flores. La grande cala estaba adornada con flores de lís y colgaduras blancas dibuxadas con festones verdes, y todo terminaba en un pavellon hermosísimo, baxo del qual SS. AA. RR. fueron re-

cibidas y arengadas por el prefecto.

El acompañamiento se puso en marcha siguiendo la direccion de los muelles: abria la marcha un destacamento de la legion de María Teresa (*) seguido inmediatamente por las diferentes corporaciones de hombres y mugeres, que hacian distinguir las nuevas banderas sobre las que se veían pintados los retratos del rey, de la familia real, y el de la augusta heroina de aquella funcion. Unos cuerpos de zapadoros, de tambores y de músicos, colocados con simetría en varios parages, daban con su variedad mayor realce á aquel cariñoso y respetuoso espectáculo. Todas las miradas se fixaban con el mas vivo interes sobre una

---

(*) Cuerpo militar que ha tomado el nombre de *Madama*, el qual se formó en el año de 1814.

tropa de niños vestidos á la manera del buen *Enrique IV*, y sobre un número considerable de niñas, cuyos vestidos aumentaban su hermosura, menos por el luxo, que por su amable sencillez.

Venia en fin el coche que llevaba á madama duquesa de Angulema tan impacientemente esperada, y tan vivamente deseada. Mientras caminaba, y quando llegó, no se oian mas que estas palabras: *viva el Rey*, *vivan el duque y la duquesa de Angulema*, *vivan los Borbones*. En medio de una inmensa poblacion, y entre las aclamaciones de la mas viva alegría, llegó Madama al castillo *Trompete*. S. A. R. el duque seguia el coche del que tiraban las mugeres del pueblo. Magistrados, generales, oficiales superiores de todos los grados acompañaban al príncipe. La guardia nacional es-

taba formada en las calles por donde transitaba el acompañamiento, y un destacamento de la legion de María Teresa cerraba la marcha. Por la noche SS. AA. RR. cediendo al deseo del pueblo, que queria verlos contínuamente, honraron el teatro con su presencia. ¡Quién podria pintar el entusiasmo general al contemplar aquellos augustos esposos! Dieron dos piezas muy análogas á las circunstancias, y que parecian haber sido hechas de propósito; *los herederos Michaud*, y la de *En fin miradla bien*. Aquel hermoso dia se terminó con una brillante iluminacion general que se puso sin mandarla. En fin despues de haber estado todo el tiempo que lo permitieron las circunstancias, SS. AA. RR. se volvieron á París llenas de bendiciones.

¡Plegue á Dios goce la Fran-

cia largos años de estos augustos descendientes del inmortal *Enrique IV* tan amado de todo buen frances! ¡Que aquella virtuosa princesa sea siempre una señal de reunion entre todos los franceses contra los infames novadores que intenten todavía perturbar la paz de que disfruta aquel reyno baxo la autoridad paternal de su legítimo soberano! ¡Que los reyes de la augusta familia de los Borbones hallen en lo sucesivo en la adhesion de sus respectivos vasallos, aquella fidelidad y amor que les hagan olvidar el recuerdo horrible de unos tiempos tan desgraciados, en los que unos malvados á nombre de sus naciones cometieron crímenes reprobados por la parte sana de sus compatriotas! Tales son mis votos los mas sinceros, y tales han de ser los de todo vasallo fiel á la religion, al honor

y á la adhesion que debe tener á su rey y á su patria.

Conclusion.

Desde que el filosofismo empezó á arrojar sus lavas sobre la faz de la Europa, y sobre la mayor parte del globo, el mundo moral ha sido trastornado hasta en sus cimientos, y ha vacilado como un hombre embriagado, próxîmo á caer. El salir bien á los novadores sus proyectos infernales para cambiar la forma de los gobiernos, y trastornar todos los estados; rotos los vínculos de la sociedad, y perturbado el orden público en toda la Europa; crímenes inauditos, y horrores de toda especie cometidos con la mayor desvergüenza, y sin haber sido castigados; las prosperidades contínuas de los perversos, y el triunfo del crimen sobre

la virtud por tantos años; la humillacion de los monarcas, de los grandes y de todos aquellos que hacian algun papel en la sociedad, ya por su probidad ó sus méritos, ya por sus talentos, sus virtudes ó sus riquezas; la insolencia de aquellos vencedores impíos que se burlaban de la religion y de lo mas augusto que hay........ todos aquellos acontecimientos tan extraordinarios é incomprensibles á los políticos mas consumados, hacian casi dudar á las gentes de poca fe, si exîstia verdaderamente una providencia que arreglase los destinos de este mundo. Pero los hombres verdaderamente religiosos y sensatos, firmes en su creencia, y en las promesas del Señor que no puede engañarnos ni engañarse, miraban todos aquellos acontecimientos con los ojos de una fe viva,

viendo en el seno de todos aquellos horrores la mano del Todopoderoso que nos castigaba por nuestros pecados, que sin duda habian de ser muy grandes, siendo así que nos enviaba tantos azotes á la vez. Estos confiando en las promesas de un Dios justo y misericordioso, que no permite el triunfo de los malévolos, sino por cierto tiempo, y por unas miras incomprensibles á los débiles mortales, esperaban con una santa resignacion que todas aquellas abominaciones tendrian un término, y que el orden y la paz volverian quando lo tuviese por conveniente. En su consecuencia las buenas almas esparcidas por toda la Europa no cesaban de levantar sus manos al cielo para aplacar la ira de Dios tan justamente irritado contra nosotros; su súplica fue oida, y la virtud triunfó.

Las prosperidades de los novadores, y el logro de sus infernales designios, habian tenido al mundo entero en un contínuo asombro, y en el mayor susto; pero el trastorno rápido é inesperado de sus planes de iniquidad ha sido, *aun para los mismos incrédulos*, una prueba evidente del poder y de la misericordia de Dios que se ha dignado apiadarse de nosotros; pues los tronos de los Borbones derribados, todos los individuos de esta augusta familia asesinados ó aprisionados, proscriptos ó fugitivos, y restablecidos en sus tronos respectivos, en un tiempo en que el reyno de la impiedad dominaba por todas partes, es un milagro bien patente de la divina providencia que arregla los sucesos de este mundo segun sus decretos eternos. La guerra que todos aquellos insensatos habian declarado á

la iglesia de Cristo y á los Borbones que son sus mas celosos y firmes defensores, ha sido para su confusion y vergüenza; pues hemos visto á un mismo tiempo el triunfo de la religion y el de los Borbones que siempre la han sostenido. No ignoramos las tentativas que hacen en sus juntas *nocturnas* los viles resíduos de aquel sistema destructor; pero todos sus esfuerzos serán inútiles: el Señor (valiéndome de la expresion de la Escritura) se ha levantado ya, sus enemigos serán aniquilados, y los Borbones *reynarán á pesar de las tramas* de aquellos insensatos novadores y reformadores del género humano, que acaban de ver todas sus esperanzas frustradas con la rápida caída de su gefe, que por una disposicion toda particular de esta misma providencia, ha sido encerrado como en una

jaula, para que sirva en adelante de un exemplo vivo á todos aquellos que no han vuelto todavía de sus *errores políticos y religiosos*, y para que vean la impotencia de la sabiduría humana, quando ésta quiere pasar los límites que le ha trazado la sabiduría divina.

Reflexîonando sobre los diferentes acontecimientos que han pasado á la vista de nuestros contemporáneos, estos no podrán dexar de confesar que los mayores enemigos de todos los gobiernos son esos pretendidos filósofos de nuestros dias, esos reformadores del género humano, y que su *filantropía* es el mayor azote que Dios nos ha enviado. ¡Quantas reflexîones no ofrecen á los hombres mas preocupados una serie tan larga de calamidades y de sucesos tan extraordinarios! el hombre sensato y religioso no puede

menos de bendecir y dar gracias á esta misma providencia divina, que al cabo de tantos años de turbulencia, se ha dignado en fin mirarnos con ojos de misericordia, aplacar su ira, restituirnos nuestros amados y legítimos soberanos, y dar así la paz á la Europa entera. Procuremos con la reforma de nuestras costumbres, y nuestro verdadero y sincero arrepentimiento que el Dios de las misericordias abra los ojos á nuestros hermanos descarriados, á fin de que vuelvan en sí, conozcan y abjuren sus errores así religiosos como políticos; y no perturben ya mas con su guerra *filosófica* la paz y la tranquilidad de que estamos disfrutando baxo el gobierno paternal de los Borbones.

FIN.

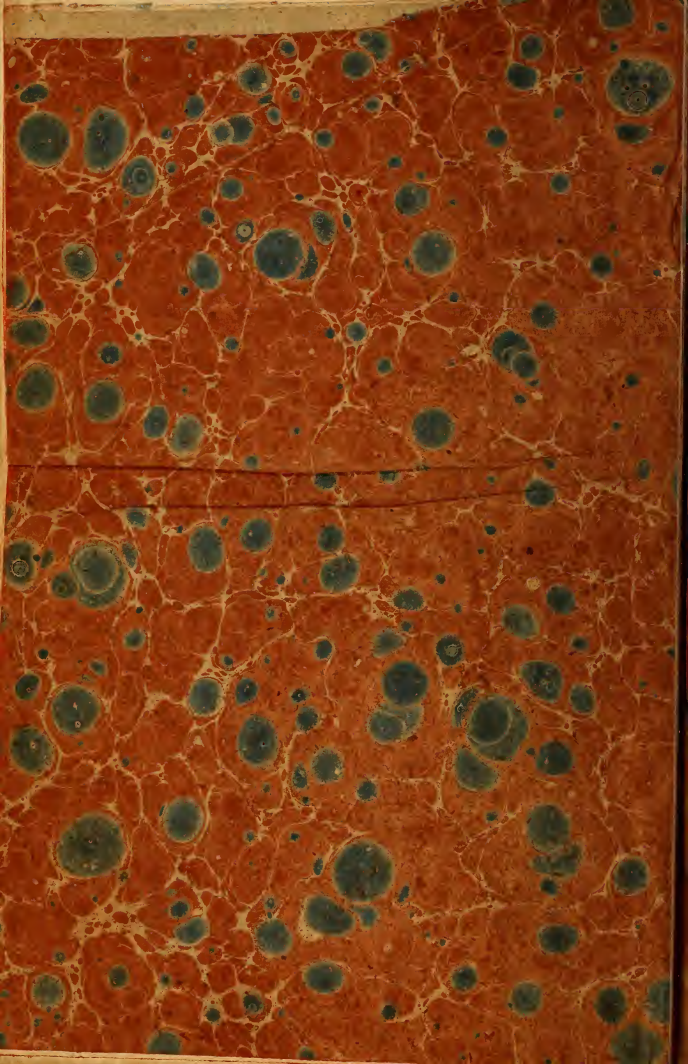
Esta y las siguientes obras del mismo autor se hallarán en las librerías de Rodriguez calle de las Carretas, de Barco carrera de san Gerónimo, y de Villa plazuela de santo Domingo.

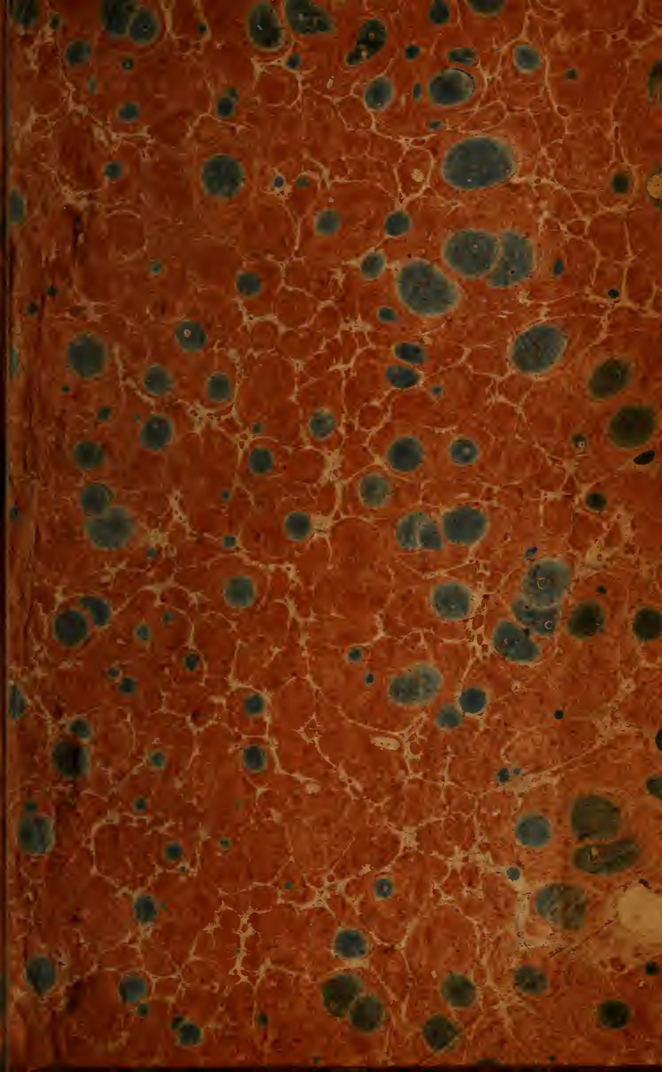
Origen de la revolucion francesa, ó tramas de los filósofos modernos para conseguirla.

Relacion circunstanciada de quanto tuvo que sufrir Luis XVI, desde el primer dia que entró en su prision del *Temple* hasta que subió al cadahalso..... Prision y muerte de la Reyna, de Madama Isabel, del Delfin, y trabajos de Madama Real, hoy Duquesa de Angulema.

Historia cierta de la secta de los Franc-masones, su origen, doctrina y máxîmas &c. tercera edicion.

Historia de la persecucion de la Iglesia por Napoleon Bonaparte desde el año de 1796 hasta el de 1815 inclusive, formada sobre los documentos mas auténticos que se han publicado hasta el dia, con notas muy interesantes, y muy poco conocidas.






LIBRARY OF CONGRESS
0 019 602 599 6